EL AMANTE

DE LA LUNA

Por Paul de Kock.

Traducida por

D. José Ignacio de Michelena.

—

TOMO IV.

Cádiz.
IMPRENTA DE FILOMENO F. DE ARJONA,
calle de la Torre, n.° 58½.

—

1847.

Es propiedad de la casa de Arjona.

1.

El último estremo.

Viósе la airada jóven precisada à pasar la noche en Corbeil, supuesto que no habia podido evacuar su comision.

Volviò á su hosterìa à ocupar un endiablado lecho, que su huesped le preparara. Mas no se ocupa de esto; no estraña tampoco esto; solo sì, ruega al hostelero que no diga tiene en su casa á una jòven estrangera; cosa que el bienaventurado huesped habia charlado á mozos y vecinos.

Al dia siguiente, antes de almorzar, serian las once de la mañana, saliò la jòven y se dirijió á casa de Bouchonnier. El tiempo estaba hermoso y prometia una buena mañana de otoño. La idea de cojer infraganti á Isidoro y á su prima, alienta á la iracunda jóven y la sostiene en su esperanza. Felicia maquinalmente llega à la misma puerta por donde entrò cierto dia con el panzudo consorte (la puerta del pabellon del jardin); empújala y como quiera que no estaba sujeta mas que con una endeble cerradura, cede à su violento impulso.

Felicia entra y cierra por dentro, sujetàndola con una piedra; despues corre á la ventana del pabellon y fija su vista en un oscuro bosquecíllo de madre-selva y piti-rosas.

—Ya vendràn, murmura la jóven; es el sitio mas solitario del jardin.

Hay cierta cosa en el corazon humano, que nos hace preveer los acontecimientos; y esta cierta cosa, es preciso confesar, que los corazones enamorados son los que la poseen un grado de perfeccion; sin embargo, hay otros que ni preveen lo futuro, y lo mas chistoso es, que á veces ni lo presente.

Un cuarto de hora hacia que estaba Felicia en incalmable espera, cuando viò venir

hácia el bosquecillo dos personas enlazadas por el brazo, que no pudo reconocer hasta que estuvieron bien cerca del pabellon. Eran Elmonda è Isidoro. Ellos se dirijian, no como paseándose, sino à toda prisa, hàcia el referido bosquecillo; en el cual hay un banco de cesped mas blando que un colchon de plumas y tan redondito y oculto, que aunque se paseen veinte personas por el jardin, no puede observarse el tal retrete; era preciso estar donde se hallara Felicia para poder ver el banco y las personas que en él se sentáran.

Elmonda é Isidoro entran en el bosquecillo y se sientan en el banco. La jóven esposa está agitadísima: habla con fuego y entusiasmo; mientras que el primo la escucha con marcada distraccion; sin embargo, se besan y se abrazan. En cuanto à Felicia tiembla y rechina los dientes: vé todo lo que pasa; pues desde su observatorio no pierde ni una mirada, ni un gesto, ni la mas ligera insinuacion.

. . . . . .

La jóven fuera de sí, métese las manos en el bolsillo para cojer las pistolas... pero se le habian quedado en la hostería. ¡Maldicion!

Entonces sale del pabellon, corre, dirè mejor, vuela á la posada con la celeridad del relámpago.

Sin hablar una palabra entra en la hostería y sube à su cuarto, abre la maleta... las pistolas no estàn allí.

Entonces llama, grita y dà una patada en el suelo. El hostelero sube y se quita el birretillo.

—Quiere usted ya comer? Justamente he guisado...

Felicia le señala la maleta.

—Esta mañana dejé ahí un par de pistolas... donde están?

—Unas pistolas! Ah! sí, en efecto. Tranquilicese usted, señora, que en mi casa no se pierde nada.

—Bueno, pues vengan mis pistolas... vamos, pronto.

—Señora, como quiera que cuando usted salió esta mañana no me previno nada sobre las pistolas, yo las dí á mi muger á que las guardara; pues podian venir otros viajeros y...

—Al momento, corra usted y pidaselas à su muger.

—Señora, mi muger... ha salido, y no se si tardará mucho ó poco.

—Que el cielo confunda á vuestra muger.

El hostelero se inclinó hasta el suelo.

—Si su merced quiere mientras algo...

—Nada.

El huesped salió. Felicia se dejó caer sobre una silla toda contraida, hundiendo el cuarto à votos y juramentos.

Un cuarto de hora despues volvió de su paseo la muger del hostelero.

—Gracias á Dios que has venido.

—Me esperabas?.. pues me he venido por que la mañada está demasiado fria y el piso muy húmedo.

—Cuernos del diablo!

—Mas que falta hago yo?

—Hoy la has hecho.

—Por què?

—La gran señora ha pedido su par de pistolas y como las tienes tù guardadas...

—Voy á dártelas al momento.

La hostelera desapareciò: poco despues volvió entregando al marido las dos pistolas. Este las tomó y corrió al aposento de Felicia.

—Madama, aquì tiene usted las pistolas... ya veis que en mi casa no se pierde nada.

La jòven no contestò nada: tomó sus pistolas y salió de la posada. Dirígese otra vez á la casa de Bouchonnier; mas ahora lo hace con paso lento; pues sabe bien, que llegará tarde.

Entra en el pabellon, dirígese á la ventana. Y què es lo que se le presenta á sus ojos? Isi-

doro jugando al salto con Bouchonnier, y Elmonda riendo de los esfuerzos que hace su marido por saltar por encima de su primo.

Este cuadro tan en oposicion con el anterior, heló aun mas la sangre de Felicia; la cual los estuvo contemplando hasta que los jugadores, cansados de saltar, se entraron en la casa.

—Es imposible que este hombre haya recibido mi carta; murmuró Felicia... Paréceme mentira lo que he visto y lo que acabo de ver.

La abandonada jóven no juzga necesario permanecer mas en el pabellon y se aleja. Andando al acaso se encuentra, sin saber como, en la campiña, y cuando la fuerza nerviosa que la sostenia la vispera, cede à un dolor mas calmante, cuando abundantes lágrimas rebosan de sus párpados, entonces cae al piè de un àrbol y dá rienda suelta á su dolor: un llanto copioso desahoga en algun tanto su oprimido pecho: la soledad de la floresta, la magestad de la naturaleza y el silvo lejano del viento, comprime su corazon, llora mas y... al fin una calma religiosa adormeciò sus heridas y su alma se pierde en un caos terribles de reflecsiones.

La noche llega y cubre con su negro manto la obra imponente dal Ser supremo, la gran naturaleza; y el yelo y frialdad que empie-

za á sentirse, hace à la jóven que se levante y mire á su rededor. El sitio le es enteramente desconocido. Ignora completamente donde se halla, y toma el primer sendero que se presenta à sus ojos.

Su pensamiento es ir à los caminos de hierro y tomar la vuelta para Paris; pero ignora que el último convoy ha partido ya. Luego sus ideas se fijan en el estrangero. Quiere abandonar la Francia, donde no puede hallar felicidad ni ventura. Qué lazos la retienen en ella? Tiéne familia? Tiene parientes? Hay por ventura en ella un ardoroso amante? No, no tiene mas que unas cuantas amigas; pero la amistad es para un sentimiento de tercer òrden. No dice nada para ella. Para ella que vive solo para el amor.

La tierna jóven ha rehusado, pues, á su proyecto de venganza; pero la fatalidad, el infortunado destino la lleva ante la casa de madama Clermont y su hija.

A la vista de la casita aislada, de la morada de su inocente rival, Felicia cambia sus ideas: la infidelidad de Isidoro se le presenta con mas vivos coloridos y el deseo de la venganza renace en su corazon con mas violencia.

—Sí, esta noche vendrá, dice la jóven; despues de haber satisfecho el placer de los sen-

tidos, querrá tambien satisfacer el del alma. No, Felicia, despreciada muger, no lo consientas; encuentre el perjuro la muerte, en el mismo sitio donde creyera encontrar la dicha. Audacia y valor, pobre jòven.

La noche estaba oscurìsima. La luna oculta por espesas nubes, no relucia como en la vìspera sus argentinos rayos. Casi á tientas llega la jóven y se apoya contra las ventanas. Las habitaciones altas se iluminan repentinamente y la dama prevee que van á acostarse. No se engaña; madama Clermont acaba de dar las buenas noches á su hija, y esta ha estampado un filial beso en las mejillas de su madre.

Poco despues vuelve la anterior oscuridad, y la campana de la aldea dá las once.

Emelina, en vez de imitar á su madre y recogerse tambien como ella, baja al salon de música y abriendo con sutileza una de las ventanas de la calle, se sienta, no diré à tomar el fresco, pues hacia un endiablado frio; sino á esperar à su adorado Isidoro.

En efecto, tres dias hacia que no lo viera y la jòven juzgaba que aquella noche veria à su doncel. Su presentimiento, como todos, no salió engañado; porque un momento despues el ardoroso jóven llegaba al pié de la ventana.

Mil disculpas, mil quejas, mil pretestos

de amor y ventura resonaron en medio de la noche, y mil besos ardientes, dados con profusion en la blanca mano de Emelina, tampoco pasaron desapercibidos.

Felicia, con incalculable angustia y el corazon herido, lo veia, lo escuchaba todo. Un temblor nervioso la sebrecojia toda. Echa mano à sus pistolas, las monta y dá un paso hácia adelante; pero antes de disparar escucha un momento.

—Divina Emelina, decia en este momento Isidoro; yo os amo como à mi alma; y mil veces la muerte antes que vuestro olvido.

—Perjúro! murmurò Felicia. Traidor! yo te aseguro que no engañarás mas à nadie.

Al mismo tiempo apuntó à Isidoro y saliò el tiro. Emelina que en un principio no adivinara de donde procediera aquel ruido sordo que habia oido, diò un doloroso grito al ver vacilar á su amante y luego caer en la arena.

—Ah! lo han muerto! Socorro! socorro!

Durante esto, Felicia que habia visto caer à Isidoro, se quedó un momento petrificada; mas en un instante coje la otro pistola y apunta à su corazon; pero un brazo vigoroso detiene el suyo, le arranca la fátal arma y la tira à lo léjos. Despues de esto, Felicia no viò ni oyó mas; una espesa nube cubriò sus

ojos y cayò sin sentido sobre el blando musgo.

Los gritos de Emelina despertáron al momento á su madre. Baja al salon, llega á su hija y la encuentra pàlida y temblorosa, y que enseñàndole la ventana, le dice:

—Mamá!.. ah! lo han asesinado!.. lo han matado, mamà!.. han muerto á ese pobre jòven, Dios mio! y yo soy la causa!..

Clemencia no comprende nada; pero se aprocsima á la ventana. En este momento le dice una voz:

—Abrid, señora, no temais nada... soy yo, Creps... es preciso socorrer á este desgraciado mancebo.

Al reconocer la voz del protector misterioso, las dos damas respiran con mas libertad, abren la puerta, mientras que la sirviente enciende las luces y baja tambien.

El Amante de la luna, con Isidoro sobre los hombros, entra y lo pone en el sofá. El herido no estaba sin conocimiento; pero habia perdido mucha sangre y sus fuerzas casi lo abandonaban. Al ver à madama Clermont, balbuciò con voz ahogada:

—Señora... cuantas bondades!.. pero mi herida... no serà nada.

—Eso es lo que interesa ver, dijo Creps comenzando á desnudarlo.

Y haciendo señas á Emelina, continuò:

—Vamos, señorita, vaya usted por hilas y vendas... Vamos, pronto.

Emelina se retiró llorando; mas en vez de ir por lo que le pidieran, se quedó tras de la puerta para oir mejor lo que hablàran.

El hombre de la noche, despues de quitar á Isidoro el frac y el chaleco, observó la herida; la tenia en la espalda; pero dichosamente la bala habia pasado á lo largo. Ninguna particula importante estaba atacada; la herida era grande, mas no peligrosa.

—Nada, un arañon! esclamò Creps... esto equivale á una copiosa sangria.

—Oh! que placer! que dicha! gritó Emelina y entró de nuevo en el salon echàndose en los brazos de su madre.

Madama Clermont no creyò este momento á propósito para reprender á su hija. El hombre misterioso continuó:

—Sin embargo, en la debilidad en que se halla, seria muy peligroso trasladarlo á otra parte.

—No... no le hace; murmuró Isidoro... la señora no puede tenerme en su casa... sin perjudicarse... y yo no... quiero.. causarle tal...

—En mi casa quedareis, caballero, contestò Clemencia, no espondré vuestra vida

por la crìtica mordaz del mundo... Aquí estareis hasta que os restablezcais completamente.

—Ah! mamà, esclamó Emelina, cuan buena sois!

Etre tanto Clemencia y Creps llevaron á Isidoro á una cama que se le habia preparado en el gabinete contiguo al salon.

En un momento volviò la jòven con las hilas y vendajes: no hay duda que cuando se trata de una persona que se ama, las mugeres se vuelven mas ligeras que el viento.

El Amante de la luna, vendó á Isidoro con un cuidado tan esquisito, que desmentia lo que su facha aparentara. La planchuela de hilas, el vendaje, todo fué puesto con tal maestria y precision, que indicaba gran costumbre en cirujía. En seguida, despues de haber prescrito à Glemencia el simple régimen que debia seguir con el herido, se alejò diciendo:

—Mañana vendrè yo á mudar el vendaje, y confio que en diez dias estará completamente bueno.

—Pero sus asesinos... esos infames que tan cobardemente lo han herido, los habeis visto?.. Sabeis acaso como ha sucedido esto? añadiò madama Clermont reteniendo á Creps por el brazo.

—Justamente por eso es por lo que tan

pronto os dejo, para descubrir la causa de este suceso.

—Siempre de nosotros habeis de ocuparnos... hombre cruel, que no quereis recibir muestras de agradecimiento, ni pruebas de amistad.

Por toda respuesta, el hombre de la noche mirò detenidamente á Clemencia; esta era la primera vez que lo hacia desde que estaba à su lado. La madre de Emelina quedò un momento fascinada por la espresion de aquella mirada, llena de dulzura y tristeza, que penetró hasta el fondo de su corazon. Le parece que aquellos ojos no es la primera vez que se encuentran con los suyos; pero mientras que ella evoca sus recuerdos, el Amante de la luna habia desaparecido.

Clemencia volvió al lado de su hija, sin poder olvidar la mirada tan fogosa de su misterioso protector.

2.

Piedad y simpatía.

Cuando Felicia abrió los ojos, se encontrò acostada en un lecho mezquino y despreciable, situado en un rincon de una alcoba miserable, donde, por todo menaje, no se veia mas que una mesa de nogar, algunas sillas de box y un espejo partido.

Una làmpara de barro, puesta en el poyo de una ventana, daba un rasgo de tristeza y terror á este negrusco recinto.

La jòven evoca sus recuerdos. Pasa una

mano por su ardorosa frente, vuelve la cara y vè á un hombre sentado à la cabecera de su cama.

—Donde estoy? murmura Felicia.

—En una choza... en una miserable barraca; contestò el hombre.

—Como me hallo yo aquí?

—Porque yo os he traido... Caisteis sin conocimiento cuando disparasteis à Mr. Isidoro Marcelay... y yo os he recojido.

—Ah! ahora me acuerdo de todo... Oh! infeliz de mí!.. sì, yo lo ví caer... yo quise morir tambien... Ah! por qué detubisteis mi brazo?.. E Isidoro ha muerto?.. Respira todavia?.. Oh! caballero, si ha muerto, yo tambien moriré, no me lo impedireis vos... Si ha muerto, para que obligarme à vivir... Isidoro!.. responde... yo iré á verte.

Y Felicia trató de saltar de la cama. Creps la detuvo, dicièndole:

—Isidoro vive... su herida no es peligrosa por cierto.

—De veras, caballero?.. de veras? esclama Felicia con alegría. Oh! no me engañeis, por piedad!

—Os digo la verdad. Pensais que si hubiérais muerto á ese jóven, os hubiera yo salvado la vida?

—Oh! que dicha! Y su herida decis que no es peligrosa?

—Como que yo mismo la he curado.

—Pero vos sois el hombre que encontré anoche junto á la casa?

—En efecto y que volví esta noche tambien para acecharos; porque no dudaba teniais un malvado pensamiento. Mas desgraciadamente la noche estaba oscura y he llegado tarde.

—Pero quien sois vos?

—Un pobre diablo... he aquì todo. Yo entiendo alguna cosa de cirujía, me hallé allì y curé al herido. En seguida me vine á cuidaros.

—Ah! vivirá!.. con eso jamás tendré que reprocharme su muerte... Ah! lo amo tanto!.. lo adoro!.. Sin embargo, no tenia derecho para vengarme de su desden. Oh cielos! cuan infeliz soy!

—Sosegaos, hija mia.

Felicia dejò caer la cabeza en la almohada: al cabo de un momento la inundò un torrente de amargas lágrimas y sus bellos cabellos negros desprendidos, caen sobre su cuello y espaldas, mezclándose con sus lloros. En este momento la dama estaba hermosísima y su dolor era tan verdadero, que era imposible no compadecerla.

Creps la mirò: el hombre de la noche sintió que se le humedecieron los ojos. Asi que la jòven se calmó un poco, aprocsimòse á la cama y presentándole una taza, le dijo:

—Tomad, bebed, que esto os calmarà un poco. En estos tabucos nunca hay lo que uno desea; pero gracias á Dios, he encontrado flor de tila y he mandado os lfagan una taza. Bebed, hija mia... teneis calentura y debeis tener sed.

Felicia, sin contestar, cojió la taza y apuró su contenido.

—Ahora, replicò Creps volviendo á sentarse junto á su cama; si quereis, hablarémos un poco... digo, si no quereis dormir.

—Oh! no, no, caballero, no quiero estar sola.

El Amante de la luna contemplaba á la jòven con recojimiento relijioso y como si tratara de despertar en su memoria algunos hechos pasados.

—Ah! como me mirais! sin duda os parece mentira que siendo tan jòven halla podido imaginar un crìmen semejante. Oh! teneis razon, es afrentoso lo que yo he hecho, ¿mas si os pusièrais en mi lugar?.. Yo estaba loca, deliraba... lo idolatraba; y ser testigo de su traicion!.. Entonces no se lo que me dió, cojo

una pistola y le hago fuego... pero cuando lo ví caer... ah! creì morir tambien... Mil vidas hubiera dado en aquel momento por salvar la suya... Es cierto que su herida no es peligrosa?

—Sí, sì, contestò Creps en una completa abstraccion de sí mismo y contemplando á la jóven.

—Por què me mirais asì? Vuestra mirada es tan severa! Quereis quizà delatarme, porque en un arrebato de celos he querido matar á un amante? Oh! entonces, caballero, hubiera sido mejor me hubierais dejado morir... La infamia!.. la prision!.. Oh! no, jamás; os lo suplico, primero la muerte.

Y la jóven volvió á su copioso llanto.

—Voto à brios! que no se trata de eso: dijo el hombre de la noche limpiàndose una làgrima con la boca-manga de su levita. Què edad teneis?

—Diez y nueve años.

—De donde sois?

—De Paris, segun creo.

—Vive Dios! no estais segura?

—Y como estarlo? No tengo familia, no conozco á mis padres.

—Ah! diablo! eso es diferente.

Y Creps miró á Felicia con doblado interés.

—Sois tal vez espósita?

—No, señor, yo tendria dos años, segun me han dicho, cuando una señora... mi madre sin duda, me llevó á casa de una mujer que tenia clase de enseñanza... y que se llamaba madama Hamelot. Vivía calle de Piepus, barrio de san Antonio.

—Y què mas?

—Mi madre pagó mi pension, un año adelantado, y en casa de madama Hamelot recibia una instruccion completa... Todos los años venia á pagar mi pension y à verme, por este tiempo.

—Y os hacia muchas caricias?.. Ah! no os acordareis... erais tan niña!

—Al contrario, las impresiones que entonces se graban en nuestra memoria; son indelebres para toda la vida. Mi madre jamàs me diò un abrazo; bien léjos de eso, me retiraba de sí siempre que le tendia los brazos... Me acuerdo que cada visita suya, era para mì un dia de afliccion... Qué me decia?.. No me acuerdo... Tampoco se si entonces la comprendia; mas yo lloraba sin duda; porque en vez de acariciarme, me retiraba de sì... Lo que si me acuerdo es, que era guapa, elegante y su vestido anunciaba la opulencia. Las niñas ponémos tanta atencion en los vestidos!!

—Como se llamaba?

—Dijo á madama Hamelot que se llamaba madama Delacroix, y yo Adriana.

El hombre misterioso, con la mano en la mejilla, estaba sumido en una íntima y absoluta reflecsion. La hermosa jóven continuò:

—Al tercer año, mi madre no volvió, como tenia de costumbre, à pagar mi pension. Madama Hamelot hizo sus pesquisas, mas no pareció, Desde este tiempo no la he vuelto á ver mas... Ah! abandonó á su hija para siempre. Entonces mi maestra cuando fuì mayor, me propuso el que me quedara con ella en clase de doncella. Yo lo confieso, era muy orgullosa y no quise someterme á tan humillante posicion. Me salì de su casa. Entré en casa de una modista á trabajar para ganar mi sustento... Entre tanto, lleguè á un completo desarrollo... Los hombres me adulaban y me decian que era bella... En un principio resistia à sus proposiciones: Pero si supièrais cùan dificil es resistir á la seduccion, cuando una se encuentra sola en el mundo: cuando no tiene nadie que le aconseje... quien la aleje del précipicio!.. Y despues, si en vez de vuestra vida de trabajo, de privacion y de miseria, os ofrecen la riqueza, los vestidos mas brillantes, los placeres, las fiestas, el ruido, los bailes y

las flores. Ah! caballero, es preciso para resistir á esto, tener una màdre ó un buen fondo de virtud. Yo no tenia ni una cosa ni otra y... sucumbì.

Creps levantòse y empezó à dar paseos acelerados por el aposento.

—Vuestra madre es la culpable, decia, su abandono es el que os ha lanzado en la senda del vicio... sobre ella es sobre quien debia caer la vergüenza y el castigo... Mas hay tantas madres por el estilo de la vuestra!.. Delacroix!.. Adriana!

El hombre misterioso volvió á reflecsionar. Felicia pregùntòle:

—Habeis quizas canocido à mi madre?

—Jamás he conocido à la tal madama Delacroix... pero sin embargo, no es estraño que no la hubiera conocido; pues ese nombre Delacroix seria supuesto.

—Oh! en efecto, ella no debia llamarse asi: murmuró Felicia con tristura.

—Pero por què, continuò Creps, no os haceis llamar Adriana Delacroix?

—Mi madre me habia abandonado, replicó la jòven alzando la cabeza con orgullo, y yo he querido, por mi parte, que si casualmente me encuentra algun dia no sepa que yo soy su hija.

—Perfectamente: en vuestro lugar hubiera yo hecho otro tanto. Y como os llamais ahora?

—Felicia.

—Nada mas que Felicia?

—No es bastante.

Creps aprocsimóse al lecho, cojiò una mano de la dama y pulsòla.

—Teneis calentura... es preciso que descanseis... que dormais un poco.

—Todavia no. Me es tan dulce hablar de mis penas... de confiar mis dolores á alguno que sepa comprenderlos, y si viérais cuan sola me hallo en el mundo, á pesar de estar rodeada de tantas jòvenes que me llaman su amiga!.. Pero estas relaciones no son formadas sino por el placer... Cuando una les habla de otra cosa que no sea un baile, un vestido ò una conquista, no os escuchan ni os entienden.

Creps se echó casi sobre el lecho. Cojiò otra vez una mano de Felicia, y la contemplàba con un interés que se aumentaba gradualmente. La jóven lo mira tambien y murmurò:

—Es singular! ayer me causábais miedo... hoy teugo en vos la mas amplia confianza. Un sentimiento secreto me dice que no sois un es-

trangero para mì... Será tal vez por que lo habeis socorrido?.. Por què habeis cerrado sus heridas?.. Se curará pronto?

Creps hizo con la cabeza un gesto afirmativo. Felicia le apretó dulcemente la mano y balbució:

—Entonces os doy gracias porque me impedisteis que muriese.

—Pero como la infidelidad de un amante os ha conducido hasta este estremo?.. Creiais que su amor seria eterno?.. Cosa rara! Ignorábais que sus relaciones con esa jòven debian ser respetadas por vos?

—Oh! no, esclamò Felicia, no creais que yo me hubiera vengado, si él me hubiera olvidado por su Emelina... Ah! pero á esa jòven tambien la engaña... Hay otra muger que es su querida... otra á quien el jura tambien cariño eterno... Yo la he visto en sus brazos... yo la veo ahora... se abrazan... se besan... Separadlos... separadlos por piedad! Yo no quiero que estén juntos... yo no quiero que se amen... yo no...

Los ojos de Felicia echaban fuego... queria levantarse... tirarse de la cama... su ecsaltacion rayaba en delirio. Creps trató de calmarla: en fin, toda contraida cayó sobre el lecho: luego, un aniquilamiento moral suce-

diò á esta crisis: sus ojos se cierran con prontitud y un sueño agitado, en el cual se oyen mil palabras y juramentos entrecortados, se apodera por último de sus sentidos.

El Amante de la luna pasa toda la noche à la cabecera de la cama, contemplando à la dama y pulsàndola à cada instante, para ver si cedia la maligna fiebre. De cuando en cuando esclamabacon un acento que salia del corazon:

—Pobre niña!

3.

Otra vez el espíritu tentador.

El dia apareciò. Felicia duerme con mas sosiego. El hombre de la noche, està sentado todavia junto al lecho. La puerta del cuartucho se abre y maese Roberdin entra en la estancia.

—Què es eso? se ha muerto esa dama? por que no siento pasos abajo: dijo el leñador.

—Ole, tenémos tela, Mr. Crespin? preguntò una voz seca y chillona, de un individuo que venia tras Roberdin y que no era na-

da mas que el pillo y ladron consumado Mr. Garguille.

Creps levantóse bruscamente y corriendo à la puerta, esclama:

—Quien os ha permitido entrar aquì?.. Salid al momento... al momento, ò lo haceis con la cabeza abierta. ¿Roberdin, á què venis?.. Para quà viene tambien ese miserable?

—Quien? quien? preguntó Garguille adelantándose. Quien es el miserable, señor marqués de la luna? Es usted el dueño de la casa?.. es usted quizá el amo?..

—Yo soy el amo de romperte la cabeza, siempre que se me antoje. Tenémos los dos unas cuentas atrasadas que liquidar... Mas por lo pronto salid y cuidado quien toca á esa jóven que reposa en ese lecho.

Diciendo esto, diò un empujon tan fuerte à Roberdin que, cayendo sobre Garguille, salieron rodando del aposento.

—Asi te dejas tratar en tu casa? preguntó Garguille levantándose con trabajo.

—Es imposible luchar con ese diablo, que es mas fuerte que los dos: contestó Roberdin tentándose la cabeza.

—Esa no es una razon; cuando uno no es el mas fuerte, es el mas astuto.

—Y despues, como sabe que le hemos

quitado las cuatro piezas de oro que aquellas damas dejaron para él...

—Creerá que vamos á devolvérselas? Muy léjos estarán ya! Todavia van corriendo. Mira, Roberdin, yo quiero vengarme de ese hombre.

—Vienes otra vez, espíritu tentador, á sacarme de mis sanos principios? á proyectar *negocios* para luego dejarme en los cuernos del toro, como la última vez?

—Oh! aquel fuè un *asunto desgraciado*... que errámos desventuradamente... La culpa fué la mia... Y caramba! voto al chapiro que escapamos bien, su puesto que ahora paliqueamos à nuestras anchas.

—Ya! tù tocastes de suelas... pero yo que caí en la ratonera... á mí me pescaron; y que á no haber sido por una casualidad, por una circunstancia favorable que me hizo conocer al banquero...

—Vive Dios! seria algun *amigo*? algun *camarada antiguo*?

—Más tarde te contaré eso... Y yo que te hacia enjaulado como un canario!

—Yo? ya no hago crias.

—Pero, mira, yo vivo tranquilo... sin temores, ni recelos... tú podrás venir siempre, que gana te dé, á refrescar en casa de un a-

migo; mas, lo repito, no quiero cometer mas calaveradas; escapé de la última en una tabla y...

—Pero no por eso se ha de escapar tu Mr. Crespon?

—Creps.

—Sea Creps. Buena le ha venido conmigo. Digo, cuando no pueden con este cuerpo todos los guardias-civiles de Francia, y ha de poder ese... Què clase de niña es la que tiene recojida?

—De las del gran mundo.

—Sin duda le habrà robado todas sus alhajas y lo quiere todo para sí... bueno sea que lo reparta con nosotros.

—Cuando la trajo venia completamente sin sentido... y la ha velado toda la noche.

—Bueno, le dará una gran propina. Lo mismo tiene.

—No sabes lo que dices. No conoces á ese hombre: todo lo hace sin interés.

—El serà como todos. Un truan consumado.

—Garguille, te engañas con respecto à Creps.

—Yo no se si me engaño, pero sì te aseguro que obtendrè su recompensa y me vengaré de él... Ah! es fuerte? es valiente? es un

alcides? Bien, yo me pondrè en estado de que sus tiros no me alcancen y...

—Silencio... alguien viene... siento pasos.

El ruido que hicieron Roberdin y Garguille en el aposento, cuando rodaron al terrible ímpetu del Amante de la luna, despertaron à Felicia; la cual, cojiendo una mano de Creps que habia vuelto á su lado, le dijo con la mayor dulzura:

—Me parece que he dormido mucho tiempo... Ya me encuentro bastante mejorada... Habeis quizá pasado toda la noche à mi lado?

—Y por qué no? Habeis tenido una calentura delirante... Pero ya ha pasado y creo que bien podeis volveros á Paris; pues me parece que vuestra intencion no será permanecer en Corbeil por mas tiempo.

—Ah! no, cuanto antes me vuelvo á París. Qué hora es?

—No tengo muestra. Y vos?

—Yo?.. sì, yo la traigo... pero se me ha olvidado darle cuerda.

—Ya deben ser cerca de las nueve... el coche de vapor no tardarà en llegar... En què pensais?

En efecto, Felicia, con la cabeza apoyada sobre el pecho, estaba sumida en una meditacion dolorosa: à esta pregunta levantóla

y cojiendo de nuevo las manos de Creps, le dijo con entrañable acento:

—Sois tan bueno para mí, sin que yo lo merezca... que quisiera un último favor de vos.

—Vamos, decid.

—Antes de volverme á Paris, yo quisiera estar completamente asegurada sobre la salud de... no me entendeis? No pudièrais ir á saber noticias suyas?.. A ver como ha pasado la noche?.. Como sigue la herida? Porque seguramente se quedaria en casa de esas señoras... al menos que no instase por volver à casa de su primo.

—No, ayer no pudo hacerlo y tuvo que quedarse en casa de madama Clermont.

La jóven respiró con mas desahogo y su cara se esclareció algun tanto. Creps levantóse y tomò el sombrero.

—Voy à ver al herido: dijo cojiendo su garrote.

—Oh! caballero, cuanto os debo! Yo os aguardo aquí y cuando lo sepa todo, entonces partiré.

—Pero no salgais de este aposento, y si llaman no abrais... encerraos por dentro y no abrais hasta que reconozcais mi voz.

—Por qué tantas precausiones?

—Porque, hija mia, esta cabaña es tan

mal frecuentada... y podian venir algunos curiosos!..

—Oh! yo no soy ninguna simple... y à nadie abriré mas que á vos... Pero despachaos, me intereso tanto por su salud!

—Irè, curaré al herido y volveré al momento.

Diciendo esto, Creps saliò del cuarto y Felicia echó la llave por dentro. Roberdin estaba hablando con Garguille: à la llegada del Amante de la luda, los dos ladrones se separaron. Garguille empezó á silvar una cancioncilla y Roberdin à partir un grueso leño. Creps llegòse á este último y le dice:

—Cuidado como nadie penetra en el aposento de esa jòven; el que lo intente, lo pasarà mal... Al momento vuelvo yo. Lo entendeis?

—Corriente: pero á lo menos vuestra princesa me pagarà el hospedaje de esta noche. Eh?

Creps encojiòse de hombros y saliò de la cabaña.

No tardò nada en llegar á casa de madama Clermont; en la cual, hacia tiempo estaban levantados: el mismo herido no dormia tampoco. La idea de que reposaba bajo el mismo techo que su Emelina, le causaba una turbacion, una emocion, que tal vez impidiera el

pronto restablecimiento de la herida; pero que la hacia mas llevadera y mas dulce.

El hombre de la noche se encontrò muy pronto à la cabecera del herido. Despues de haberse informado del òrden que se habia observado, y si habian seguido su mètodo, las damas se retiraron y lo dejaron solo con el enfermo.

La operacion se terminò en un instante.

—No adivinais quien haya podido heriros? preguntó Creps á Isidoro.

—No... no sé quien. Tal vez algun malhechor que, queriendo robarme, me dispararia y huiria asi que viera venir gente...

—En efecto... Pero no suponeis otra cosa?.. reflecsionar... En vuestra edad es tan fácil jurar amor eterno à todas las mugeres!.. pero hay algunas que llegan á amar y no sufren desengaños...

—No, no, caballero, abusais; contestò Isidoro tratando de ocultar su emocion. Por qué me decis eso?.. Se ha quizà arrestado al perpetrador del crìmen?.. Se ha descubierto?..

—Nada se ha descubierto... Además, por què lo hemos de juzgar una accion criminal? no puede ser tambien alguna inadvertencia de alguno que dispara sin querer?

—Sí, debe ser eso. Oh! teneis razon; no

busquèmos un crímen en esta ocurrencia... olvidarlo es lo mejor.

Creps volvió á abrir la puerta del salon, y las dos damas entraron de nuevo.

—La cura será aun mas pronta que yo lo he imaginado. Dentro de cinco ò seis dias, podrà el señor viajar por los caminos de hierro.

Isidoro hizo una terrible mueca: él desearia no sanar tan pronto. Emelina diò un grito de alegría: madama Clermont mirò à Creps al soslayo para ver si encontraba aquella mirada que tanto le habia encantado la víspera; pero el hombre misterioso, despues de haber encargado el mismo règimen, salió de la casa, á pesar de las reiteradas instancias de todos para que se quedara.

Creps deseaba por momentos llegar al lado de Felicia. Entra en la cabaña y no vé á nadie. Vá al cuarto donde dejara á la jóven, halla la puerta abierta, pero la habitacion estaba sola. Sale del cuarto y empieza à llamar con desaforados gritos à Roberdin. Este sale del establo echando una chesca.

—Donde está la jóven que quedó aquí ahora poco?

—Se ha marchado.

—Marchado!.. es imposible. Tenia que esperarme.

—Yo no se si os esperaba ò no: sino que un cuarto de hora despues de haber vos salido... salió dejándome un napoleon. La habia yo de detener?

—Y qué os dijo?

—Nada.

—Y no os preguntó?..

—Tampoco.

—Roberdin, mentís, me engañais; yo no he estado ni tres cuartos de hora fuera, y aunque hubiera estado una hora, esa jóven tenia que aguardarme... Donde está?.. yo quiero saber donde está.

La voz de Creps era terrible y sus ojos echaban fuego. Sin embargo, Roberdin lo miraba impávido.

—Tengo yo la culpa que se halla marchado?.. Os juro que digo la verdad... Y sino registrad la cabaña, vos la conoceis toda. Creeis que la tengo prisionera?

—Y ese miserable que estaba con vos? Ese Garguille, donde está?

Roberdin mudó de color.

—Garguille? hace mucho tiempo que se ha ido... No vino mas que á echar un trago conmigo y se fué.

—Se ha ido!.. y al mismo tiempo que esa jòven!

—No, mucho despues.

—Ya vereis, Roberdin, como hayais proyectado algun infame complot con vuestro còlega, me la vais à pagar... muy caro.

—Lo digo por última vez, yo no he tratado nada y...

—Vuestro camarada es capaz de todo; harto lo se... Que camino tomò?

—El... de... la floresta de Senart.

—Y la jòven?

—La jóven?.. El de... Corbeil...

—Escuchad, Roberdin, como no encuentre à esa jòven y sepa que la ha sucedido algo... temblad... porque os voy à destrozar entre mis manos.

—Yo no puedo decir mas... la dama salió... poco despues, Garguille lo hizo tambien... Me matareis, si quereis; pero no podrè deciros mas.

El Amante de la luna lanzò una furibunda mirada à Roberdin y saliò de la cabaña con acelerado paso.

4.

Una historia en compendio.

Durante los primeros momentos que habian seguido à la instalacion de Isidoro Marcelay, en casa de madama Clermont, se habia esta obstenido de interrogar à su hija; los momentos no eran á propòsito.

Emelina apenas habia vuelto de la emocion que le causara la sangrienta escena de su amante; sus ojos llenos de làgrimas y su corazon oprimido aun, necesitaban calma y tranquilidad.

No obstante, la jóven habia leido en las miradas de su madre, que esta, le pediria algunas esplicaciones sobre lo acaecido. Emelina habia conocido su imprudencia en no confesar à su madre la pasion que el jóven caballero le inspirara, y habia pensado:

—Mi madre es tan buena para mí! debia yo tener secretos para ella?

Al dia siguiente, al hallarse delante de su madre, Emelina temblaba y no se atrevia á levantar los ojos del suelo; por la vez primera de su vida, en vez de correr á abrazarla con toda la alegría de su edad, con toda la dicha que puede esperimentar una hija que ama á su madre, no se habia acercado sino con temor, porque preveia una terrible reconvencion.

Pero Clemencia no le dijo nada y no saliò de sus làbios la mas mínima espresion de queja.

La llegada de Creps, el pensamiento del jòven herido y los deseos violentos de este, en perdonar á su asesino, habia por algun tiempo preocupado á la madre y á la hija, y no las habia aún dejado tiempo para que á solas departieran.

En vez de permanecer, como de costumbre, en el salon bajo, madama Clermont subió á su cuarto con su hija, à continuar sus

labores. Mas de una hora ha pasado y Clemencia no ha despegado sus lábios. La tierna jóven, acostumbrada á oir la dulce voz de su madre y à contemplar sus divinos ojos, no pudo soportar por mas tiempo tan terrible indiferencia. A cada instante olvidando su trabajo, miraba con timidez á su madre y esperaba una frase siquiera; pero nada; su madre parecia que hasta ignoraba que su hija estaba á su lado.

Emelina no pudo resistir mas: arroja su labor y con amargo llanto échòse en los brazos de su madre, esclamando:

—Oh! mamá, báblame... mìrame... yo te lo suplíco... Sì, soy una culpable... yo debia haberte confiado el secreto de mi corazon... pero me arrepiento de haber obrado así... Ríñeme, dime lo que quieras; pero no estés asi conmigo... me parece que no me quieres.

Clemencia sintió sus mejillas humedecidas por las làgrimas de su hija y no tuvo valor para permanecer mas tiempo severa: coje á Emelina con viveza y la estrecha contra su corazon con delirio. Despues, mezclándo sus lágrimas con las de su hija, esclama tambien:

—Yo aguardaba este paso con ansia... Por què me has hecho esperar tanto?

—No me atrevia, mamá... tú estabas in-

cómoda... muy incómoda conmigo porque conoces hasta mis mas ocultos pensamientos... y como Mr. Isidoro...

—Tú lo amas! Dios mio! Creias que lo ignoraba yo?

—Què! mamá, tú lo sabias?.. Lo habia adivinado?

— Gracias al cielo, paloma mia! no sabes aun ocultar tus sentimientos de manera que pasen desapercibidos á los ojos de tu madre. Sí, yo he conocido que Mr. Isidoro te ama y que no eres insensible á su cariño... Mas como tan tarde, te hallabas en la ventana de la calle... cuando yo te hacia durmiende en tu cama?

—Veras como ha sucedido todo, mamaita. Este verano, no te acuerdas aquel dia que te convidó madama Michelette para que asistièramos á la reunion que daba por la llegada de su hijo?.. Pues bien, tu rehusastes, y aquella noche como te dolia tanto la cabeza, te acostastes temprano. Esa noche hacia mucha calor y yo me sentè en la ventana à tomar el fresco; cuando oigo una voz que me dá las buenas noches. Era Isidoro que casualmente pasaba por allì... yo me figuro que vendria à hacernos una visita; mas como quiera que tú estabas recogida, no quiso moletaste... En fin,

hablamos por la ventana... luego despues hemos hecho otro tanto varias veces... y siempre hemos departido por la ventana. Mamá, me ha dicho que me ama y que me amará hasta la muerte... Habré hecho mal en creerlo?.. Por último, èl ha querido hablarte para pedirte mi mano... y yo lo he hecho esperar... porque... tù quizá no querrias y... tal vez le prohibieras la entrada en casa.

Clemencia mirò con ternura à su dulce hija, embebiéndose en una profunda meditacion. Un momento despues, la sacó Emelina de su letargo, tomándole la mano y diciéndole:

— Mamà, todavia estàs incómoda conmigo?.. Te prometo de no ponerme mas de noche en la ventana... ni aun de dia, si tú no quieres.

Madama Clermont abrazó á su hija y la llenó de besos: en seguida levantóse y tomando la canastilla de su costura, dijo:

— Anda, Emelina, coje tu labor, bajémos un poco á acompañar al herido... el pobre deberá fastidiarse allì solo.

— Oh! mamà, cuan buena eres!

En un segundo estuvo Emelina en disposicion de seguir à su madre. Las dos damas no tardaron en llegar al gabinetito donde estaba situada la cama de Isidoro que, como he-

mas dicho, se hallaba à los pies del salon y en disposicion de que aunque viniera visita, no se viera al enfermo. Bien entendido que, poca ò ninguna tenia madama Clermont en la actualidad. Madama Michelette, picada hasta el estremo, porque estas damas no habian asistido à su gran reunion, no las visitaba ya, y en cuanto á Elmonda, nosotros sabémos perfectamente el motivo porque no amenudee tanto sus visitas; pues desearia la tierna esposa romper de una vez con sus vecinas, para no verlas ni entenderlas.

Cuando vió Isidoro entrar à Emelina en el gabinete, sus ojos radiaron de alegrìa y cuando vió entrar tambien à la madre, se inclinaron hàcia el suelo, porque presumia que madama Clermont no seria tan tonta, como para pensar que solo el acaso era el que le hiciera llegar à sus ventanas. Mas las miradas interesantes de la jòven, y estas palabras pronunciadas con voz inteligible y sin menear los lábios: «todo lo sabe» acabó de cortar al pobre enfermo.

Pero como quiera que un prolongado silencio seria tal vez sospechoso: despues de dar á la madre mil gracias por su esmero, añadió:

—Señora, no se si os arrepentireis de los favores que me dispensais, luego que conoz-

cais los secretos de mi corazon ; mas me es imposible ocultarlo por mas tiempo. Yo amo á la señorita, vuestra hija, señora, yo la amo... pero con aquel amor que se debe prodigar à la muger que vá á unir à uno su destino; es decir, que la adoro y la respeto... Ser su esposo es mi mas ardiente deseo... Hace tiempo madama , que os hubiera pedido la mano de Emelina , pero ella misma.

—Ya lo se , caballero , mi hija me lo ha dicho... Pero tranquilizaos , pues vuestro amor por ella no me desagrada ; nada de eso, me place infinito ; pues si lo contrario hubiera sucedido , no os hubiera admitido en mi casa. Y sin embargo, la mano de mi hija, que me pedis, no puedo concedèrosla... Oh! no soy dueña del porvenir de mi hija. Vos mismo vais á juzgar de ello , por el contenido de mi relato. No quiero ocultaros nada, y mi hija vá à oir, por la primera vez de su vida, la historia de su madre. Una historia en compendio si se quiere , pero en la que no se ocultará nada. Escuchadme , caballero , tù tambien, hija mia , que ya es tiempo conozcas cuales son las causas de las contínuas penas de tu madre.

Èl herido prestò la mayor atencion mientras la hija diò un fuerte abrazo à la madre.

Clemencia empezó de este modo el relato de su vida:

«Mi padre se llamaba Mirigny ; tuve la desgracia de perder á mi madre desde mi mas tierna edad ; pero mi padre , cuya ùnica hija era yo, me dió una brillante, cuanto sòlida educacion. Vàstago último de una familia noble y guerrera , poseia algunos bienes de fortuna. Desgraciadamente , su demasiada confianza en los hombres que , los creia probos en general, cambiò en algun tanto nuestra posicion: contínuas bancarrotas, nos robaron lo poco que nos quedaba. Yo tendria entonces diez y seis años; mi educacion se habia concluido y los talentos que poseia nos hubieran servido de recurso si mi padre me lo hubiera permitido. Mas con economia rigorosa y con generales privaciones de todo , no solamente supo mi padre mantenerme , sino tambien proporcionarme un dote aunque corto.»

«Desde esta época... esta es una circunstancia que no debo de dejar pasar , para que sirva de leccion á mi hija, y que vea que todo debe sacrificarse en el mundo cuando el deber asi lo ecsije. Un jóven... de la edad casi de Mr. Isidoro , descendiente de una gran familia y sumamente rico , declaròme su amor y juróme amarme hasta la muerte... yo creí en sus

juramentos, yo lo amè tambien, y me lisonjeaba que mi padre aprobase mi cariño. Pero este buen padre, que no queria mas que mi dicha y que habia adivinado el secreto de mi alma, cojiòme un dia y con los ojos rasados en lágrimas, me dijo que, era preciso dejar de amar á aquel hombre... porque su conducta era indigna del nombre que llevara. Abandonado á todas sus pasiones, sus locuras sobrepujaban á las del tiempo de la regencia: juego, mugeres, convites, vino, todo, todo cuanto malo pudiera imaginarse, otro tanto poseia aquel jóven, indigno para un amante, cuanto mas para un esposo. Esta pintura podia ser ecsajerada; pero conocia á mi padre y sabia que era incapaz de engañarme; y por otra parte supe muy en breve que la conducta del que amaba... (suspiro doloroso de Clemencia) era tal como mi padre me dijera.»

«Entonces tuve que poner freno á mi corazon... (otro suspiro)... y dejar de amar á aquel hombre, arrastrado por el torrente de sus pasiones... El tiempo... que concluye todo, me hizo dejarlo, pero no olvidarlo; y otro partido que se me presentara, acabó de arrancar mi poca esperanza.»

«El caballero que pidiera mi mano, tenia doble edad que yo... Tendria yo entonces so-

bre diez y ocho años... El hombre à quien yo agradara era banquero y me pidió á mi padre por esposa. El autor de mis dias tomò sus informaciones y le dijeron que era hombre de fortuna y sumamente codicioso y emprendedor. Mi padre le hizo presente que yo no tenia mas que diez mil francos de dote, y el buen señor pasó por todo. Y consultóme, què pensaba yo sobre este enlace, ocultàndome su vivo deseo porque lo hiciera.»

«Una sola vez habia yo amado en mi vida; lo que se llama con pasion... y conocì que esta vez no era ese el sentimiento que dominara mi pecho. Yo conocì que aquel hombre me chocaba y causaba tadio; no obstante, mi padre era anciano, estaba achacoso, este enlace quizá le diera la salud y... acepté en seguida la mano del banquero: de este modo llegué á ser madama Riberprè.»

—Riberprè! esclamó Isidoro mirando à Clemencia estupefacto. Como! señora, no es posible... yo habrè oido mal sin duda.

—No, caballero... dejad que concluya mi biografia, y vereis, que desgraciadamente, no tiene nada de imposible. Desde los primeros dias de mi enlace, conocì que no ecsistia simpatia entre yo y mi marido... No se necesitaron muchos dias para que conociera que el ùnico mó-

vil que habia tenido mi marido para casarse conmigo: habia sido mi belleza y hermosura: pero Mr. Riberprè ocultaba sus pasiones infernales y un corazon de tigre... Mucho siento, hija mia, patentizarte el corazon de quien le debes el ser; pero me es indispensable si has de conocer las desgracias, infortunios y penas de tu desventurada madre.»

(Emelina, por toda respuesta, se llevò á sus lábios la mano de su madre).

«Seis meses despues de mi matrimonio, muriò mi padre. Mi corazon fuè herido por este acontecimiento tan funesto. Un pensamiento instintivo me decia que quedaba ya sola en la tierra, sin protectores, sin amigos, sin apoyo. En efecto, desde que murió mi padre, Mr. Riberprè diò rienda suelta á sus pasiones, irritado de no haber encontrado en mi una muger como él queria, una muger tan depravada como èl, con sus mismas ideas y con sus mismos vicios; una muger que no se sonrojara al fraude y al dolo... El amor, diré mejor, el capricho que le habia inspirado, disipóse como el humo... reemplazándolo, no diré la indiferencia, sino un ódio inconciliable. Sí, un ódio espantoso me tenia este hombre, siendo víctima inocente de los accesos mas bárbaros y de las palabras mas obcenas. Pero era ma-

dre, el cielo me habia concedido una hija, ella era toda mi dicha, todo mi consuelo; y junto á la cuna de mi Emelina, me solazaba en algun tanto de mi amargo destino.»

«Casi tres años pasé esta vida tan amarga, creyendo que al fin mi marido se acordaria que era padre y mudaria de conducta. Pero me engañé; mi presencia era insoportable para mi esposo. El me lo probaba llenándome de oprobios y de maldiciones, siempre que me veia. En fin, llegó su crueldad hasta traerse á casa su querida pública, y obligarme à que la sirviera. Un dia tuve valor para decirle, que olvidaba fuera yo la madre de su hija... Ecsaltòse su furor, diòme de bofetadas y me rompiò el baston en las costillas... Yo hubiera tambien sufrido aquel ultraje tan amarguísimo; pero levantòte la mano... à tí... niña débil é inocente que llorabas porque veias llorar á tu madre... Oh! entonces te cojì en mis brazos y le dije: «Caballero, voy á poner al abrigo de vuestros indignos tratamientos à mi inocente hija.» Yo partì... Eso es lo que Mr. Riberprè deseaba, para que su dama hiciera mis veces sin obstàculos.»

«Yo me fuí á un cuartito de una casa inmediata, por lo pronto no sabia que partido tomar; pero estaba decidida á mantenerme de

mi trabajo, antes que juntarme con mi marido. El cielo tuvo misericordia de una madre é hija inocentes y nos envió un protector; era un anciano abogado que habia sido amigo íntimo de mi padre. Mr. Duvalin entabló demanda y obligó á mi esposo à que me asignara una pension. Mr. Riberprè me acordó mil doscientos francos, pension bastante módica para educar à mi hija, en atencion á la brillante fortuna que poseia mi marido.»

«Me contenté con esta pension y me vine á Corbeil, tomando el nombre de madama Clermont y declarándome viuda... mientras que Mr. Riberprè dá el título de esposa lejìtima á esa miserable que presenta en todas partes enchida de placer y orgullo; mientras que yo, su lejìtima consorte, lloro y gimo abandonada en esta aldea. Sin embargo, Mr. Duvalin hizo aumentar mi pension y en el dia me pasa mil ochocientos francos.»

«He aquì, hija mia, en compendio, la historia de tu madre... Ya lo ves, no soy viuda... tu padre ecsiste y... no puedo disponer de tì.»

_Pobre mamá!... cuan desgraciada eres!... Tal vez si te hubieras casado con tu amante... con tu primer amor, hubieras sido mas dichosa.

—Quien sabe! murmuró madama Clermont suspirando. Los hombres son tan volubles! quizá me hubiera dejado de amar... y la pérdida de su amor me hubiera hecho mucho mas desgraciada.

—Y no lo has vuelto à ver mas?

—No, hija mia. Luego que mi padre le hizo ver que jamàs consentiria en nuestro enlace, dejó á Paris... yo creo que tambien la Francia... é ignoro completamente su destino.

—Vos... madama Riberpré!!! esclamò Isidoro saliendo de la admiracion que le causara la narracion de Clemencia. Ah! señora, cuan indigna es la conducta de vuestro esposo... Lanzar de su casa á una persona que merece todo su amor... todo su respeto... abandonar á su hija... no partírsele el corazon de dolor y angustia solo al imaginarlo... Luego presentar como lejìtima consorte á esa muger despreciable... Sì, la encuentro despreciable, por que esa muger debe saber que vos ecsistis y consentir...

—Parece, caballero Isidoro, que ignorais las cosas del mundo... Camila ha hecho lo que haria cualquiera otra... darse un tìtúlo que no merece!.. No, no es un tìtulo el que yo quiero para mi hija, sino un padre que asegure su porvenir.

—Y no estoy contigo, mamà? dijo Emelina: mi padre que falta me hace?.. No te ha echado de su casa?.. No te odia?.. Pues mira, no lo conozco y... no lo quiero. Olvidémoslo, ni nos ocupèmos de èl... ya ves que él hace con nosotras otro tanto.

—Ay hija mia... no lo sabes todo... Otra te reemplaza en el corazon de tu padre... por que Riberpré tiene otra hija... Camila lo ha hecho padre... Una á la cual no rehusa nada y se apresura à satisfacer todos sus caprichos y fantasias... Esa lleva su nombre... todo el mundo la llama la señorita Riberpré... mientras que tù... pobre niña...

Clemencia miró á su hija y derramó copioso llanto: Emelina la consoló, dicièndole:

—Pero Dios mio! qué tenémos nosotros que ver con eso?.. mientras que tú me ames, no necesito mas... Yo no tengo envidia de esa... amada de Riberpré. Y supuesto que tiene otra hija, me parece que es una razon de mas para que no piense jamàs en mí... y entonces... pedias tù acceder á mí...

Emelina no concluyò la frase y mirò á Isidoro: este comprendió el sentido y tratò de tomar la pálabra: Clemencia lo interrumpió:

—Yo pensaba como tú, hija mia... pero habrà cosa de un mes que he conocido que

Mr. Riberpré no te ha olvidado. Te acuerdas del dia en que tu libertador vino y te sacò so pretesto de encontrar una pobre muger que reclamaba mi socorro?

—Sí, mamá, me acuerdo.

—Un caballero sentado en un banco de piedra habia en la floresta... te habló y te mirò... Pues bien, ese caballero no estaba allí por casualidad... aquel hombre te esperaba... aquel hombre era Mr. Riberpré.

—Mi padre!!

Emelina sorprendióse: el recuerdo que conservaba de aquel caballero tan díscolo y repugnante, junto con que ahora sabia era su padre, la hizo temblar y temer.

—Señora, dijo Isidoro interrumpiendo el silencio sepulcral que reinara algun tanto entre los interlocutores: me parece que no debèmos atenernos con respecto á mi enlace con Emelina, à la voluntad de Mr. Riberpré: yo tengo bienes suficientes para ella y... para vos.

—Mil gracias, caballero; mas no soy de parecer que la muger le deba todo á su marido.

—Entonces iré á Mr. Riberpré y le pedirè su permiso para casarme con la señorita.

—Es verdad, dijo Clemencia, pero pedirle la mano de su hija, es declararle que conoceis el secreto de su vida... que esa mu-

ger que presenta como suya, no es mas que su querida y su... Elvina, su hija natural, no es heredera forzosa de sus bienes. Oh! hacer eso seria romper enteramente con èl y acabar de perder el porvenir de mi Emelina.

—Eso no; jamás podrà desheredar à su hija lejítima.

—Sí, desheredarla; hay tantos medios de privarla de lo que le pertenece!

—Y entonces qué debèmos hacer, señora?

—Esperar. Yo consultaré á mi amigo Duvalin... Emelina es demasiado jòven todavia... pero ella os ama, yo apruebo su amor y vos estais convencido de su constancia: conque asi, aguardèmos.

—Oh! sí, aguardémos; contestò Emelina, por su parte. Ah! cuan contenta estoy con no tener secretos para mamá!

El enfermo se sonrió reprimiendo un ìntimo suspiro, porque su pasion devorante no se convenia á aquella indeterminada tregua. No obstante, se conformó y en señal de asentimiento, besó respetuosamente la mano de Clemencia y lanzò à Emelina una ardiente mirada.

Al dia siguiente de estos sucesos, se esperaba à Creps en lo casa, para que curase al herido. Pero pasó la mañana y el protector

misterioso de Clemencia Marigny, no pareciò. Viendo que era el medio dia y no llegaba, madama Clermont quitó el vendaje y remudò las hilas, empapadas èn un oporífero bálsamo que Creps habia dispuesto.

No obstante, todos están inquietos y con zozobra, echando de menos al hombre de la noche, al que quieren y aman de corazon.

—Estará quizà, dijo Clemencia, desde aquella noche haciendo pesquisas para descubrir al asesino ò al vengativo que os ha disparado. Conoceis algunos enemigos, caballero?

Isidoro sonrojòse; pues en este momento se acordó de la vengativa Felicia.

—No... no, señora, murmurò, yo no tengo enemigos... No puede ser esto efecto de alguna causa inocente?.. No podia haber disparado alguno sin querer?

—Tambien es verdad; dijo Clemencia.

—Y es mas dulce creerlo asì, murmuró Emelina.

Los dias se pasan y suceden y el Amante de la luna no parece.

El dia sesto de la permanencia de Isidoro en casa de madama Clermont, ya se hallaba el herido, sino bueno completamente, á lo menos en estado de volverse à Paris; y juzgò seria una imprudencia permanecer mas tiempo

en casa de Emelina. No obstante no se và por su gusto.

Aquella mañana levantóse muy temprano y avióse para marchar. Llamò à madama Clermont y le dió las mas rendidas gracias por su finura y proteccion.

—Contareis á vuestro primo el accidente? preguntó Clemencia.

—No, señora... porque entonces tendria tambien que decir, habeis tenido la bondad de recibirme en vuestra casa, y me parece mas conveniente que todo esto quede entre nosotros.

—Teneis razon, caballero. Y ahora, para hablar de vuestro amor à mi hija, no necesitais poneros por la ventana... dentro de casa estareis mejor

—Señora!... (Isidoro besò la mano de Clemencia).

—Ved aquí que ya ha venido el invierno y podeis aceptar las ofertas de Mr. Riberprè, para asistir á sus bailes y tertulias...

—Para què, señora?

—Para relacionaros... para grangearos su voluntad y ver si de ese modo lograis tambien vuestro objeto.

—Lo quereis así?

—Me parece no perdèmos nada.

—Sin embargo, señora, soy muy franco y me parece que nunca seré amigo de ese hombre que aborrezco.

—Pero...

—Pero se trata de vos, de Emelina y... os obedeceré, señora.

—Me contareis todo?

—Cuanto sepa.

—Y procurareis?..

—Saberlo todo.

Isidoro salió dando un fuerte apreton de manos à Clemencia y llevando en su corazon grabadas las ardorosas miradas de la interesante Emelina.

5.

Un antiguo camarada de colegio.

Estamos á fines de diciembre. Un frio de mil diablos deja sentirse, que hace bailar la polka de gusto. Todas las mañanas cae una neblina que forma sobre el piso una especie de alfombra blanca, sobre la cual es muy fácil resbalarse.

Los boulevards de Paris, son los que abundan mas de esta malhadada alfombra y es mas dificil de pisar, supuesto que los artesanos y aprendices, la gente del bronce, aumentan

mas la nieve y ponen el piso que es imposible retener el pié, sin dar un batacazo.

Sobre todo, el boulevard del Castillo-del-Agua (1), es el que está mas endiabladamente resbaladizo. Para los habitantes del barrio, es un gran placer cuando uno se cae. Entonces arman una infernal gresca.

Pero qué placer puede reportarles el que su prójimo se rompa la cabeza? Ninguno. Algunas veces es una muger anciana y achacosa, la que ha puesto el piè sobre la resbaladiza losa, y que al caer podia muy bien haberse roto una pierna. Tambien suele ser una pobre madre que, llevando à su hijo en los brazos para calentarlo sobre su pecho, no ha reparado en el peligroso paraje, y cae sobre el pavimento, á pique de matarse y matar tambien el fruto de su seno.

Tales espectáculos son dignos de los hijos del boulevard, y por eso cantan, rien y bailan cuando suceden estas desgracias. Querrán por esto tal vez inmortalizarse? En verdad que no lo entiendo.

Los tales individuos han llegado casi à creer dominan el Estado. Ellos han chillado:

---

[1] Arca de agua; depósito donde se hace el reparto para las fuentes y aqüeductos públicos.

«Viva la constitucion! muera el ministerio!» (Ellos gritan cuanto se les dice.) Unáse á esto las lluvias de piedras que han lanzado sobre los guardias nacionales que han querido hacerlos callar; los inmensos cristales que han roto y los innumerables coches que han detenido para atrincherarse, son sobrados motivos para que estos prójimos se crean gentes de tomo y lomo.

Y si uno les pregunta: «Què es la constitucion? Porqué quereis que se cambie el ministerio?» os responderán, rascándose las narices: «Porque... porque... hombre, no entiendo jota de eso.»

Pobrecillos, como se burlan de ellos. Les han dicho que griten, y han gritado, sin saber lo que gritan. Han solicitado á sus compañeros, y les han dicho:

—Vamos á gritar, vamos à cerrar las tiendas y armar una jarana... puede ser que halla gresca; pero y qué, si nos divertirémos un poco.

Pero à Dios gracias, y para bien de nosotros, todos no son jaraneros ni bullangueros: hay infinitos que no se mezclan en politica. Los hay tambien trabajadores y artistas. Si teneis la desgracia de pasar de dia por junto à ellos empezarán á chillaros:

—Hola! caballero, hola!.. que se os ha perdído una cosa.

Entonces volveis la cara atràs, mirais... y empienzan una burleta de mil demonios y os gritan:

—Son las narices las que se le han perdído; pero nosotros no las hemos encontrado.

—Cochero, làtigo á la culata... gritan los aprendices cuando pasa una carretela... látigo... látigo. Y el cochero pega latigazos atràs (por supuesto que no hay nadie; pues cuando hay alguien subido en la trasera, entonces se callan y no gritan).

Ellos tambien se pirran por el espectàculo. Vereis una infinidad de aprendices y trabajadores de los boulevards, à la puerta del Temple (su teatro favorito) y cuando sale uno en un entre-acto, correr á pedirle la contraseña y en llegando á obtener una, se conceptuan los mas dichosos del mundo. El afortunado entra saltando, é incomodando à todos; en un minuto ha ganado las escaleras y ha llegado al anfiteatro. Corre de izquierda á derecha, atropella á todos llega à la primera fila. No hay sitio: todo està ocupado. No le hace: él encontrarà y se sienta sobre un caballerito que está abriendo la caja del tabaco.

El caballerito esclama:

—Ay que me apretais!.. que me derramais el tabaco!.. Pasad pronto!

El de los boulevards no responde: continúa sentado sobre las rodillas del elegante y murmura mirando á su rededor:

—Guzman no conoce los obstàculos.

—Levántese usted , ó llamo al municipal.

—Este es mi sitio.

—Su sitio! y estoy yo aquì desde que empezó la funcion!

—Pues yo estoy antes que entràran los bomberos.

El caballerito chilla y... mas levantóse el telon y todos le mandan callar: vièndose en el caso de estrecharse y cederle sitio al intruso.

Entonces, el colado, saca manzanas ó cerezas ; lo que dà la estasion y empieza á tragar y á tirar á diestra y siniestra càscaras y huesos.

Si por casualidad pasais por uno de los puentes del canal , vereis otro individuo de la misma especie , que ha establecido allí su domicilio , para ganar dos ò tres cuartos por sacar las prendas que caigan al agua; porque casi todos los de los boulevards son nadadores como los peces. Tambien los verèmos junto á los embarcaderos , junto à la salidas y llegadas de los carruajes públicos, gara hacer mandados , llevaros el baul ò la maleta en cuyo

ejercicio están mas contentos que un par de Francia. Las vecinos de los boulevards no dudan de nada. Son reconocidos por su gran aplomo, imaginacion y malicia, y principalmente por su amor á las heladas y alborotos populares.

Pero volvámos al boulevard del Castillo-del-Agua.

Una multitud de zagalones vestidos con blusas y casquetillos, estaban paseándose por una inmensa llanura de nieve, á la cual à fuerza de pasar y retepasar, la habian convertido en espejo. La concurrencia de espectadores era bastante, y entre estos se veian caballeros peripuestos y elegantes que envidiaban á los granujas su firmeza sobre la nieve.

Cuando uno de estos se caia, los otros caian tambien, como los castillos de naipes que hacen los chiquillos; entonces empezaba el alboroto, gritos, chillidos y palabrotas. Digo palabrotas, pues entonces decian todo cuanto se les ocurría y como no tienen la costumbre de afinar sus espresiones se oyen unos dicharachos enormes.

No obstante, á riesgo de oirlos, se acercan algunas damas á la resbaladiza escarcha; pero probablemente estas damas tienen los oidos acostumbrados á estos términos tan picantes

y no se sonrojan, ni asustan, al oirlos.

Dos señoras elegantemente vestidas acaban de pararse, à gozar del espectáculo de los resbalones. La una tendria sus cincuenta años cumplidos; pero que en la coqueteria de su toilete, sobrepujaba à su compañera: es una de las asìduas tertuliantas de la Mirobelly y que por sus bigotazos erizados, es fácil de conocer á madama Mazzepa. Pero en lo esquisito de su vestido, en las alhajas que la ornaban, en su rico schal de cachemira, se adivinaba al momento que un cambio venturoso se habia obrado en su fortuna. Tambien se notaba la variacion en su mirada, en su sonrisa y en el modo de llevar la cabeza. La riqueza nos engrandece, sino en lo moral, á lo menos, en el fìsico. El que tiene dinero, vá con la cabeza erguida; el que no tiene un ochavo, và con las orejas gachas.

La otra dama que la acompañaba, es la grande Aglaura, la que tiene honores de cosaco. En cuanto á esta no ha sufrido alteracion: está tal como la encontrámos la primera vez.

—Mira, querida, mira que firme anda ese mancebo por la resbaladiza escarcha; dijo madama Mazzepa enseñando à su compañera un robusto jóven de veinte años, con

blusa y casquete que, con los brazos cruzados, saltaba y brincaba sobre la nieve.

—Es verdad, chica, contestò Aglaura; mira como desafia á sus compañeros para què lo imiten. Me están dando ganas de resbalar yo tambien.

—Querida, que dices? Eso seria ponerse en ridìculo.. à la vista de todos!.. y despues si llegàras á caer sobre la nieve... seria afrentoso... Sin embargo, yo desearia que ese muchacho me diera lecciones.

—Ah! un hombre de blusa!..

—Y eso què le hace, querida? seria un capricho como otro cualquiera. Por otra parte, á mis ojos, los hombres no son mas que unos instrumentos.

—De què jénero? De cuerda ò de viento?

—Ah! Aglaura, que zopenca eres!.. Calla, es aquella que và allí Mirobelly?.. aquella que tuerce la esquina?

—Sì, ella es... Ay Dios mio! que humilde và! ¡Ella que andaba siempre tan bien puesta!

—Ha tenido infinitas quiebras: en pocas palabras, està completamente arruinada: ha tenido que dejar su elegante casa y retirarse à un sesto piso, calle Nueva de Angulema.

—Ah! que desgracia!.. Pero es bastante jóven y bien parecida. No hay duda que encon-

trará *acomodo*... Pobrecilla! era tan ambiciosa!

—Sí, queria deslumbrarnos con su lujo y elegancia. Gastaba carretela!.. Ah! este invierno serè yo la que darè reuniones elegantes.

—Convidarás à la Mirobelly?

—Hum!.. ya verémos... yo no veo la necesidad: eso dependerà del vestido que entonces lleve... Quedan escluidas todas las que usen trajes de coco.

—Pero muger, quien gasta ya esos vestidos?.. á no ser las grisetas!

—A propósito de griseta; què sabes de Zizi Petard?

—Madama Leandra?.. Se ha casado.

—Muger!

—Lo que oyes... Has visto què locura?.. Una muchacha tan tonta! Ah! los hombres son incomprensibles en sus acciones!

—Eso entra en lo que te dije ahora poco, que no son sino instrumentos... Ah! Dios santo! que se ha caido nuestro bello resbalador!

En efecto, el alto muchachuelo que parecia desafiar á todos sus camaradas, habia sido al fin vencido por otro mas pequeño y de su edad, que tenia de grueso todo lo que el otro tenia de alto. Al entrar en la escarcha se le

conociera la intencion que llevara ; que era la de caer al otro. Entra en la nieve y dá un choque fuerte al contrario , que enteramente desprevenido, no tubiera tiempo mas que para agarrarse al otro y caer los dos á la par.

Risas unànimes y generales resonaron entre los espectadores. Los vecinos del boulevard , como todos los hombres, gustan de los acontecimientos inesperados.

Mas el bello resbalador estaba furioso; levàntase y empieza à dar de bofetadas al que lo habia caido.

El otro, contesta con un diluvio de puñetazos; y ved aquí que vuelven á resbalarse en medio del combate, causando la risa de los espectadores, que en vez de separarlos, miraban la lucha con curiosidad y dando victores y bravos, cada vez que uno ú otro de los combatientes, daba un puñetazo mas fuerte.

Entretanto, una mujer del pueblo , con una espuerta de nueces , parecia furiosa y se mezclò entre los espectádores gritando:

—Vaya, que tiene mucho que ver pelear á dos hombres ; como si fueran dos perros... En vez de mirarlos debiais separarlos... Vaya una diversion , ver hacer la mosqueta ó romper la cabeza á otro.

—Pero si el pequeño ha sido un burro:

bien empleado le está, que el otro le endiñe. No pueden ya los hombres hacer valer sus derechos?

Estas palabras fueron dichas por otra mujer de muy mala catadura y con los ojillos de reptil, que no perdia de vista à los combatientes.

—Ah! parece que le gusta ver á los hombres batirse; replicó la vendedora de nueces: quiere mejor que se peguen, que los separen.

—Ah! lo que es yo, dijo á su vez una vendedora de violetas, puedo lisonjearme de que por causa mia no se han batido jamás dos hombres... mejor he preferido que hayan hecho de mí lo que mejor les haya parecido.

—Porque vos sois tambien una buena chica, añadiò la de las nueces, y por eso no podeis ver á los hombres que se lastimen. Yo tambien como soy una buena mujer, tampoco me gustan tales espectáculos.

—Hola! la de la espuerta: gritó la mujercilla de mala catadura, poniéndose las manos en la cintura y corriendo á la vendedora de nueces. Qué es lo que tu quieres dar á entender con tus buenas mujeres?.. lo dices quizàs por mi?.. Pues voy á aplastarte las narices y á saltarte los ojos, gran pilla.

—Te guardarás muy bien, gran puerca...

A ver la valentona! Por qué no te colocas en el matadero para matar los bueyes?

—Porque te voy à dar un meneo de lo lindo.

—A mì?

Todavìa no habia concluido su pregunta y ya la espuerta volaba por un lado y las nueces por otro, enmedio de un diluvio de bofetones y arañazos. En Paris, como en todas partes, gustan de la novedad; asi es, que todos corrieron à la pelea de las dos mujeres y dejaron la de los hombres. Y què sucediò? Que los dos jóvenes conocieron se habian golpeado bastante é hicieron las paces, lo que prueba que hasta en las peleas à cachetes, reina el amor propio.

Mientras que todo esto pasaba, la Mazzepa y la grande Aglaura se habian dirigido á otro resbaladero para ver juguetear à otros chicos, mas pacíficos y sosegados.

—Que populacho tan afrentoso, dijo la dama de los mostachos, haciendo un gesto de disgusto. Ah! querida; cuan dichoso es vivir en otra esfera mas distinguida! sobre todo, cuando uno padece de los nervios.

—Mas yo no veo que necesidad hay de estar aquì... hace un frio que corta los huesos: apuesto cualquier cosa à que tengo las narices moradas, que es lo que mas detesto... Me

quieres decir por què estamos aquì?

—Porque he citado à Mr. de Romarantin... y es preciso aguardarlo.

—Es ese jovencito de sesenta años que quería aprender à walsar en dos tiempos?

—Querida, es un hombre amabilísimo y de mejor tono que tu Pigeonnac.

—Pigeonnac, no tiene sesenta años?

—Y que le hace, si representa mas.

—Bueno, es igual, yo te digo que Romarantin no walsará ni en... treinta tiempos.

—Apropósito de tu Pigeonnac, no sabes que el reloj de repeticion que te ha dado, se lo tenia ofrecido á Leonis?

—No sabia nada: y además que me importa eso? El me la diò, y yo la he tomado. Pardiez!.. si cuando un hombre nos dá cualquier cosa, no las tomarémos porque ya se la habia ofrecido á otra, entonces no debiamos aceptar nada. ¿No ves aquel hombre parado allì abajo?.. Oh! es singular!... me parece que lo he visto en otra parte...

—Quien?

—No ves allì enfrente aquel hombre parado, alto, delgado, con el palito castaño, abotonado hasta el pescuezo?

—Sì, aquel individuo afeitado, con el sombrero en otro tiempo negro, mas que se vá

poniéndo colorado... vaya un escalque... Sabes que es lindo tu conocimiento? Una corbata, que no es otra cosa, que un pedazo de gros negro descolorido... Ah! solamente de mirarlo me dà frio... Ese hombre parece està helado... sin embargo, es jòven y no serìa malejo si estubiera bien vestido.

—Pero en fin, no lo reconoces?.. es verdad que à cambiado algo ahora; está afeitado y antes tenia hermoso bigote negro... pero es igual... es él; lo conozco en su diabólica mirada.

—Pero acaba, quién es?

—Oh! antes de tener un aire tan abatido dió que hacer á todas las muchachas... Pero mujer, no caes?

—Vete al diablo con tu caballero.

—No te acuerdas, al fin del verano pasado... una noche aquel individuo que presentò Courtinet en casa de Mirobelly, y que no hizo mas que jugar y ganarle à todo el mundo, hasta á mi pobre Pigeonnac que lo dejó pelado?

—Si, ya me acuerdo.

—Que se llamaba Mr. de Monvillar.

—Sí... sì, tienes razon... ese hombre se le parece mucho, pero no puede ser él... El otro era soberbio y elegante... este tiene tra-

zas de morirse de hambre... No lo ves con los ojos hundidos, las quijadas pegadas... y luego sin guantes?

—Y bien, no puede haberse arruinado en los caminos de hierro ú en otros negocios?.. Mirobelly no estaba poco ha tan opípara y retumbante y ahora está sumida en la miseria?.. Mira como nos contempla; parece que quiere reconocernos... Oh! no hay duda que es Mr. de Monvillars.

—De veras? pues vámonos: evitèmos su saludo... ser saludadas por un hombre que no tiene guantes! eso seria horrible... nos comprometeria mucho... Mejor quiero que Mr. de Romarantin nos busque.

Diciendo esto, madama Mazzepa echó á andar: la graude Aglaura la siguiò, volviendo la cara atrás dos ò tres veces, para mirar al individuo que tanta impresion le habia hecho.

Monvillars (porque no hay duda que era él, el que las damas acababan de reconocer) estaba parado junto à una esquina, delante de una escarcha resbaladiza, donde infinitos muchachos saltaba y bricaban; pero su mirada fiera y sombria, harto indicara que poco interés le inspirara el espectáculo que ante si tenia: es probable que, aunque lo mirara, no lo viera, y que su pensamiento estuviera bien

léjos de allí. De vez en cuando daba patadas en el suelo y se metia las manos en los balsillos del paletó; lo que manifestaba que tenia frio y queria calentarse algo por este medio.

Mas de una hora ha pasado y Monvillars está todavia sobre el boulevard del Castillo-del-Agua: algunas veces inmòvil y sumido en hondas reflecsiones, y otras mirando con marcada inquietud y zozobra à las personas que pasan junto á él.

De repente le tocan à la espalda y una voz le dice al oido:

—Y bien, camarada... querèmos aprender à resbalar tambien? Pero voto á Sanes que me parece que nosotros los aventajámos!

Monvillars volviò la cabeza y vió junto á èl à un hombre de su edad, ó poco mas; pero de una tall jigantesca y que su infinita delgadez lo hace mas notable: su vestido, sino tan desastrado como el de Monvillars, tampoco revelaba mucha abundancia.

—German!.. esclamó Monvillars estrechando con profusion una mano del recien llegado; es posible!.. mi antiguo camarada de colejio! cuando yo era clérigo en casa del Patrono (1).

---

[1] El defensor de los derechos de una iglesia ó abadía. El que ejerce hoy dia en Francia

—Es verdad, tú lo has dicho; pero te has equivocado; yo no me llamo German... Me he rebautizado por razones particulares; y por el momento me llamo Rifflard. Y tú continúas llamándote Constancio Martinot?

—Oh! no, he variado de nombre varias veces.

—Eso me gusta: y tu nombre al presente, cual es?

—Cualquiera. Monvillars, si tú quieres.

—Me es igual; el que tú digas. Pero hace un año andabas tan elegante, tan fátuo, tan presuntuoso, que te hicistes el desentendido y me despreciastes.

—No te conoceria. Creélo.

—Oh! no le hace, yo hubiera hecho otro tanto en tu lugar. Mas hoy dia que, *el gozo cayó en el pozo*, podémos ser buenos amigos. Pero cáscaras! que hace un gris endiablado! No podiàmos hablar en otro sitio que no corriera tanto fresco?

—Ah!.. yo no se donde ir... no tengo un cuarto... hace veinte y cuatro horas que no me desayuno y...

---

cierto oficio análogo al de los antiguos procuradores de esta nocion.

[N. del T.]

—Voto à brios! que ya me sobrepujas. Ven conmigo, irémos á un capilé donde me conocen y tomarèmos alguna cosa. Vamos, Mr. de Monvillars.

El alto Rifflard echó á andar, jugando con el bastoncillo. Monvillars lo seguia tiritando y frotándose las manos.

6.

Los corredores y los accionistas.

Mr. Rifflard marchaba con acelerado paso: Monvillars muchas veces tenia que pararse; mas como que su antiguo camarada de estudio sobrepujaba en talla á todo el mundo, era fácil de conocerlo. Por otra parte, cuando no veia á su amigo cerca de sí, el larguirucho individuo se ponia á silvar de un modo particular que Monvillars conocia perfectamente.

Despues de haber seguido en todo su estension la calle del Temple y haber atravesado la

plaza de Greve, el conductor de Monvillars pasó un puentecillo y entró en una callejuela sucia y estrecha, paràndose delante de una especie de capilè que mas bien tenia trazas de un puesto de frutas que de café.

—Ya llegàmos, dijo Mr. Rifflard. Ando muy de prisa: es verdad, chico?

—Como un verdadero ciervo. Apenas podia seguirte.

—Vive Dios! està en mi fibra.

—El ser ciervo?

—No, el andar de prisa. Entrèmos.

Mr. Rifflard abre la puerta del café. Monvillars lo sigue y se encuentra en una sala oscurísima en demasìa; pero poco á poco los ojos se van acostumbrando á esta semi-oscuridad y entonces se distingue una sala cuadrilonga, mesas rodeadas de taburetes de pino, y cubiertas con tapices verdes, lo que indica que los parroquianos juegan á las cartas. Una estufa colocada enmedio de la sala, no arroja en este tabuco mas que un calor lijero; no obstante, siempre está rodeada de individuos que no hacen gasto ninguno; pero que en su defecto se calientan en cuanto la estufa se lo permite.

El mostrador se hallaba, entrando á la izquierda, delante de las vidrieras. Mas bien pa-

recia aquello una tienda de vinos y licores. Una media docena de frascos de licores y un jamon con una guirnalda de flores campestres, que el mas docto botánico no hubiera reconocido y que debia haber muchos meses que estaba allì.

Detrás del mostrador habia una mujer entre dos edades, peinada á retazos, es decir, que tenia rizos, tirabuzones, y pelo de gorro; ò mejor dirè, que por cada lado que se miraba, se encontraba una nueva figura. (Yo creo que era un medio seguro para que todos los parroquianos gustasen de ella). Una carilla de alcuza, unas enormes narices atestadas de tabaco y unos ojillos lagañosos y continuamente llorando. (Todo, ya digo, para gustar à los marchantes).

Una docena de individuos habia esparcidos aquí y allí: los mas, sentados junto à una mesa, jugaban con unas cartas tan sucias y negras que todas parecian figuras; tres de ellos escuchaban á otro que leia el diario. El vestido de tales personajes ni indicaba opulencia ni dinero. Escepto tres ó cuatro que tenian paletó de pieles; de esos que los sastres tienen concluidos y los venden por la modesta suma de veinte y cinco francos; y que muchas personas acomodadas no dejan de comprar, por la

sencilla razon del que mas tiene menos gasta.

El gran Rifflard, al pasar por el mostrador, saludó cortesmente á la dama de los ojos alambiques: despues, mostrando à Monvillars una mesa desocupada, le dijo á media voz:

—Sentémonos allí. Sí, aquí hacen potajes, tomarémos un plato: mas lo encuentro bien dificil; pero nos contentarémos con un vaso de vino y un panecillo.

Monvillars sentóse en la mesa, dirijièndo una mirada desdeñosa à su rededor: sin embargo, la necesidad tan urgente que tenia de tomar alguna cosa, impuso silencio á su repugnancia. Un muchacho liado en un cobertor con la cara llena de erisipela, se presentó delante de la mesa.

—Què se ofrece, Mr. Rifflard?... vuestra copa como siempre?

—No, Pepin, contestò Rifflard sonriéndose; hoy vario... Tienes casualmente vino duro?

—Oh! sí, señor... Nosotros tenèmos de todo.

—Menos de lo que no teneis. Entonces, Pepin, tráenos un par de vasos con acompañamiento obligado de dos panecillos... los mas grandes que tù encuentres entres los mas pequeños.

—Al momento, Mr. Rifflard.

—Singular café! murmuró Monvillars mirando á su rededor. Qué especie de gentes son las que aquì se raunen?

—Ah! no te denigrarás por alternar con ellos; son agentes de cambio y corredores.

—Esos hombres que veo allì reunidos... son agentes de cambio? Que ocurrencia! Con esas fachas tan innòbles!

—Es verdad que no son de número; pero en su defecto son buenas piezas de arrugadillos. Todos esos perillanes que ves, son agentes de la bolsa... Ellos tratan sobre los caminos de hierro; pues bien sabes, que es ahora el negocio de rigorosa moda... Unos compran para vender y òtros venden sin haber comprado. Ese viejecillo que ves allì leyendo el diario, es uno de los corredores mas tramoyistas de la bolsa... Tiene una afinidad y elocuencia infinita, y no se puede oir una sola vez, sin verse seducido por sus palabras; mas en este momento tú no oyes mas que tu estòmago que á gritos te pide pan. Pepin, anda, demonio, trae lo que te he pedido.

El muchacho corrió llevando una batea de madera con dos galletas, mas duras que un chino, y dos vasitos pequeños.

—Se han acabado los panecillos, dijo, en

cuanto al vino duro, hace ya ocho dias que se rematò; pero traigo dos galletas y elicsir de Garus, que la señora Melindres me ha prevenido os recomiende.

—Anda, llévate tu maldito elicsir... Vea usted, una bebida de botica!.. Tràenos siquiera anisete... á lo menos nos calentarà un poco, aunque nos queme el gañote.

—Se finalizó ayer el poco que habia.

—Y decias que habia de todo!.. sabes que el establecimiento està bien provisto?.. Pues tráete limon... naranja... cualquier cosa.

El muchacho volviò al mostrador, donde estubo hablando un buen rato con la dueña del café: despues vuelve con un frasco, y mientras que con una mano llena los vasos, con la otra se rasca la erisipela, el gran Rifflard le pregunta:

—Qué es lo que madama Melindres te estaba diciendo?

El muchacho se echò á reir y contestò:

—Me estaba diciendo: «Si el señor Rifflard y su compañero no se contentan con esto, no tienen mas remedio que irse á... paseo.»

—Muchacho, madama Melindres ha dicho eso? No sabe que mi amigo es un gran caballero disfrazado, y que viene á comprar acciones de los caminos de hierro? Anda, pre-

vènselo y suènate los mocos que te estàn colgando.

—Con el frio no se siente... y...

El galopin se alejó, sonándose las narices con los dedos. Monvillars se abalanzò á la galleta y la devorò con frenesì, mientras que el gran Rifflard comia la otra con suma pausa y ceremonia.

En este momento se abriò la puerta del café y un hombrecillo regordete y con una cabeza enorme, entró con acelerados pasos, frotàndose las manos y gritando con voz chillona:

—Señores, que gusto!.. que contento! he obtenido... es decir, estoy seguro de obtener... pues he escrito à la compañía y como soy conocido del presidente y luego de tantos de la bolsa, espero la contestacion y la patente de accionista... Ah! esto es un prodigio!.. el manà de Israel... enriquecerse á poca costa... y triplicar los capitales.

—Ves ese que tanto charla? murmuró Rifflard á Monvillars; pues no tiene un cuarto: yo conozco à su sastre y hace cuatro años que le debe el redingote que trae puesto.

Sin embargo, varios de los parroquianos corrieron al hombrecillo y empezaron á felicitarlo; el viejo que leia el diario suspendiò su lectura y esclamó:

—Como! Mr. Embustes, teneis accion sobre el Norte; pues si aun no está delineado el camino.

—Ya! pero como si lo estubiera... mi compañía vá á ocuparse de ello.

—Qué compañía es?

—La de reposteros de Paris... capital, quinientos millones; es un fondo terrible... el oro por canastos... Los fondos no concluirán nunca, pues cuando presentarán quiebra los reposteros? en Paris nunca es la moda almorzar en las reposterías.

—Es corriente.

—Diablo! sois el hombre de la dicha.

—Pardiez! eso no hay que decirlo, mi querido Mr. Tramoyon.

—Cuántas acciones teneis?

—He mandado á pedir doscientas, y estoy seguro que las tendré.

—Doscientas!!! esclamó un gordo papá, enteramente calvo, escepto en medio de la cabeza que tenia un mechoncillo de pelo gris. Demonio!.. doscientas acciones á quinientos francos... Cáscara! ya importa alguna cosa: lo menos...

El viejo del diario, calculó que importaban cien mil francos, y dijo al hombrecillo á quien llamaba Mr. Embustes:

—Ah! y vais á esponer cien mil francos, mi querido caballero?

—Bá! eso no es nada, y si hubiera querido quinientas, tambien las tendria, pero no quiero ser ambicioso.

—A mí, dijo por su parte un hombre de casquetillo que tenia trazas de amolador, me han ofrecido acciones tambien sobre... no me acuerdo... pero es una compañía fuertísima... mi muger me ha dicho: «tómalas, no seas tonto, es preciso ser audaz» pero yo no he pedido mas que tres.

—Trescientas!

—No, señor, solamente tres.

—Tres! y qué beneficio reporta?

—Cincuenta y cuatro francos.

—Y para esa parvedad esponer mil quinientos?

—No, señor, yo no espongo nada, se pagan por plazos, y antes que me pidan el primero, trato de venderlas.

—Entonces, querido, suscríbase usted por trescientas acciones, y haceis negocio.

—Es verdad, tiene usted razon; se lo propondré á mi muger.

—Señores, añadió el gordo papá liando un cigarro, yo me suscribo por todas partes... en todos los bancos... en todas las compañías...

Voy à enseñerles à ustedes mi cartera llena de patentes en blanco... que se pueden ceder à cualquiera. Oh! es una profusion!.. no, quiero decir, una confusion... tanto oro!.. tantas ganancias!.. Y he leido en el diario un proyecto para un camino de hierro, desde Paris á Roma... Por supuesto que en el instante que se realice...

—Hombre, que dinero!!

—Y que le hace? además, como ahora poco dijo ese caballero, se paga por plazos y... espero haber vendido todas mis acciones antes de pagar el primero.

El hombrecillo que se frotaba continuamente las manos, se acercò al viejo que leia el diario y sentàndose à su lado, esclamò:

—Y qué, mi querido Mr. Tramoyon, no teneis accion sobre el Norte?.. Ah! vive Dios! que os compadezco... me dais lástima; yo os cederè algunas, si quereis.

—De veras, Mr. Embustes? contestó el viejo soltando el diario. Oh! cuan amable sois! Pues bien, si teneis la bondad de cederme diez...

—Nada mas que diez? contad con ellas.

—Ah! querido!

—Es negocio concluido... Quiero enriqueceros.

—Y me las cedeis limpias, sin garramas como vos las habeis tomado?

—Eso es otro cantar. Debe usted figurarse que, para obtener yo esas acciones, he debido viajar, gastar coches; en fin, hacer mil desembolsos de los que es menester que me reintegre: asi es que, me dareis diez francos... ya veis que parvedad.

—Diez francos... por las diez acciones?

—Hombre, està usted haciéndose el chiquito? Diez francos por cada accion: suma total, cien francos por las diez acciones. Y os prevengo que si nó las tomais hoy mismo, mañana os cuesta triple mas caro.

—Bueno, las tomo.

El hombrecillo sacó una patente en blanco, la llenó y entregándola al viejo, le dijo:

—Aquí tiene usted ya su resguardo. Si tuvierais la bondad de darme la ganancia, os lo agradeceria.

—Vuestros cien francos?.. pero hombre, todavia el traslado no està aprobado por la junta y...

—Como si lo estuviera, supuesto que teneis una escritura mia, en la que me obligo á pasaros diez acciones de las doscientas que me pertenecen.

—Ya, pero es una promesa de promesas.

—Y qué diablo quereis mas? asi es como se llega á ser millonario... Esta es la teoria... es preciso tener confianza: además, que mañana podeis vender mi promesa y os darán lo menos cien escudos de ganancia.

El viejo se tentó los bolsillos, murmurando:

—Es que no tengo aquí mas que cincuenta francos.

—Pues bien, dedme esos cincuenta, y los demás me los debereis. Santo Dios! ya veis que hago confianza... sin confianza no se puede negociar.

El viejecillo contò los cincuenta francos y el enano, dando su recibo, se los metiò en el bolsillo.

Apenas se habia concluido este negocio, cuando una especie de vendedor de espejuelos entrò en el café, gritando con aire de triunfo:

—Triunfámos, se ha perdìdo la empresa de los caminos de hierro del Norte... La nuestra và à remplazarla.

Y diciendo esto, tiraba el sombrero por alto y bailaba una especie de mazurca delante del mostrador de madama Melindres, que no hacia mas que llorar y enjugarse los ojos.

Mr. Embustes se levantó y se disponia á marcharse; mas el viejecillo del diario lo retiene por su gaban y le dice:

—Qué es lo que he oido? no era nuestra compañía la del Norte? y se ha perdído! Ah! me habeis robado ; yo no quiero ya vuestra patente transferible : volvedme mi dinero al momento.

—Qué es lo que estais diciendo? respondió el hombrecillo con tono insolente. Creeis que los negocios se practican de ese modo? Pues es friolera!.. Ha perdído la compañía , eso indica que vos habeis perdído tambien... Asi como asi , me debeis cincuenta francos, y me los pagareis , pero muy prontito.

—Sois un malvado... un tunante... un canalla! yo no he oido hablar de semejante compañía de reposteros... quien es el banquero?.. donde vive?

—Eso lo vereis cuando recibais la aprobacion de la junta.

—Mr. Embustes, volvedme mi dinero. No debeis abusar asi de mi confianza.

—Mr. Tramoyon , soltadme el gaban ò no respondo de mi paciencia.

—Ah! me amenazais!.. Señora Melindres, llame usted à la guardia.

La señora sentada tras del mostrador, contestó con una voz idéntica à la de un cornetin de piston:

—Dejadme tranquìla con vuestras quere-

llas, ó os planto en la calle para que sepais respetar mi establecimiento.

El viejo que habia dado los cincuenta francos no quiso absolutamente soltar la punta del gaban del hombrecillo; este, temiendo que en efecto hubieran ido en busca, cuando menos, del comisario, hizo un terrible esfuerzo, pegando un estrechonazo y saliendo con acelerado paso por la puerta del café, dejando al viejecillo con una tira de gaban en la mano, y que á tan terrible ataque habia caido sobre el gordo papá y le habia derramado el elicsir de Garus que estaba bebiendo. El gordo señor diò un terrible grito, pretendiendo que el viejecillo lo habia hecho con intencion por vengarse en alguno.

Mr. Tramoyon, se repone de su caida y corre tras Mr. Embustes. Todos los demàs le siguen, curiosos de ver en qué para la fiesta entre los dos trapalones.

Por último, el café quedò tranquilo.

—Que canalla! dijo Monvillars siguiendo con la vista á los que acababan de salir.

—Querido amigo, dijo Rifflard, es verdad que no es agradable presenciar estas escenas tan de cerca; pero si frecuentàras la bolsa y sus agentes, te convencerias que la escena que acaba aquì de pasar, no es sino en

miniatura de aquellas que suceden todos los dias en el templo de la Fortuna... solamente hemos visto gentes que se afanan por ganar treinta sueldos, mientras que allí se arrostran caudales enteros y capitales opulentos. Dejémos esto y hablémos de cuando nos conocímos en el estudio del Patrono; tambien tratámos de hacer fortuna; ese era nuestro deseo, nuestro conato, á cada hora y à cada instante. Tú querias enriquecerte para seducir á todas las mugeres que te gustàran, arrastrar coches y gastar á roso y velloso. Yo solo deseaba buena mesa, comer bien y beber mejor... Sobre todo, guerra al estudio... nada de declinar, ni conjugar... sino la libertad y el placer. El Patrono, habiendo tenido noticias de que frecuentàbamos casas prohibidas, nos echó á la calle, pero bien sabes que aquello nos aflijiò poco; no aspirábamos por cierto á entrar en el templo de Minerva: asi es, que mas bien nos alegràmos. Desde esta època nos perdímos de vista. Tú te fuistes por el barrio de la calzada d'Antin, donde bulle la opulencia y la molicie... yo me dirijì à otro barrio menos seductor. Si quieres te contarè mis aventuras: yo no debo ocultar nada á un amigo de mi infancia y tal vez mi narracion te sirva de ejemplo... pero tú eres un pillo consumado y no

te hará mella... En fin, tú veras, tù reflecsionarás... además, que mi vida no es muy larga.

—Habla, amigo, ya te escucho; dijo Monvillars lanzando una mirada sombrìa á su rededor.

El gran Rifflard apurò su vaso y empezó asì su narracion:

7.

Vida y milagros del gran Riffard.

Jamás he conocido el orgullo; asi es que, nunca he sabido ocultar la procedencia de mi nacimiento. Yo soy el fruto de una union ilícita, entre una moza de casa y un aguador. No hay duda, que hay aguadores bellos mozos, y sobre todo, muy tunantes, generalmente son hombre de fuerza y alma. Ya lo creo! para acarrear tanta agua y luego, subirla hasta las boardillas!.. Tambien es preciso confesar, que hay sirvientes muy sensibles y cariñosas... una de

ellas, aspirante á cocinera (pues las cocineras son las que tienen mas trato con los aguadores), se enamoró de mi padre, escelente, corpulento y bien tallado mancebo, que dicen tenia la costumbre de hacer chiquillos à todas las mujeres que ponian oido à sus palabras. La tal sirviente deseaba uno; mi padre la complaciò en su deseo: y yo vine al mundo por carambola, como á todos le suceden; y mi nacimiento llenò de regocijo, á un viejo marqués, que hacia algunos años participaba de su marquesado à mi madre. Comprendes ahora, amigo mio, por què deseaba ella un chiquillo?»

«Unicos recuerdos que conservo de mis amados padres. El viejo marqués señaló á mi madre, por mi nacimiento, una brillante pension, y se retirò á vivir á un barrio desconocido. El señor marqués, que tubo la barbaridad de creerse fuera yo su hijo, me puso en un colejio, sin oir mis reclamaciones y deseos. Yo queria ser titiritero: yo deseaba con ardor saltar y bailar en la maroma... Deseo que siempre he conservado, y que aun todavía no he satisfecho, bien á mi pesar... Quien sabe! algun dia puede ser que se me cumpla mi tan suspirado gusto, dando cabriolas en *la cuerda floja* en medio de la plaza del Arenal (1).»

«El señor marqués me concedió permiso para que de en quince en quince dias, fuera á verlo y le participara el progreso de mis talentos; pero como quiera que en cada visita siempre le rapiñara alguna cosa, concluyó el asunto por echarme de su casa. Me acuerdo que la última vez, fueron unos pantalones, un paletó y un sombrero, que parecia una góndola. Desde este dia no me volvió á ver mas. Mi madre hacia tiempo que ya me habia despedido, porque le habia quitado muchos pares de medias. Lo que es su amigo, el aguador, me dió un dia una tollina, porque le quité el pago de tres barriles de agua. De consiguiente, me ví obligado á romper con mis parientes para siècula sin fin. En esta época, fuí recibido en el estudio del Patrono donde nos conocimos y entablámos amistad. De allí salimos, ó mejor dicho, nos echaron; y cada uno tomó por su lado. Tú el barrio de la calzada d'Antin y yo por el de los Inocentes.»

«La beldad que me habia concedido sus favores, era una morenita alta y colorada, de ojos vivos y con risa provocante, y provista de un par de caderas, de las recomendadas por

---

[1] Plaza pública de Paris, donde se efectuan los suplicios de los reos.

Voltaire. Por la mañana vendía morcillas de lustre y por la noche tortillas de perejil: todo esto en una especie de puesto ò carrillo ambulante, que hacia transitar por las calles y plazas. Yo no habia oido decir que Lodoïska (asi se llamaba mi nena) fuera positivamente una casta Susana; pero esto me inquietaba poco. Una cosa sola era la que pedia á mi bella; participar de su almuerzo, de su comida y de su cena. Durante algun tiempo, asi lo hizo; mas un dia me dijo que era preciso que trabajara si queria comer, y que ella me proporcionaria un empleo. Por medio de sus influjos me nombraron inspector de la pescaderia. Entonces los mejores salmonetes y anguilas me los chiflaba yo; me hicieron presente que abusaba de mi posicion y me mandaron inspeccionar la recoba. No me desaliento por eso, yo comia dos pollos á cada comida; y en el dia hacia cuatro. En vez de elevarme un obelisco, me dejaron cesante... Los hombres no sabràn jamás hacer justicia à los ingenios. Ea, véme aquí otra vez desacomodado y á la cuarta pregunta, volvì à mi niña; pero esta me echò á la calle so pretesto de que era un hombre inepto y sin disposicion. Llamar inepto y sin disposicion à un hombre capaz de almorzarse un salmon entero y cuatro pollos cada dia.»

«Decirte como he vivido durante algun tiempo, es cosa dificil; porque apenas lo sé yo mismo. Ya vendiendo contraseñas á la puerta de los teatros, ya jugando en los cafées sin tener con qué pagar, pero jurando y votando con desahogo y amenazando tambien, sino me creian. El negocio era que, comia y bebia y las mas veces con dinerillo en el bolsillo. Domicilio fijo no tenia; ya dormia hoy en un portal, ya mañana en un cotarro, las mas veces, cuando los mozos del café iban á cerrar el establecimiento, me metia bajo la mesa de villar y dormia como en mi casa... (pues ya sabes que yo no tenia casa). Ah! algunas veces... es verdad, murmuraba contra la suerte, contra esta eesistencia tan precaria... pero se acostumbra uno pronto à todo, y cuando uno se ha hecho á no trabajar, el diablo que lo saque de sus òcios.»

«Entretanto, en estos portales, en estos cotarros en los cafées donde yo pasaba las noches, hacia mis conocimientos, las mas veces entablaba amistad en ellos... Regla general: las personas que no tienen un cuarto, son las mas amables y entremetidas. Entre los amigos que me proporcionara, los habia que me daban pruebas de su amistad, haciéndome participante de lo poco que tuvieran, y cuando la

suerte los favorecia y tenian la bolsa llena... oh! entonces, francachelas y jaranas en abundancia.»

«Un dia, un amigo mio llamado Merlan, habia ganado, qué se yo cuanto dinero al lansquenet y convidó á mì y à otros tres á un suntuoso banquete. Allì comímos y bebìmos hasta mas no poder; hasta que nos pusimos ébrios consumados. En este estado, mis amigos quisieron ir á visitar un templo dedicado à la diosa Vénus y servido, segun decian, por las mas hermosas *muchachas* de Paris. Yo fuí tambien. Voto á brios! yo hubiera ido aunque hubiera sido al infierno, y aquí no se trataba de demonios, por cierto. Pero figúrate mi sorpresa cual seria, cuando en la dueña de esta casa, reconocì á Lodoïska; la que hizo un gesto desdeñoso al mirarme. Mis cuatro amigos se sorprendieron tanto como yo: cada uno habia conocido antes á Lodoïska en su anterior ocupasion. Ella nos llevó á una sala, y pedímos ponche y bizcochos. Todo nos lo sirvieron; y no se como, al cabo de unos momentos, incliné la cabeza sobre la mesa y me quedé dormido profundamente.»

«Cuando me desperté: toda la sala estaba á oscuras y solo unos pàlidos destellos de luz que salian de la chimenea, eran los que iluminaban

la escena que era bastante sombrìa. Mis amigos estaban en la mesa hablando unos con otros. Yo me admiré de esta ocurrencia y mucho mas de que departieran á oscuras. Sin embargo, en vez de levantarme y preguntar la causa, me finjí el dormido y oí el siguiente diàlogo: Merlan, nuestro anfitrion, era el que tenia la palabra.»

—Esta Lodoïska es una muger malvada... La he hecho partícipe de toda mi fortuna, he gastado con ella cuanto he tenido, y cuando me ha visto sin nada, pobre y miserable, entonces me ha echado á la calle... Oh! es preciso que yo me vengue.

—Yo, continuó un aleman que fácilmente lo conocì por su champurrado acento. Yo estar enamorado de Latisca, y yo prometerla, quererla mucho y darla cuanto tuviera, y cuàndo yo dejar por ella à otra muger que era mi fortuna. Latisca echar á mì á la calle y llamarme viejo petata.

«Un jóven que era uno de los mejores brufiidores en metal de Paris, dijo á su vez:»

—Jamás perdonaré à esa Lodoïska, la mala pasada que me ha jugabo. Un dia, despues de haber almorzado regularmente con ella... sucedió que se quedó dormida en la hosteria y la dejé allì; cuando se despertó, que

era medio dia, fué á un café donde sabia estaba yo con varios amigos, y en presencia de todos me diò de bofetadas. Canario que ví estrellas! y cuando salí de mi aturdimiento, ya la furibunda habia partido.

«Ahora le tocó su vez al cuarto camarada; este era un hombre bajo, rubio, coloradete; huesudo y descarnado, con unos brazos sumamente largos, los que terminaban en unas manos aplastadas; y sin duda por esto, le apellidarian Guadaña.»

«Este caballero, de una voz ronca y desabrida, semejante al sonido de un bordon del contra-bajo, replicó:»

—Sin duda que esa Lodoïska es una plaga infernal... Quien habia de decir que à todos cuatro nos habia de ofender!.. pero mi ultraje, señores, escede al vuestro... Yo tuve la barbaridad de enamorarme de sus caderas... Me volvì loco, hice mi declaracion... mis regalos, pagué opìparos convites, y siempre me estaba prometiendo una cita. Por último, un dia me incomodè tanto, que ella, temiendo un rompimiento, y con èl la privacion de tantos regalos, me dijo: «Esta noche á la oracion te aguardo en el jardin de las plantas, en la alameda de los elefantes.» Fuì, como es consiguiente, pero la niña no pareciò. Viendo que

era tarde y no viniera, me fuí á su casa. Estaba en el balcon con un hombre, y asi que me viò, empezó à hacerme figuras y à sacarme la lengua: yo levantè la mano y la amenacé desde la calle: cuando zás! me tiró una escupidera de porqueria encima, ponièndome vestido de limpio. Ah! esta afrenta no la olvidaré jamás.

»Hubo un momento de silencio. Encantado de ver que Lodoïska tambien se habia burlado de mis amigos, quise levantarme para decir á mi vez que yo era uno de tantos; cuando Merlan tomó la palabra otra vez; pero con mas silencio y reserva que antes.»

—Y bien, camaradas, segun veo, todos tenémos motivos para vengarnos de esa muger que, à costa de todos, ha llegado à enriquecerse y à poner este establecimiento. Pues bien, venganza cruel, venganza atroz. No penseis que mi idea al traeros aquì hoy, y al alentaros con el vino, ha sido otra que la de vengarme desididamente.

—Sí... eso me gusta: dijo Guadaña. Una venganza!.. Oh! como soy, que hacia siempo que la deseo... pero jamás he encontrado ocasion. Sí, Merlan, cuenta conmigo para todo, con desicion.

—Perfectamente, replicó Merlan. Y ven-

guémonos por completo. Qué opinas tú, brufiidor?

—Yo, contestó este, jamás retrocedo cuando se presentan las ocasiones... Crees por ventura halla yo olvidado las bofetadas que me diera en el café? Esta es una afrenta... Una afrenta que no puede lavarse sino con sangre.

—Bien dicho. Sois unos hombres como os he juzgado. Y tú, aleman, no quieres que Lodoïska pegue esta noche el gran salto del Trampolin?

—Saltarla al Trampolin! Ser mucho peligrosa saltar así? preguntó el aleman.

—Que cabeza tan dura tienes. Quiero decir, que sino querrás que esa muger que nos ha hecho tan malas acciones, y para colmo de ellas, privarnos esta noche de sus pupilas so pretesto que estàmos ébrios y no quiere comprometer la reputacion de su casa?.. No querrás tú, digo, que esa muger muera esta noche? Sí, debe morir, nosotros somos sus jueces, nosotros la hemos condenado y es preciso que se cumpla la sentencia.

—Sì, ya entender... debe ella morir por llamar à mì, viejo petata. El crímen no estar de muerte; mas si vosotros lo quereis, yo no poder oponerme.

—Bien, sea asi, muera esa miserable!

—Para que no nos engañe mas.

«Durante estas esclamaciones, oì el choque de un cuerpo duro contra un vaso... ah! era un puñal... sí, un puñal que Guadaña tenia empuñado y que habia resonado entre las botellas. Un estremecimiento convulsivo se apoderó de mi ser, porque lo que habia oido me habia estraordinariamente impresionado.»

«Cuando supe que el deseo de mis compañeros, era asesinar à aquella muger, la verdad, me sentí conmovido y tuve compasion de aquella desgraciada. Todos mis enconos y rencores desaparecieron repentinamente: yo no tenia mas que un pensamiento; el de salvarla, en agradecimiento del tiempo que me habia mantenido. Luego, asesinar à una muger, lo conceptuo una accion tan cobarde como infame. Resolví librarla: tù hubieras hecho lo mismo ¿no es verdad?»

Mouvillars hizo un movimiento de espaldas casi imperceptible y le dijo à su amigo con acritud:

— Continúa.

El gran Rifflard prosiguiò:

«Mi posicion era peligrosa en estremo. Sabia que tenia que habèrmelas con hombres que no retroceden ante un crímen para satisfacer su venganza. Hasta el mismo aleman, que

poco antes dudara; el golpe del puñal que habia herido sus oidos, lo habia magnetizado y parecia el mas resuelto y atrevido.»

—Que muera, decian, que muera esa gran tunanta.

«Le repente oigo mi nombre y doblo mi atencion.»

—Y Rifflard, decia Guadaña serà tambien de la partida? Ha bebido tanto que està completamente ébrio.

—Eh! en cuanto á Rifflard; dijo Merlan estoy seguro de èl, es un perillan valiente. Tambien tiene sus agravios de Lodoïska, muchas veces me ha hablado de ella y me ha asegurado que desearia vengarse. Pero dejèmoslo, enmedio del aturdimiento en que se halla no haria mas que chillar de alegría... y ser causa de que nos descubrieran... No, no, que duerma. Somos cuatro, los suficientes para consumar la empresa. Cuando despachémos despertarémos á Rifflard y nos lo llevarémos.

«Te aseguro que en este momento sentí que toda mi sangre refluia á mi cabeza. Merlan añadió:»

—Señores, no es mas que media noche, dentro de poco estaràn todos dormidos completamente. Yo conozco todo el repartimiento de la casa. Aquì encima es donde duerme ella,

subirémos con sigilo, vengo prevenido de todo lo necesario para hacer saltar la cerradura sin sentir. La matarèmos y robarémos todo cuanto haya de valor.

—Es negocio facilìsimo, dijo el bruñidor.

—Còmo! haber aquì dinero?.. tener botin que repartir?.. oh! ami gustar eso mucho.

—Pues no ha de haber dinero! continuó Merlan, estoy seguro de que bay, y no poco. Estas mujeres tienen sus ahorros, y no hay duda que lo encontrarèmos en abundancia.

—Oh! á mi ser igual, yo tener un valor atroz.

—Silencio; el aleman, murmurò Guadaña, asi que ha oido hablar de dinero, se vá envalentonando... El plan de Merlan me parece sencillo y magnìfico... pero estámos todos armados? Lo que es yo traigo mi puñal, una escelente hoja de Toledo.

—Y quien es el que sale sin armas? dijo Merlan; mi cuchillo de monte es tambien muy regular.

—Yo, señores, dijo el bruñidor, tengo un escelente estoque dentro de este baston, que se cuela sin sentir.

—Yo no tener mas que una corta plumas, pero tan larga y afilada, que con ella ser yo

capaz de batir una regimienta.

—Bien, camaradas, bien, replicò Merlan, cada uno tiene lo que necesita. Ahora, si quereis dormir un rato, podeis hacerlo; yo os despertaré cuando sea hora; yo no duermo nunca, y si ese Rifflard se despierta antes, le participarè el proyecto y se unirá á nosotros.

«Pronunciadas estas palabras, los cuatro hombres se arrellanaron en sus sillones, tan tranquilos como gentes que tratan de un negocio virtuoso: yo aguardo y escucho; pero te aseguro que el tiempo se me hacia largo, y los minutos me parecian eternos. Reina un silencio profundo: poco despues se oyen unos ronquidos. Entonces empiezo á tratar de levantarme. Era indispensable salir de alli sin hacer ruido y sin pisar à ninguno de los compañeros. Mas de una vez á pesar de todas las precausiones que tomara, habia pisado las piernas de uno de los dormidos: dichosamente el tal tenia el sueño muy pesado; mas si desgraciadamente hubiera sido Merlan, la hubiera hecho buena; pues tenia el sueño mas ligero que una pluma.

«Poco á poco fuì saliendo. Un copioso sudor caia por mi frente. Yo me ahogaba y tenia que retener mi aliento: creia que iba á morir de sobresalto; mientras que los miserables

que trataban de asesinar à una muger, dormian à pierna suelta... Aunque no soy mas que un tunante, mira, Monvillars, siempre he conservado un ciego respeto á Dios. Yo me dije: «Si èl permite que estos miserables gocen de un sueño tan tranquilo, es sin duda por favorecer mis miras al salvar à esa infeliz.» Eh! para un canalla como yo, qué te parece el raciocinio?...»

«Por último, á tientas llegué hasta la puerta. Esta estaba encajada. Ningun ruido hice al abrirla; pero tenia la indina unos goznes tan chillones que, á pesar de todas mis precauciones, pitó como un canario. Entonces oigo menearse á alguno en la silla y à Merlan que me dice:»

—Quien vá... trata alguno de escaparse?

«Felizmente hasta el pálido destello que arrojara la chimenea, se hubiera estinguido completamente; por manera que reinaba en la estancia la mayor oscuridad.»

«Sin duda Merlan tentara á sus compañero; pues volvió á esclamar:»

—Están aquí todos... me habré engañado... seria el viento.

«No obstante, para salir fuera era preciso abrir la puerta y renovar el anterior ruido, era cometer una indiscrecion: que hago, aguar-

do á que èl rechinara su silla, y en este instante abrì la puerta. Esta vez no se ha percibido de nada y yo al fin salí de la estancia... Ah! te aseguro que bastante trabajo me costò.»

«Pero esto no era todo, era preciso llegar al aposento de Lodoïska y esto con el mayor sijilo y precausion; porque bien sabia que tenia por adversarios hombres armados y determinados à todo, mientras que yo no tenia ni una lijera caña conque defenderme.»

«Por fin, tropiezo con una escalera, la subo; sin duda debia ser aquella la que conduciera á su habitacion, pues Merlan lo habia dicho: Al cabo tropiezo con una puerta, trato de forzarla, estaba cerrada. Llamar, sería despertar á los dormidos. Trato de hablar en voz baja metiendo los hocicos por la boca-llave. Nome responden.»

«Entonces empiezo á arañar la maldita puerta y à empujarla con dulzura, pero nada, no sentia dentro el mas leve ruido; el tiempo se pasaba asi, temiendo yo á cada instante ver subir á los asesinos para consumar su intento. Mi posicion era terrible, deseaba acabar de una vez, y dì un brusco sacudimiento á la puerta. Ahora siento ruido de alguien que se levanta. Escucho y oigo las siguientes palabras:»

—Eres tú Neno? pìcaro gato!.. cuanto me dá que hacer!

«Lodoïska abre la puerta ; plobablemente mi aspecto estaba espantoso en aquel momento, porque ella retrocedió y me preguntó asombrada:»

—Què quereis?.. por què subís aquí?

«Yo la hice señas para que callara; pero ella interpretando mis intenciones, continuó con energìa y autoridad.»

—Salid, salid al momento caballero.

«Yo en vez de obedecerla, la cojì de un brazo y cerrando sigilosamente la puerta le dije:»

—Mis cuatro compañeros han resuelto asesinarte esta noche , y yo quiero salvarte à toda costa... insistirás aun en que me valla?

«Ella me contempló algunos momentos con aire incrédulo , y respondiòme:»

—Eso es falso ; es una historia que tú has inventado... un cuento fabuloso... pero no me amedrentas por cierto. Si tus camaradas hubieran concebido ese infame proyecto , no te opondrìas tu á ellos... tú hombre incapaz è inepto para todo... Tendrás tal vez valor para defenderte á tì mismo?

«Yo conté entonces, á esta mujer, la conversacion que mis amigos habian tenido. No ocultè nada , ni la mas mínima circunstancia.

Lodoïska me escuchaba con atencion, y sin embargo, daba indicios de incredulidad. Pero se sintieron pasos en la escalera, y entonces esclamè yó.»

—Lo ves?.. ya suben; y ahora lo crees?.. ahora nos asesinaran à los dos; porque esta puerta tan endeble cederá al menor impulso.

«Lodoïska palideciò terriblemente.»

—Salvadme... salvadme por piedad, esclamó echàndose à mis pies.

—Hay aquì algun arma... algun cuchillo... aunque sea un palo.

—No; no hay nada.

«Entonces voy á la chimenea y cojo dos grandes chinos.»

—Con esto me basta dije. Ahora vete á un rincon y no respires siquiera.

«Hizo lo que le dije. Los pasos sonaron mas cerca, y la puerta no tardó nada en ceder. Entonces me embuto, casi, contra el quicio y enarbólo mi brazo empuñando un chino. Uno entra, sacudo el brazo y rueda como una pelota por el cuarto. El golpe fué tan bárbaro, que ni un solo grito dió el miserable.»

—Baya, que este Merlan ha pegado un resbalon endiablado, dijo un segundo entrando.

«Mas no pudo decir mas, pues cayó à mis

pies dando un grito espantoso. Este grito hizo entender à los otros que le habian hecho traicion y corren por la escalera apresuràndose á huir como una ecsalacion.»

«En este tiempo, Lodoïska abrió una ventana y empezò á pedir socorro. Llega el comisario, entran los municipales, me encuentran armado aun con el enorme chino y me prenden. Pero la muger á quien salvara la vida se apresura á contar la ocurrencia.»

«Merlan habia sido el que habia caido primero; en cuanto à Guadaña que fuera el segundo respiraba todavia. Felizmente para mí, en las agonias de la muerte, declarò todo el suceso. Sin embargo, no impidiò para que estuviera preso cerca de dos meses, hasta tanto que no se vindicó mi inocencia.»

—Rifflard, eres un valiente, me dijo Lodoïska cuando salí de la cárcel: me engañè cuando te creyéra un hombre inepto y pusilànime. Cuenta desde este momento con almuerzo, comida y ceua seguro y dinero en el bolsillo. Solamente sí que, cuando caiga algun tapadillo, cuando alguno quiera fanfarronear y no pagar mandarè à buscarte y vendràs, corriendo *á arreglar el negocio.*

«Yo acepté este destino, y sin embargo hasta ahora no se ha ofrecido de mi brazo. He

aquì mi posicion que, sino ventojosa y honorable, á lo menos, como, bebo y no trabajo.»

«Luego me he instalado en este tabuco ó café y he enamorado á madama Melindres, aquella que está tras del mostrador con los ojos como un alambique. Cuando sacando fuerzas de flaqueza le digo que la adoro, me dá tabaco picado; cuando le aprieto la mano, me dà una copita de ron y cuando le hago cosquillas, se adelanta hasta darme ponche.»

«Hoy está de mal humor conmigo, porque hace mucho tiempo que no le pellizco; pero lo cierto es, que de todo cuanto gasto, nada pago.»

«Ya conoces, amigo mio, toda mi vida y milagros. Ahora quisiera saber, como tú, tan eleganton y peripuesto antes, te ves ahora con el bolsillo limpio y el gañote lleno de telas de arañas.»

Monvillars mirò á su rededor como para asegurarse que nadie lo oyera: despues de convencido que no habia en el café mas que èl y su amigo, empezò su narracion del siguiente modo.

8.

Aventuras de Mr. de Monvillars.

Creo haberte dicho, amigo mio, que soy hijo de un honrado labrador de Borgoña, que trató de hacer de mí un simple viñero como èl. Pero la vida campestre no era la que me llamara la atencion. Habiendo una vez acompañado à mi padre à Paris, me acuerdo que me llevó en casa de un cierto Dubernard, cuyo lujo y elegancia me dejò admirado. En una palabra, declaré à mi padre que queria ser abogado y que me dejara venir á Paris á hacer

los estudios, El autor de mis dias consintió en todo... me queria tanto!.. y vine à Paris à estudiar el derecho.»

«Al principio estudiaba alguna cosa: ya sabes que yo era el sobresaliente en casa del Patrono, donde nos conocimos; pero yo no apetecia controversias ni argumentos: yo queria dinero... dinero para seducir á todas las mugeres y gozar de todos los placeres. En un principio lo tenia: yo mandaba á pedir à mi padre, y el buen anciano se sacrificaba por mí... pero la tramoya no podia seguir adelante; el dia menos pensado llegaria á saber que yo no era abogado, sino un truan, y era preciso desorientarlo completamente.»

«Para este efecto, cambié de nombre y tomé el de Santa-Lucìa. En esto, el Patrono nos dió pasaporte; pero con tu conocimiento y el de otros troneras como tú, aprendí á manejar los naipes y á fijar, en algun tanto, la fortuna. Luego no nos volvímos à ver mas: tù tomastes por un lado y yo por otro.»

«Ya sabes que mis inclinaciones eran hàcia el gran mundo; á saber, figurar y cautivar por la ostentacion. En seguida à amar à las mugeres... pero no del género de tu Lodoïska... sino del bello secso; elegante, sensible, lleno de atractivo, de placer y rodeado de una at-

mósfera voluptuosa y encantadora.»

—En efecto, murmuró Rifflard, esas no se parecen à Lodoïska ni à la señorita Melindres: esos son otros gèneros mas finos.

—Durante algun tiempo, continuò Monvillars, gracias al dinero que ganaba en el juego, mis queridas eran las damas mas de moda y elegantes. Mas pronto me cansè de este amor venal y de estas relaciones interesadas. Yo deseaba otra ecsistencia; cuando he aquì que la fortuna me la deparó en un baile de un banquero.

«En este tiempo era conveniente cambiar otra vez de nombre, y me dì el suntuoso del baron de Fridzberg, en el referido baile, encontrè una muger, divina cual ella sola; cuyos ojos ardientes y hechiceros, despertaron en mi alma un sentimiento desconocido... amor sin duda... una pasion delirante. Esta muger era casada con un viajo militar que bien podia pasar por su abuelo. Y qué me importaba? Yo habia jurado que Valeria seria mia... y era indispensable el cumplirlo. Me declarè á ella simpatizámos y jurámonos amor eterno, En poco tiempo pude seducirla y convencerla à que huyera conmigo, y abandonara á su esposo el mayor Giroval.»

—Càscaras! cargarse con una mujer... con

tantas obligaciones como acarrean las pícaras, era un negocio bastante caro... A lo menos que ella no llevara buenos jandeles!!!

—Ni un cuarto. El mayor no era rico. Oh! bien conocia que con Valeria necesitaba oro... mucho oro... pero yo habia llegado á ser un jugador de á fólio... habia tomado lecciones de los *griegos* mas hàbiles... Y una noche, víspera de mi partida, pude lucir mi habilidad en una tertulia suntuosa, donde ganè veinte y nueve mil quinientos francos, y donde me presentaron bajo el retumbante nombre de Mr. de Monvillars.

—Voto á brios! cuantos nombres! tu eres peor que *el hombre de las tres caras* que he visto en mi infancia en el teatró del Ambigú-cómico. Vamos, prosigue.

—Desgraciadamente al mismo tiempo que ibamos á marchar se presentò mi padre y mi hermano en casa.

—Ah! diablo!

—Ya comprenderás que el elegante baron de Fridzberg, no debia repentinamente aparecer ante Valeria, Constancio Martinot, hijo de un viñero borgoñés. Porque las mujeres quieren conocer gran mèrito y nobleza en los hombres que las han seducido: ya sea por el nacimiento, ya por el talento, ya por el dinero; es in-

dispensable para que nos amen, de lo contrario nos olvidan y abandonan.

«Como hacia algun tiempo que mi padre no me veia... me negué completamente... hasta el estremo de amenazarlo, sino se iban. Por último, partí con Valeria; pero no ignoraba que la policía nos seguia las huellas.»

—La policía! quien diablos le habia dado la pista.

—Un imbécil á quien le debia doce mil francos y tube que volvérselos aquella misma mañana, so pena de que me arrestáran, ó que me pescara el mayor Giroval. Para desorientar á los que me perseguian, no salí de los alrededores de Paris y llegámos á Corbeil. Aquella noche, un momento despues que nosotros, entró el marido.

—El marido! Santo Dios! y que chasco.

—Llegó á la misma posada en que estábamos, se presentó y fué indispensable batirnos.

—Un duelo!

—Sin duda. Al rayar el dia salímos hacia la floresta, cargámos y disparámos á cinco pasos de distancia... cayendo el mayor muerto á mis pies.

—A tus pies? preguntó Rifflad admirado, hombre, tan bien tiras á la pistola.

Monvillars bajò los ojos y sin mirar á su amigo repuso:

—Sì, à cinco pasos... cayó ante mì.

—Un marido menos. Vaya una broma! sigue, chico.

—Al dia siguiente de este duelo nos pusimos en camino para Italia à donde llegàmos sin la menor novedad. De allí pasàmos á Florencia ciudad deliciosa, cuna de los placeres, del lujo, de la grandeza, del juego y de los amores. Pero donde es indispensable habitar un palacio, só pena de pasar por nada y no hacer papel ninguno. Un trén de príncipe me dí en esta capital, gracias á mi talento en el juego y á ejercer mis máculas peculiares pude sostenerlo, sino hubiera sido asi, poco tiempo ó ninguno hubièramos allì permanecido.

«Yo colmaba á Valeria de cuidados y de obsequios, me anticipaba á sus mas mínimos deseos, à sus mas ligeros caprichos, y sin embargo, harto conociera que ya aquella muger no fuera la misma para mì: las mas veces recibia con frialdad mis caricias; tambien con indiferencia, ó bien en su mirada descubria cierto rasgo de malicia, de sarcasmo, que no podia penetrar.»

«Notè tambien que en casi todas las fiestas, reuniones y bailes á que asistìamos, se halla-

ba un iglès que llamaban lord Willmore. Era un hombre de treinta y ocho años, guapo mozo y riquìsimo en estremo, pero que poseia toda la flema, toda la gravedad de sus compatriotas. En un principio me pareció que lord Willmore miraba á Valeria con interés y de un cierto modo bastante espresivo, tambien noté que Valeria no fuera indiferente á estas miradas y que se sonreia y las acojia con placer.»

«Los celos mas voraces se despertaron en mi alma y me decia: «Podrá serme fiel una muger que por mí ha abandonado á su marido?.. Como confiar en la constancia de unas relaciones que ha formado la inconstancia misma?.. Como esperar fidelidad en una muger que ha faltado à todos sus deberes?..» Reflecsiones tristes en verdad, y alarmantes en demasía; pero que si las hiciera uno continuamente, no tendria un momento de reposo; y sobré todo ¿el amor es una consecuencia del pasado ó una certidumbre del porvenir? No, el amor es un sentimiento que nace, crece y se estingue sin saber porqué ni cómo. Es una pasion que para ser fuerte no necesita de convicciones; ni para morir necesita enfermedad. Cuando el amor es eterno, cuando resiste al tiempo y á los acontecimientos, cuando se posecionа del alma... no es un eterno tormento?

entonces no es cuando el objeto nos desprecia y aborrece?»

—Pardiez! que eres un filòsofo consumado en amor; esclamò el gran Rifflard.

—Sì, contestó Monvillars suspirando. Pero esta es una ciencia que cuesta mucho adquirirla. Mis celos aunque lijeros, no impidieron de que hubiera polémicas entre Valéria y yo. El hombre que sufre, el que padece no puede ser amable... y con dificultad oculta su padecimiento... y si alguna vez se reprime, es porque el amor propio se lo ordéna.

—Canario! filosofía, sobre fisolofía; sabes, chico, que podias poner una escuela de lecciones físicas-amorosas?

—Lo mas gracioso de la aventura fué, que una noche en una tertulia brillantísima, siendo yo el banquero de una mesa de lansquenet cubierta de oro, la llegada del maldito ingles me hizo perder la cabeza. Ocupado en seguir con los ojos á él y á Valeria, no tomè las precausiones indispensables; y un murmullo que resonara á mi rededor, me hizo conocer que habia cometido alguna indiscrecion. En efecto, todos habian conocido mi faramalla; al momento me incorporé á Valeria y salímos de la reunion. Aquella misma noche partìamos de Florencia, encaminándonos para Nápoles.

«Entretanto, Valeria sorprendida de nuestra brusca desaparicion de Florencia que pareció contrariarla infinito, me preguntó la causa. Yo le respondì que la presencia de lord Willmore me era insoportable; que las entrevistas asiduas de aquel inglés me disgustaban mucho y que no las habia querido tolerar mas. Ella me creyó, ó à lo menos, aparentò creerlo; nos dímos un fuerte abrazo y llegámos á Nápoles reconciliados y gustosos.»

«Allì me apresurè à frecuentar las mas brillantes tertulias, confiado en no ser tan botarate como en Florencia. Diez dias hacia que estabamos en Nápoles y ya habia ganado lo suficiente para vivir tres meses con la opulencia que yo gastaba. Me favorecia la fortuna, lo confieso.»

«Una mañana me asomo á la ventana de mi gabinete, y què es lo que veo paseandose al piè de mis balcones? á lord Willmore hecho un peripuesto elegantòn. Al momento metime à dentro, pues no queria que el me viese, pues mi aventura en Florencia debia haber hecho ruido. Asómome otra vez à ver si me habia equivocado cambiandolo con otro y ya mi hombre habia desaparecido. La verdad en aquel momento crei fuera una ilusion de mi vista.»

«Dos dias despues, estando yo paseàndome por las galerìas de mi posada una especie de *lazaroni* se llegó á mì y entregòme un billete primorosamente plegado y perfumado: el sobre estaba *al señor bàron de Fridzberg*, el nombre entonces mio. En la carta se me prevenia que una bella jòven que se habia enamorado de mì, queria tener una entrevista secreta conmigo en las gradas del monte Pausilipo.»

«Son tan frecuentes estos acontecimientos en Italia, donde las mugeres tienen por costumbre dar los primeros pasos, que nada estrañé en esta ocurrencia. Además, en una reunion que habiámos estado noches pasadas, habia notado que varias marquesas napolitanas me habian contemplado detenidamente. Mi amor propio no vió nada sospechoso en este incidente, envaneciéndome de haber hecho una conquista, y aunque el lugar de la cita estuviera tan distante de mi posada, al momento me encaminè hácia el monte Pausilipo.»

«Ya comprenderás que fué en vano mi espedicion. Despues de haber errado largo tiempo é inútilmente por los al rededores del monte, acuérdome de aquel hombre que me habia parecido lord Willamore. Una idea terrible, pero mas pronta que el relàmpago, hiriò mi cerebro y vuelvo á Nàpoles à toda prisa.»

«Entro en la posada: Valeria habia desaparecido: en su lugar encontré el siguiente billete, que tengo grabado en mi memoria y que estaba concebido en estos términos:»

«Caballero: sois un miserable; me habeis inicuamente engañado. Jamás habeis sido ni baron, ni aleman; y aquel aldeano que tan vilmente desconocísteis en Paris, era vuestro padre. Podia perdonaros la ligereza de llamaros baron por agradarme: pero no os puedo perdonar el que seais un estafador, un jugador tramoyista; causa por la cual salisteis de Florencia tan repentinamente. Me avergüenzo del tiempo que con vos he vivido y os abandono para siempre, maldiciendo el dia en que os vì por vez primera. Solo os prevengo, que si la casualidad hace que nos encontrémos, cuidado como os acordais siquiera que me habeis conocido.—

«Valeria.»

—Vive Dios! y que estilo! tan enérgico y decidido, como Lodoïscka... Todas las mugeres se parecen por cierta parte.

—No puedo pintarte cual fuè mi furor al leer este billete: corro al dormitorio de Valeria, se habia llevado todo lo suyo, alhajas y

vestidos. No dudé un momento que el endiablado inglés es el que me la ha robado; ese hombre nos habia seguido sin duda desde Florencia, y habia venido á Nàpoles á consumar su obra, á robarme la muger que adoraba... Sí, la adoraba... à la pérfida... que por ella hubiera cometido mil crìmenes...

—Afortunadamente no has cometido ninguno; objetò el amigo... Por que matar al marido... fué un desafio y la suerte estubo de tu parte; èl hubiera hecho otro tanto... Estas son casualidades, no crìmenes, por cierto.

Monvillars no respondió nada á las reflecsiones del gran Rifflard, y continuó con un acento de furor reconcentrado:

—Ah! si hubiera encontrado á ese inglés... si hubiera vuelto á ver à ese lord Willmore! te aseguro que no hudiera gozado mucho tiempo de su triunfo... y la misma Valeria... Valeria! esa muger que me ha hecho conocer esa fatal pasion que llaman amor... y que no es otra cosa que una sed ardiente de venganza... Ah! me prohibe que me acuerde de ella... que la he conocido... desgraciada! qué órdenes son las que me das?.. ah! verèmos el dia que à mis piés ecsales tu último suspiro... verèmos si entonces me conoces...

—Diablo! y que proyectos tan negros; mur-

murò Rifflard moviendo la cabeza. Debe uno abatirse de ese modo porque una muger nos abandone?.. A otra, como maestro de armas.

—Cállate, Rifflard, tú no sabes lo que es una pasion.

—En efecto, no conozco ese guisado. Mas por lo que infiero, desde que lady Valeria te diò pasaporte, la fortuna te volviò la espalda...

—Sì, asi es; al principio perdì mucho dinero en pesquisas que fueron inùtiles, pues jamás supe por donde Valeria se habia marchado. Entonces tratè de volver otra vez al mundo; pero probablemente ese miserable inglès diria por todas partes lo que fuera yo; pues desde entonces jamás aceptaban ninguna partida que yo propuciera. En fin, llegò el asunto hasta el estremo de una noche, hacerme pagar quince mil francos so pretesto que los habia perdido... Yo perder!.. como si eso fuera posible!

«Salí de Nàpoles casi sin un cuarto y me volví á Francia: mas en vez de seguir directamente mi camino, creyendo yo que habia dado con las hueyas de Valeria y Willmore, tomè hàcia otro lado, confiado en encontrarlos. Por último, tuve que vender todas mis alhajas para concluir el viaje, y entré en Paris no

llevando mas que lo encapillado... De què me servian mis talentos y mi habilidad en el juego? de nada... Es un deber no jugar con un hombre que tiene trazas de no tener un cuarto y yo no podia decir: «No temais, sois vos el que habeis de perder siempre...» Durante algun tiempo andaba errante por Paris, sin frecuentar otras casas y cafees que los de la mas ìnfima clase... Yo habia vuelto á ver à mis antiguos conocidos; pero no quise darme à conocer... Oh! que vergüenza! ellos que me habian visto poco antes tan elegante y afortunado, verme ahora pidièndoles una limosna!!.. eso jamàs. Afeitéme completamente, me quité el bigote y me corté el pelo para no parecer el Monvillars de otras veces... y si vieras, en el momento en qué me encontraste... ¿sabes cual era mi idea dominante?.. la de arrojarme el Sena y concluir de una vez con esta vida tan amarga.»

—Gracias à Dios, llegué à tiempo... Desecha esas ideas; cuando uno es jóven no debe pensar en la muerte.., Valor y nada de desesperarse.

—Ah! Rifflard... si pudieras leer en mi alma, verias que no es la miseria la que me abruma; es sí, la sed implacable de venganza... Es la imàgen de Valeria que me persi-

gue... el recuerdo de su traicion, no el hambre que me ostiga.

—Dèjame tranquilo: como tienes la barriga como cañon de órgano, por eso tienes esas ideas... No se trata ahora de esa muger... Es preciso que te procures un empleo... una posicion... en la cual se trague... Ya ves como yo lo he encontrado. Y por qué no la has de hallar tù tambien?.. No eres un guapo mozo?.. Un hombre de puño duro?.. Vamos, Monvillars, ò de Monvillars (me es igual; te llamaré vizconde si te place)... quieres que hable de tí á Lodoïska para que te recomiende á sus amigas?

Monvillars no contestó nada; pero la espresion sombrìa de su rostro anunciaba que la proposicion le agradara poco. Rifflard aguardaba con ardor la respuesta; cuando la puerta del café se abre y una muchacha entra gritando:

—Mr. Rifflard, venga usted al momento; la señora me previene os diga que hay allí un polaco que està rompiéndolo todo y no quiere pagar un cuarto.

—Voy corriendo. Pasa delante, Micaela.

La sirviente saliò y Rifflard, inclinándose hàcia Monvillars, le dijo:

—Chico, me llama la obligacion... pero

espérame aquí esta noche entre nueve y diez y hablarémos un poco... puede ser que ya traiga un empleo que proponerte.

Monvillars no contestò, sino por un ligero movimiento de cabeza. El gran Rifflard le apretó rudamente la mano y salió del café lanzando una mirada tierna à madama Melindres.

Un buen rato estuvo Monvillars sumido en la mas profunda meditacion. Con la cabeza apoyada entre las manos, parecia ageno à todo cuanto allì pasara. Pero luego que salió de quella especie de arrobamiento, lanza una mirada á su rededor y levantándose de su asiento, murmura con despecho:

—No, jamàs aceptaré las proposiciones de ese tronera; esa vergonzosa ecsistencia no me conviene por cierto... Es preciso que yo me apodère otra vez de la fortuna, que otra vez encuentre mi antigua vida de placer y lujo... que vuelva al mundo y en fin, que halle á esa Valeria y... me vengue.

Pero mirando en seguida los mugrientos vestidos conque está cubierto, replica:

—No, no es en este estado como debo hacerlo; yo no puedo ser jamàs lo que he sido... lo mejor serà concluir de una vez... Corràmos al Sena, y sepultémonos en sus ondas, para siempre.

Y Monvillars salió sin dirijir el mas leve saludo à la dueña del café, que se limpiaba las lagañas.

9.

Lo que es un buen padre.

Por muy decidido que estè uno á suicidarse, es sabido que tomámos siempre el camino mas largo para ir al sitio donde ha de efectuarse el suicidio.

No hay duda que Monvillars llevaba la intencion de quitarse la vida; mas no era por estar disgustado de ella; no porque desesperase en el porvenir: era sí, porque no tenia el valor necesario para buscar trabajo y volver la cara à la virtud; era en fin, porque su es-

cesivo orgullo lo maniataba y no le dejaba el valor necesario para reflecsionar.

Embebido en siniestros pensamientos se paseaba, andaba al acaso por Paris; ya parándose por delante de una tienda, ya evitando las miradas de los curiosos è importunos. La dura galleta que comiera en casa de la señora Melindres, no habia calmado sino por momentos el hambre devoradora que esperimentara. Andando continuamente sin descansar un momento, la necesidad indispensable de comer, ibase aumentando gradualmente, causàndole unos terribles dolores de estómago. Entonces se pregunta, por qué sufre? y se acuerda que es por Valeria, al recuerdo de esta muger, hasta olvida su debilidad estrema y si tiembla terriblemente, no es mas que por el furor de la venganza.

Entretanto la noche ha llegado. Sus fuerzas se le van poco à poco agotando y sin saber como se encuentra en la calle de san Honorato apoyado contra el quicio de una puerta, que no es otra que la de una suntuosa hosterìa alumbrada con gas.

Monvillars mira; y qué vè? las vidrieras, mesas y mostrador, llenos de pastelillos, de costradas, de salmonetes asados, pollos dorados, meollada con huevos, salchichon, em-

panadas de anguilas, &c., &c. Que espectáculo tan seductor (pero al mismo tiempo tan tentador) para un individuo que hace veinte y cuatro horas que apenas come. Sin embargo, la intencion del hostelero no es otra sino que su establecimiento llene antes el ojo que el estómago, y á la vez de ser tan elegante y alumbrada por gas; como he dicho, el rótulo que tenia sobre la puerta decia: HOSTERIA ECONÓMICA; es decir, mas barato que en ninguna parte. Pero qué le importaba à Mr. de Monvillars si en la lista no se comprendiera nada *de gratis*? Sus bolsillos estaban mas *económicos* todavia, y sino alumbrados con gas, era porqué no habia encontrado sitio oportuno por donde meter la cañeria.

La hostería estaba llena de gentes. Todas las mesas qua daban á la calle estaban ocupadas. Allí reinaba un movimiento perpétuo, ruido de platos y de cubiertos y voces de los mozos pidiendo en el mostrador lo que apetecian los parroquianos.

Amigo lecctor, si alguna vez quereis tener una idea de un cuadro agradable, de lo que es la vida, os aconsejo que entreis en una hosteria suntuosa: al principio respirareis un olor agradable, un aire perfumado de frituras y guisados; en seguida vereis que multitud de

caras tan halagüeñas y complacientes, pues no hay duda que nunca está el hombre mas contento que cuando traga á dos carrillos. Vos me direis, y es verdad, que hay muchas personas que hasta comiendo conservan el aire severo; triste y desconfiado: mas eso es, amigo, por que los tales individuos tienen un estòmago sin fondo y poco dinero en el bolsillo para llenarlo.

Ea pues, ahora, amigo mio, pongámos delante de estos templos de la Gula á un pobre diablo que se muere de hambre y no tiene un cuarto en la faltriquera. Que de figuras! que abrir y cerrar los ojos! que hinchazon de narices! que ojeadas á los comestibles y á los que tragan! que gestos à los mozos que se apresuran á servir á los parroquianos! Mas, además de estos efectos físicos, entran los morales, se acusa al destino, á la Providencia, se maldicen á los hombres, se pregunta porque la fortuna á concedido á unos, lo que le ha negado à otros... y siempre estas reflecsiones concluyen por acciones criminales y por cometer desaciertos.

No obstante, los parisienses son generalmente humanos y compasivos. Cuando ven à alguno que se muere de hambre, lo socorren, le dan dinero, pan, vino; por ùltimo, lo atra-

caran si es posible, hasta que tome una indigestion de mil demonios; pero en seguida le volverán la espalda y cada uno se irà á sus negocios y placeres, sin ocuparse de la situacion del porvenir del que acaban de socorrer. Los franceses son generosos y sensibles; pero no que esto sea por mucho tiempo; pues temen que la beneficencia lleve en su pos el fastidio, y todo lo que sea fastidiarse, lo aborrecen ellos de muerte.

Monvillars no tratò por cierto de estender su mano y pedir misericordia; todo lo contrario, bien lèjos de eso, á pesar de todos sus sufrimientos, procuraba aun ocultar su miseria, su palidez y su aniquilamiento; y si por casualidad alguno se parara, le volvia la espalda como diciendo: «Anda para tu camino que yo no te pido nada.»

Tratando de alejarse de la hostería, que para él era, en aquellos momentos, el paraiso; contentàndose con el olor; pues las tajadas valian caras: lanza una última mirada à aquel sitio de delicias y vé á su padre y hermano, sentado en una de las mesas de la calle y comiendo á dos carrillos.

Monvillars se queda parado: el corazon le late con violencia y un sentimiento desconocido, para él, lo combate terriblemente: espe-

rimenta á un tiempo placer y dolor; y la vista de su padre, en este momento tan crítico, casi lo hace desfallecer de amargura... si; de su padre á quien habia tan indignamente desconocido y rechazado, le causa una emocion tan viva que no puede menos de temblar convulsivamente. Sus ojos no podian apartarse de considerar à aquel ser que en este momento se le aparecia como un ángel de salvacion... como un salvador... como una Providencia... porque es siempre asi como debemos mirar à nuestros padres.

Poco mas de siete meses hacia que Monvillars no viera á su padre; mas desde tan corto tiempo el anciano habia cambiado terriblemente. Sus cabellos ante gris y anillado, estaban ahora enteramente lacios y blancos, su continua jovialidad habia desaparecido; su cara estaba arrugada, y por último, aquella fisonomía tan alegre en otro tiempo, se hallaba ahora contraida y revelando un pesar amargo.

Monvillars conociera que su infame conducta fuera la que cambiara tan repentinamente al autor de sus dias. Sabia que el buen anciano Martinot lo amaba de corazon y habia puesto en él todo su orgullo y esperanza; y por esta causa no podia apartar un momento sus ojos de él.

—Si me viera ahora, murmuraba Monvillars; si supiera que estoy consumido por la miseria; que hace veinte y cuatro horas que no como... ah! quizà conoceria que estoy bastante castigado y se compadeceria de mi... estenderia sus brazos y me arrojaria en ellos...

Monvillars lloraba cuando reflecsionaba esto. El buen borgoñès parecia hacer poco honor á lo que le sirvieran; comia maquinalmente y con aire distraido. Su compañero, al contrario, parecia tener buen apetito y se chupaba y relamìa los dedos.

Joaquinito era siempre el mismo; su cara fresca, simplona y risueña, manifestaba la pureza de su alma y la rectitud de sus sentimientos. Las pasiones no habian venido, aun con su furibundo empuje, à turbar aquel corazon dulce y pacífico, que tal vez las hubiera rechazado de sí, considerándose dichoso con desconocerla è ignorarlas. El jóven borgoñès es todavía aquel robusto y càndido aldeano, tal como lo vímos en su primer viaje á Paris. Solamente que ahora no hace tantos espavientos al recorrer las calles de la capital, y que á las puntas enormes de su corbata ha sucedido un modesto nudo.

Algunas veces, tambien en medio de su placer, cuando sus ojos se fijan en su padre,

el jóven viñero cesa de sonreir y toma un aire tristísimo, como arrepentido de estar alegre, cuando el autor de sus dias estaba tan contristado.

Monvillars temblaba: su emocion sobrepujaba á su debilidad: duda y reflecsiona que partido deberà tomar. El hambre le acosa y tiene delante á su padre y hermano comiendo: sabe que presentàndose á ellos, estos no lo dejarán morirse de necesidad. Pero ha rechazado á su padre, lo ha desconocido, y este recuerdo es como un lazo que lo retiene: tal vez su padre le diga en represalia: «Vos no sois mi hijo.»

Mas un instinto secreto le dice que un buen padre jamás desconoce á su hijo. Se siente desfallecer por momentos y conoce que la presencia de sus parientes es un don del cielo que le tiende una mano misericordiosa. Conoce que si tarda mucho tiempo, caerà sobre el pavimento y puede ser que lo recojan y se lo lleven, sin que su padre lo haya mirado siquiera. El no debe vacilar. Recoje todas sus fuerzas, todo su valor; hace el último estremo, entra en la hosterìa y pònese tras la silla de su hermano.

El buen anciano no come por cierto: continúa aun en su rigorosa abstraccion. Joaqui-

nito come y hace todo lo posible por contentar à su padre, contándole mil cuentecillos y anècdotas. De repente el anciano alza la cabeza maquinalmente y tiembla y palidece: sus ojos se han fijado sobre un cierto personaje que està tras del asiento de Joaquinito y que por la misma razon, este no puede verlo: pero que admirado, aterrado tambien del cambio tan súbito que acababa de operarse en las facciones de su padre, le pregunta:

—Qué tienes, papà? qué te ha dado?.. te has puesto malo?

El anciano borgoñés no pudo responder: mira à Joaquinito y le hace señas de que vuelva la cara. El jòven lo hace, mira y murmura:

—Será posible?.. será quizá mi hermano Constancio?

Y sus ojos interrogaban á la vez á su hermano y à su padre: este ùltimo, mudo por la sorpresa, no habia tenido tiempo aun de pronunciar una palabra. Aguardaba, esperaba; pero dudaba porque el individuo que se asemejara á su hijo, parecia tan desgraciado, tan sufrido y tan infeliz que trastornara sus ideas.

Monvillars puso fin à su incertidumbre, balbuciendo con apagado acento:

—Sí, yo soy, padre mio... yo soy, mi

querido hermano... que al pasar os he reconocido y... he entrado...

—Sì, èl es: esclamó el anciano... es mi Constancio... porque me llama su padre.

—Oh! él es... sí, eres tù, amado hermano; murmuró Joaquinito haciendo pucheros. Oh! mira como nos reconoce... y aquel otro que nos echara à la calle no era él... nos habiámos engañado... Sí, cuando yo te lo decia... papá, no es èl... no es él.

Mientras que su hermano hablara, Monvillars, que apenas podia sostenerse, se dejò caer sobre una silla que estaba al lado de Joaquinito, y estrechando con profusion la mano de su padre, murmuró:

—Padre mio, cuanto me alegro de volveros á ver.

El anciano coje con avidez la mano de Constancio; mas al estrecharla entre las suyas descarnadas y temblorosas, el recuerdo de lo pasado no se le habia estinguido aun en su memoria; no se atreve à entregarse á una alegria ámplia, como pudiera hacerlo sino se acordara que su hijo lo habia desconocido.

—Estás, dice, contento de verme?.. entonces no seràs... aquel que despreció y desconociò á su padre y á su hermano... Constancio, hijo mio, acaba de una vez de hacerme feliz...

No te has llamado nunca en Paris Mr. de Monvillars?

—Yo?.. os engañais... no comprendo lo que quereis decir.

Esta contestacion, dada con la mayor indiferencia y sencillez, llenò de gozo al buen Martinot. Joaquinito esclamó tambien:

—Cuando yo lo decia... no te he repetido ciento y una vez que no era èl... El otro tenia bigotes y el pelo como las mugeres... y ya ves que Constancio tiene la cara como un abate y la cabeza como un recluta... Y es verdad, hermano, que tù no has vivido nunca en la calle... en la calle... no me acuerdo... tiene una hilera de nombres tan revesados!

—En la calle Grange-aux-Belles interrumpió el anciano observando á Monvillars.

Pero este sin desconcertarse lo mas mìnimo hizo un movimiento negativo. Todas las dudas, todos los temores, todos los pesares del buen padre se desvanecieron en un momento. Levántase y abalanzándose hácia su hijo lo abraza y estrecha enternecido llenándolo de paternales ósculos y caricias, sin inquietarse de la admiracion y pasmo de todos los que estaban en la hostería. Joaquinito hizo otro tanto; abraza á su hermano, esclamando con alegrìa:

—Que dicha! que placer!.. haber encontrado á mi hermanito!.. Ah! ya podémos reir, chillar y divertirnos, que papá no tenga penas... ese pobre papá que ha llorado tanto creyendo ya no lo amabas... que lo desconocias para siempre. Mas estas eran barbaridades nuestras... nunca pude creerlo eso de tì.

—Sì, hijo mio, eran barbaridades el creer eso de nuestro buen Constancio, al que hemos ultrajado con tales suposiciones... reparémos el agravio con no acordarnos de ello siquiera... Anda, hijo mio, ven acá, siéntate à mi lado... ¡hace tanto tiempo que no tengo ese gusto!

—Si, anda, hermanito, siéntate junto á papá que nos quiere mas que à sus entrañas.

Monvillars tratò de levantarse para sentarse al lado de su padre; pero le faltaron las fuerzas y cayò junto al autor de sus dias pálido, contorcido y tembloroso.

—Qué tienes, hijo mio? esclamó el anciano con dolor... te has puesto malo?

—Sì... balbuciò Monvillars... la emocion... y luego, como hace veinte y cuatro horas que no... como... Sin alimento.

—Hijo mio, sin alimento!!! es posible?.. Dios mio!.. Dios mio!.. socorred á mi hijo, que no se muera ahora que lo he visto... ahora

que lo he encontrado despues de tantas penas! Constancio mio, que desgraciado eres!

Y amargas làgrimas corrieran por las mejillas del dolorido anciano cuando pronunciara estas frases.

—Pobre hermano mio?.. á que estado tan triste has llegado!.. Ah! vive Dios! nosotros que nos hemos atracado como dos borricos... y tú sin tomar bocado hace ochenta y cuatro dias!.. Pobrecito, tenia hambre y no nos lo decia!.. Muchacho (llamando) tràete una taza... dos tazas... tres tazas de sopas para mi hermano... jamon, salchichon y vino... todo al momento.

—Y de lo mejor, añadiò el padre Martinot al muchacho que se apresuraba à traer un cubierto.

—Quiere usted la lista?

—Pues es consiguiente... Y todo de lo mas bueno.

El muchacho vuelve con las sopas y una espirituosa botella de vino. Monvillars toma un vaso y se siente mas reanimado. Despues empieza à comer: Joaquinito, creyendo debe hacer lo mismo para acompañar á su hermano, empieza á tragar del jamon, de los pasteles y de todo cuanto á Constancio le trajèran.

El buen borgoñès vè comer á su hijo con

un sentimiento de placer y pena, porque al verlo con la codicia y precipitacion que se arrojara sobre los primeros manjares, adivina cuanto tiempo haria que su hijo se veria privado del indispensable alimento, cuando à él le sobrara todo.

En fin, Monvillars recobrò completamente su perdídas fuerzas: ya ha vuelto otra vez á sus ojos la vivacidad que lo poseyera antes y un ligero colorido se estendiera sobre sus decaidas facciones. Entonces su padre còjele una mano y le dice:

—Ahora, hijo mio, podrás decirnos como ha sido que te hemos encontrado en una tan lamentable posicion... y sobre todo, por qué no te has acordado de tu padre y hermano?.. ignorabas que ellos te tenderian una mano... y te abririan sus brazos?

— Es verdad... si te has visto infeliz, por què no te has vuelto al pais?.. no sabes que en casa siempre tienes un asiento y una cama?.. Tenias hambre y no corrias à manifestárselo al bueno de papá?.. No, Constancio, eso no ha estado bien hecho.

—Esplicanoslo todo, hijo mio.

Monvillars que, al reparar sus fuerzas habia recobrado toda su presencia de ànimo, habia imaginado lo que debia responder, coje

las manos de su padre y hermano, y estrechàndolas con profusion, esclamó con un acento tan doloroso como sufrido:

—Sí, voy á decìroslo todo, à no ocultaros nada. Oh! he cometido mil locuras... y ved aquí por qué no he ido á veros... «Mi padre ha sido tan bueno para mí, decia yo, que seria una maldad abusar de su amistad...» Ved aquì mi historia en cuatro palabras. Habrà un año, que fuì presentado en una suntuosa tertulia... donde encontré una dama... una jóven viuda, de la que me enamorè perdidamente: por agradarla no rehusé nada... yo vestia las modas mas rigorosas... y dispendiaba mucho dinero. De repente esta dama parte para Italia... despues para Florencia... luego para Nápoles... Yo no podia sorportar su ausencia y realicé, vendí todo lo que poseia y la seguí. Me lisongeaba al hacer estos sacrificios que ella me amaria... que me concederia su mano... pero prefiriò á un lord inglés y partiò con èl, abandonándome y despreciándome.

—Pobre hermano mio! murmuró Josquinito... Serà posible que hagan las mugeres esas tunanterias?

—Sigue, hijo mio.

—Creo innecesario deciros cual fué mi desesperacion. Procurando encontrar á la pér-

fida, gastè lo poco que me quedaba... porque queria vengarme... pero no la encontré mas. Entonces vuelvo à Francia y entro en Paris, completamente arruinado... ¿Debia en este estado presentarme á mis amigos? No. Debia ir à robar, á cometer mas maldades y afrentas para satisfacer mi hambre? Tampoco. Ningun Martinot ha sido nunca malvado. Antes preferí arrojarme al Sena y concluir de una vez... Iba à hacerlo asi, cuando he pasado casualmente por aquí y os he visto: entonces no he vasilado y he corrido á echarme en vuestros brazos.

—Bien, hijo mio, bien; esos procederes me quitan veinte años de encima. Tú has hecho mil locuras, es verdad... pero al fin las confiesas y eres digno de perdon... Te has enamorado? què tiene eso de particular? En tu edad es tan fácil! Y gracias que no te ha llevado ese sentimiento fuera de los caminos de la virtud. Si, Constancio, hijo mio, yo te perdono porque no has sido ni malvado, ni criminal... Mas cuando creia que me habias desconocido... despreciado... oh! entonces todo concluyò para mí... ya no podia abrirte mis brazos; porque me decia: «Ese hijo ha muerto ya para mì... no ecsiste... no pensémos mas en él...» Y ya lo ves, todo te lo perdono; abrázame otra vez y no hablemos mas de eso.

Monvillars se arrojó en los brazos de su padre y permanecieron algun tiempo mudos y consternados. La hosteria estaba ya casi vacía: todos se habian ido marchando y nuestros tres borgoñeses estaban solos, escepto que de vez en cuando, hacia alguno que otro transeunte una entrada por salida.

—Pero padre mio, preguntò Monvillars, cómo os hallais ahora en Paris con mi hermano?

—Voy á contàrtelo... Pero has comido bien?.. quieres algo mas?

—No, papá, he comido perfectamente.

—Si, si, esclamò Joaquinito; que traigan una botella de Borgoña para festejar la reunion para los tres... No es verdad, papà?

—Si, chiquito, tienes razon; para celebrar el hallazgo de tu hermano.

Traen la botella pedída: Joaquinito llena los vasos y el buen padre toma la palabra.

—Es preciso decirte antes, que hace siete meses venimos à Paris á buscarte. Hacia mucho tiempo que no teniamos noticias tuyas; yo bien sabia que tú tenias una enfermedad en las coyunturas que te impedia el caminar, (à lo menos tú así nos lo escribistes)... En una palabra, no recibiamos cartas tuya desde que te mandé los cuatro mil francos... que necesi-

tabas para pagar la letra á aquel amigo tuyo, pero que ahora infiero, seria para emprender tu viaje á Italia, para seguir á tu amada... Pero no hablémos de eso, olvidèmoslo enteramente.

Monvillars bajo les ojos y Joaquinito esclamó:

—Nò, yo no quiero olvidarla... la gran pilla dejar à mi hermanito, por irse con un *anguilis manguilis*.... cometer esas cosas con Constancio!!!

—Pues señor, continuó el padre Martinot; llegámos á Paris y no te encontrámos... ya lo creo! andabas de viaje con tu bella! pero como no lo sabiamos, te andubimos buscando... Corrimos, trotámos por toda la ciudad... por ùltimo, como nos dijeron que fuéramos á la prefectura á preguntar por tí, fuimos allá y el señor gefe que es un hombre político en estremo...

Monvillars palideciò.

—Como! esclamó... fuisteis á informaros de mí?

—Es consiguiente.

—Y preguntàsteis por Constancio Martinot?

—Pardiez! por quien habia de ser?

—Y qué os respondiò?

—Bien poco en verdad. En primer lugar nos dijo que tú no eras abogado.

—Sí, porque tú no estabas apuntado en un libro enorme que tenia sobre la mesa: añadiò Joaquinito. Ya tú ves, un librote no prueba nada.

—Y tanto como no prueba, interrumpió Monvillars. Nosotros, los jóvenes abogados, no estàmos apuntados en ese libro... ah! solo se escriben los nombres de los catedráticos de la universidad.

—Eso mismo dije yo; Constancio es abogado sin estar en ese lidro. Continúa, papá.

—El gefe de seguridad nos dijo que volviéramos, que haria todo lo posible por descubrir tu paradero. Cuando fuimos la segunda vez, me dijo: «Malas noticias tengo que daros... no hay duda que vuestro hijo ha cambiado de nombre... se le acusa de haber robado doce mil francos y una esposa á su marido...»

No pudo Monvillars reprimir un movimiento nervioso: el buen anciano que creyera fuera del disgusto que le causara el mal concepto que de él habian hecho, se apresurò á decir:

—Tranquilizate, hijo mio, yo no puedo creer eso... ni Joaquinito tampoco... es verdad?

—Es verdad, y nos incomodámos bastante cuando oiamos que contaban de tì tal cosa... digo y el pobre Constancio què ageno de todo!.. trotando tras de la pìcara viuda.

—Por último, continuò el anciano, el gefe de seguridad pùblica nos dijo que volviéramos y á la tercera visita nos hizo ir á la calle Grange-aux-Belles y que preguntáramos por un tal Mr. de Monvillars que èl decia no era nadie mas que tú. Al momento fuimos allá y... oh! se te parecia tanto!... á la verdad, creí eras tú y le dije aquel caballero, estendiéndole los brazos: «No me conoces, hijo mio? soy tu padre... abrázame Constancio.» Ya se vè, el caballero se quedò como quien vè visiones y me contestó: «No sè lo que usted me dice: seguramente me equivoca con otro.» Pero la verdad, estaba persuadidísimo que eras tú.

—Sí, pero yo le decia à papà: «No es èl... no es èl...» Luego, aquel Mr. de Monvillars tenia bigotes... luego, era mas gordo que tù... luego, tenia un vocejon terrible... y luego, un aire tan insolente... Si vieras del modo que nos recibió... casi á puntapies nos queria echar á la calle... cuando saliò una mugercilla que parecia un figurin y se fué con ella dejándonos llorando y moqueando... El pobre de papá que se le habia encaprichado que eras tú, no tenia

consuelo, por mas que yo le decia: «No es èl... no es él.»

—Perdóname, hijo mio, pero me creí que eras tú... su semejanza era tanta!... que la pena me consumia y luego como el gefe de seguridad me dijo... que aquel era un hombre perdído... sin honor... un... un... un malvado en fin.

—Vamos, dejémos eso, que se incomodará Constancio que lo comparémos con un tunante... papá, punto en boca, sobre ese asunto.

—Tienes razon, Joaquinito, dejémoslo ya. Pues en seguida nos volvímos al pais, y aun que yo no dijera nada, sin embargo, estaba muy triste, tristìsimo terriblemente. Este año ha sido bastante bueno y...

—Escelente, esclamó Joaquinito; bendito sea Dios, hemos tenido una cosecha abundantìsima.

—Muchacho, dèjame hablar. Pues como te iba diciendo, este año hemos tenido una cosecha muy abundante y le dije á tu hermano, que ha trabajado como cuatro... porque es menester hacer justica á tu hermano Joaquinito; él es el que gobierna la casa... no se cansa, todo lo dispone y no quiere que yo haga nada.

—Y no tengo razon, Constancio? Papà ha

trabajado bastante ; bueno es que ahora descanse... y que se dé buena vida... este pobre papá que está tan contento ahora porque te ha encontrado.

Y el jóven Joaquinito se levantó y empezó à besar á su padre que , acostumbrado à estas muestras de cariño , se sonreia al ver la inocencia de su hijo.

—Estaba , continuò el anciano , estaba diciendo , que como el año ha sido tan bueno, encontré muy justo hacer partícipe à Joaquinito de mi fortuna... El no queria tomar nada, pero lo forcé á que lo tomara.

—Y papà me dió un billete de mil francos... Mil francos! esclamò Joaquinito: has visto què perolada de dinero?.. Mil francos que tengo en mi bolsillo y no me abandonan nunca.

—Si , hijo mio , los tienes bien ganados... Además , es menester que Constancio sepa que tambien eres enamorado... él... con ese aire tan cándido...

Joaquinito se puso mas colorado que una cereza y jugando con su cuchillo y tenedor, balbuciò:

—Oh! enamorado... es decir... he dicho mis ternezas á Serafinita... no te acuerdas!.. la hija de nuestro vecino Juan Lendru... quizà no te acuerdes ; como hace cuatro años que

no vas por el pais!.. Oh! si la vieras ahora... Tendrá como diez y seis años... es verdad, papá?

—Sí, esa es la edad... además, Serafina es una muchacha guapa y bien educada. A lo menos es preciso pensarlo así... y si ves que es partido ventajoso... que la muchacha te gusta... el año que viene se la pediré á su padre, y espero que Constancio concurrirá á tus bodas....

—Pues no ha de concurrir!.. desde ahora lo declaro mi padrino.

Diciendo así, Joaquinito sacudia con esaltacion la mano de su hermano, el que le contestò afirmativamente que no faltaria à su casamiento. El anciano Martinot continuò:

—Habiéndole entregado su dinero, le dije: «Mira, una vez que estás en relaciones con Serafina Ledru, es menester que le regales alguna cosa... algun rico traje de seda, corpiño y delantar, y para esta clase de chismes no hay como Paris: con que si quieres irémos allá y estarémos algunos dias.»

—Y yo dije que sí, porque quiero regalarle á Serafina una cosa de gusto; y luego yo conocia que papá tenia ganillas de venir à Paris, à ver si sabia algo de tì...

—Es verdad, continuò el buen padre es-

trechando á Monvillars con ternura... para qué tengo de ocultarlo?.. no es una cosa natural?.. Ah! mil veces bendigo al cielo que me suscitó esa idea; porque en este viaje te he encontrado... no el hijo ingrato y cruel como creì la vez pasada... sino mi hijo Constancio, digno del nombre y del amor de su padre... que ha hecho algunas locuras... algunas simplezas; pero que no ha faltado al honor... Además si has hecho esas tonterias, harto las has pagado, hijo mio... sí, tù que te falta todo, hasta el indispensable alimento... Oh! cuanto me alegro de haber venido!.. no temas ya nada, hijo mio, en el mundo; porque sabes ecsiste un ser que se sacrificará por tì, que te ama de corazon; y este ser... es tu padre.

—Ah! padre mio!

Y los dos se abrazaron con entusiasmo, mientras que Joaquinito, sollozando de gozo, esclamaba:

—Sí... mucho... y lo mejor es que ayer llegámos à Paris y hoy te encontràmos ya...

—Ah! todas mis penas, toda mi tristeza, se han disipado en un momento.

—Sì, y cuidado que no faltes à mis bodas con Serafina... Bebàmos, hermano... bebàmos, papá... Muchacho, tráete otra botella y cóbrate lo gastado.

El muchacho cojiò una pieza de oro y volviò con la vuelta y la botella. En este momento se abre la puerta de la hostería y entra el gran Rifflard, dirijiéndose à la mesa donde estaba Monvillars con su padre y hermano.

—Bravo... bien... eso està bueno... esto và mejor que esta mañana... Como quedámos esta noche citados en el café de madama-Melindres y no te vì allì, la verded, me sobresalté y te he andado buscando; porque yo me decia: «Monvillars està sin un cuarto... Monvillars tiene hambre... Monvillars es capaz de cometer un desacierto y... pardiez! que como amigo lo sentia.»

El nombre de Monvillars repetido tres veces por Rifflard, operó un efecto mágico sobre los tres personajes sentados á la mesa. El anciano se quedò inmóvil y estupefacto y sus ojos se pusieron sombríos y severos. Joaquinito dudaba aun y el temor y el dolor se pintaban en las miradas que dirijiera á su padre y hermano. En cuanto á este, una palidez lívida como la cera cubriò su frente y bajò los ojos hàcia la tierra, para no encontrar las miradas de su padre.

Sin hacer atencion en el cambio tan repentino que acababa de apoderarse en las tres personas que ante sí tuviera, el gran Rifflard

continuó, jugueteando con el bastoncillo:

—Y què, Monvillars, no habrá un vaso para un amigo? Ya ves que soy un buen muchacho, que me he ocupado de tì y te traigo un empleo sublime que proponerte. Con que asi, dame de refrescar, amigo mio.

Monvillars no viò mas que un medio para salir de aquel embarazo: alzó la cabeza y contestó à Rifflard guiñándole y hacièndole mil señas; pero con la mayor precausion para que sus parientes no lo vieran.

—Caballero, no sé lo que decir!.. Sin duda me equivocais con otro... no parece sino que soy la estampa à ese Mr. de Monvillars, pues no sois solo vos el que se ha equivocado... pero os repito, estais en un error.

El anciano borgoñès, abrió los ojos y pareciò esperar con ansia lo que el gran Rifflard iba à contestar. Este esclamó por su parte:

—Bah! Bah! Bah!.. qué es esto que me cuentas? tenèmos tramoyas y enredos nuevos?.. hay esta noche otro nombre nuevo?.. no te quieres llamar Mr. de Monvillars como esta mañana? pues te llamaré Mr. de Santa-Lucìa... Tampoco?.. Sr. baron de Fridzberg... Ni por esa? pues señor, Constancio Martinot como otras veces... Y ahora desconocerás tu verdadero nombre?

Al oirse Monvillars llamarse por su propio nombre, bajó la cabeza y ocultóla entre sus manos; mientras que el anciano padre, levantándose de su asiento, murmuró con dolor:

—Ah! cuan desgraciado soy! no tengo ya nada que dudar.

Y salió de la hostería sin mirar siquiera à Monvillars y haciendo señas á Joaquinito de que lo siguiera. Este trató de calmar á su padre; pero la mirada del anciano era tan severa y triste que Joaquinito no pudo resistir á su imperio. Sin embargo aprocsimòse á su hermano y le dijo à media voz:

—Buena la has hecho, està papà contentísimo... pero ruègale y tal vez te perdonará... Nosotros estámos parando en el meson de *Plato de estaño*, carrera de san Martin... Pero entretanto no tienes un cuarto y te falta todo: toma, hermano mio, yo no tengo necesidad, ni debo hacer regalo á Serafina, cuando mi hermano está en desgracia... Mas sobre todo, vé á buscarnos, verás como papá te perdona.

Y diciendo esto Joaquinito entregó á Monvillars una bolsita de cuero; y apretando con amoroso impulso las manos de su hermano, salió de la hostería para reunirse con su padre.

Pocos momentos estuvo Monvillars sumido en la mas completa astraccion. En seguida

abriò la bolsita de cuero que su hermano le entregara y encontrò en ella un billete de mil francos. Una alegria ìntima y preclara apoderóse de todo su ser y despues de haber guardado cuidadosamente el billete, mirò à Rifflard, que con la mayor admiracion permaneció todavia delante de la mesa.

—Qué demonios ha sido esto? quien es ese viejo triste y severo como un profeta de Mahoma, y el otro zagalon que tiene la cara como un tonto de capirote. Dime, Monvillars, què diablos significa esto?

—Esto significa, Rifflard, que eres un imbècil, un zopenco, que no entiendes de gestos ni de guiñadas, y que sin la menor duda inspirado por la estrella fatal de mi destino bas venido à encontrarme; porque ese anciano era mi padre, y el jóven mi hermano; y al llamarme tú Monvillars, delante de ellos, ha sido revelarles todas mis injurias y supercherias.

—Pero hombre, debias halèrmelo prevenido: esta mañana estabas solo en Paris, y esta noche tienes familia; vive Dios, que es cosa incomprensible!.. Y tan incómodos y airados estaràn tus parientes?

—Oh! en cuanto à eso me importa poco; porque puedo ahora pasar sin ellos.

—Aceptarás, como espero, un empleo se-

mejante al mio en casa de madama Pelatontos.

—No por cierto, eso se queda bueno para las gentes... que no tienen alma en el cuerpo, para las insensibles á todo. Ahora puedo otra vez tentar la fortuna y me parece que no me se ha de escapar.

Diciendo estas palabras, Monvillars levántase con arrogancia y sale apresuradamente de la hostería, sin saludar siquiera al gran Riffiárd. Este lo mira ir con admiracion y pasmo, y murmura:

—Tiene conque tentar la fortuna, y no me ofrece siquiera una copa de licor... Decididamente Mr. de Monvillars es un canalla.

10.

El tocador de Mr. Fortincourt.

En un elegante gabinete de la calle de la Silla-Poltrona, un ayuda de cámara acaba de encender fuego en una chimenea, y de prepararlo todo para el tocador de su amo; al cuidado que ponia, á la atencion que aplicaba para ecsaminar si se le habian olvidado las esencias, jabones, pomadas y pastillas de toda clase de perfumeria: bien se podia creer que se trataba del tocador de una muger y de una muger eminentemente coqueta, si una voz

masculina saliendo de entre las adamascadas colgaduras de la cama de sofá no hubiera dejado oir estas palabras:

—Bautista, qué hora es?

—Señor, son cerca de las doce; contestò el criado despues de haber consultado el reloj de sobre-mesa.

—Las doce ya!... esto es terrible; no tiene uno siguiera tiempo para descansar un poco... me acosté muy tarde: eran mas de las tres cuando me metí en la cama... Tan cansado! como que bailé anoche la polka... con madama Salpullido... una rubia, alta... pero tan pesada... que todavia me duelen los brazos... Ya se vé, vienen y le dicen à uno: «¿Quiere usted walsar? ¿Quiere usted bailar la polka?...» Pero otra vez preguntaré yo: «¿Es usted ligera?...» Este es el punto interesante... y despues... Bautista, te has marchado?

—No, señor, estoy aquì.

—Bueno. Y despues... Què estaba yo diciendo?.. no me acuerdo: mas no le hace. Está bien encendida la chimenea?

—Sì, señor.

—Es preciso que me levante... tengo tres citas... madama Mazzepa, madama Leandra y la griseta de la calle del Gallo. Palabra de honor que me aturdo... Yo quiero ser razonable

y me digo todos los dias: «Fortincourt, amigo mio, basta de locuras y sosiègate...» Ya, las muchachas me acosan... las buenas fortunas se suceden con una rapidez espantosa... luego son tan ecsigentes que me van poniendo como una hebra de seda... Levantèmonos... ay los riñones!.. ay las caderas!.. ay mis piernas!..

Las colgaduras se corren; y nuestro antiguo amigo Mr. Fortincourt, bajòse, á duras penas, de su lecho, con la cabeza cubierta de un enorme gorro de bayeta blanca y envuelto en franela desde la cabeza à los pies, que lo hace parecer mas estrafalario é irrisible; no obstante de creerse èl un peligroso seductor.

Su ayuda de cámara le pone una esquisita bata de mañana y se sienta nuestro amaricado parisiense delante de la chimenea; y mientras que le ponen artìsticamente su peluca, él coje unas cartas que estàn sobre la mesa y las lee recio, queriendo sin duda justificar aquel proverbio que dice: «Que los grandes hombres no tienen secretos para sus ayudas de càmara.»

—Esta es de madama Mazzepa, decia Mr. Fortincourt mientras que Bautista le rizaba la peluca. Mazzepa, muger encantadora, que si bien no es de la primera juventud, si es de la segunda; agradabilísima, y de un trato es-

celente. Me parece que es viuda de algun ministro... me ha dado pruebas... oh! pero pruebas eminentemente lisonjeras... Cuidado, Bautista, que me quemas las orejas; pon atencion á lo que estàs haciendo y no calientes tanto las tenacillas... Veámos lo que me escribe, que no està nada derecho, pero corto en verdad.

«Mi querido Fortincourt: como os esperaba ayer y no vinisteis, os espero hoy.—

«Madama Mazzepa.»

—Que amabilidad! Vámos, hay pocas mugeres como esta; siempre me està esperando: no hay duda que soy su escojido favorito. Veàmos este billete tan oloroso y replegado... Es de madama Leandra: lo conozco por sus ininteliJibles garabatos, esta muger tiene un modo de escribir tan original; luego sin ortografía, se necesita un año para descifrar cada palabra... Bautista, dame el espejo: vamos, no está muy mal... este bucle haz que me caiga mas hácia la oreja... Leámos el billete... No veo bien. Mira, Bautista, tú que tienes buenos ojos, hazme el gusto de leerlo.

Mr. Fortincourt pasò la carta à su doméstico, que à duras penas y trabajos empezó á leer del modo siguiente:

—*Mi querido y eterno alivio.*

—Como eterno alivio? no puede ser eso; pon atencion, Bautista.

—Ah! sí, señor; veálo usted: *y eterno alivio.*

—Y tierno amigo, bruto.

—Ah! sì, señor, eso es, *Mi querido y tierno amigo, agota las ratas y estrecha los osos.*

—Hombre, eso me parece imposible que madama Leandra, me obligue de ese modo, à matar las ratas y los osos para agradarle... A ver, hombre.

—No hay duda que eso dice.

—Que animal! escucha, hombre: *agota los ratos y estrecha los lazos.*

—Es verdad: *estrecha los lazos que nos unen desde la mañana hasta la noche... has todo lo posible por... por... por...*

—Ah! Bautista, esto es espantoso; tú lees horriblemente.

—Señor, si està tan mal escrito!.. *Lo posible por... por...*

—Porquè, canario?

—Allá voy, señor: *por entrarme tú...*

—Qué Bautista! será posible!.. Querrá ella que yo le entre... oh! las mugeres! cuando las tienta el amor, saltan por las barreras del pudor y la virtud... Prosigue Bautista... yo

me anonado... ese delicioso billete hace palpitar mi corazon.

—*Por entrarme sentada en una silla, en el jardin de Palais-Royal entre las cuatro, ó las cinco.*

—Cómo, en el jardin de Palais-Royal? quiere ella que yo le entre... y sentada sobre una silla... eso no puede ser, seria un escàndalo atroz... tú te engañas, Bautista.

—No, señor, os aseguro que eso es lo que dice.

—Dame esa carta.

Bautista entregó la carta á su amo, que se puso las gafas y despues de haber leido esclamò:

—Mira, zopenco, lo que dice: *has lo posible por encontrarme sentada en una silla, en el jardin de Palais-Royal, entre las cuatro y las cinco de la tarde.* Yo bien decia, una señorita como Zizi Leandra, escribirme esas cosas... Bautista, estoy viendo que tendré que mandarte à la escuela; tú no sabes leer, hijo mio.

—Ya lo creo, siempre que me presenteis cartas como esas, me equivocarè terriblemente...

—Quiere usted que continúe leyendo?

—No, basta ya; serias capaz de decir horrores y blasfemias de esa pobre chica, que es

—*Mi querido y eterno alivio.*

—Como eterno alivio? no puede ser eso; pon atencion, Bautista.

—Ah! sí, señor; veálo usted: *y eterno alivio.*

—Y tierno amigo, bruto.

—Ah! sì, señor, eso es, *Mi querido y tierno amigo, agota las ratas y estrecha los osos.*

—Hombre, eso me parece imposible que madama Leandra, me obligue de ese modo, à matar las ratas y los osos para agradarle... A ver, hombre.

—No hay duda que eso dice.

—Que animal! escucha, hombre: *agota los ratos y estrecha los lazos.*

—Es verdad: *estrecha los lazos que nos unen desde la mañana hasta la noche... has todo lo posible por... por... por...*

—Ah! Bautista, esto es espantoso; tú lees horriblemente.

—Señor, si està tan mal escrito!.. *Lo posible por... por...*

—Porquè, canario?

—Allá voy, señor: *por entrarme tú...*

—Qué Bautista! será posible!.. Querrá ella que yo le entre... oh! las mugeres! cuando las tienta el amor, saltan por las barreras del pudor y la virtud... Prosigue Bautista... yo

me anonado... ese delicioso billete hace palpitar mi corazon.

—*Por entrarme sentada en una silla, en el jardin de Palais-Royal entre las cuatro, ó las cinco.*

—Cómo, en el jardin de Palais-Royal? quiere ella que yo le entre... y sentada sobre una silla... eso no puede ser, seria un escàndalo atroz... tú te engañas, Bautista.

—No, señor, os aseguro que eso es lo que dice.

—Dame esa carta.

Bautista entregó la carta á su amo, que se puso las gafas y despues de haber leido esclamò:

—Mira, zopenco, lo que dice: *has lo posible por encontrarme sentada en una silla, en el jardin de Palais-Royal, entre las cuatro y las cinco de la tarde.* Yo bien decia, una señorita como Zizi Leandra, escribirme esas cosas... Bautista, estoy viendo que tendré que mandarte à la escuela; tú no sabes leer, hijo mio.

—Ya lo creo, siempre que me presenteis cartas como esas, me equivocarè terriblemente...

—Quiere usted que continúe leyendo?

—No, basta ya; serias capaz de decir horrores y blasfemias de esa pobre chica, que es

la decencia y la virtud personificada... Qué es eso, Bautista? te estás riendo?

—Perdone usted; es que...

—Ya entiendo, picaronzuelo; dudas acaso que las mugeres me protejan? Pues mira, á mì tambien me parece mentira y, sin embargo, es verdad. Apenas cualquier muger me vè dos veces, ya me dice: «Fortincourt, tráeme un palco para la ópera de mañana... Fortincourt, llévame á comer à los Campos-Elíseos... Fortincourt, comprame un rico schal...» Y luego Fortincourt para acà, Fortincourt para allá; y otra infinidad de cosas por este estilo. Con que ya ves si las mugeres se pirran por mí. Veámos ahora el otro billete de mi griseta de la calle del Gallo.

—Quiere usted que lo lea yo?

—Vete al diablo con tu lectura; la letra es enorme, es una plana de primera, pero maldita la ortografía. Veámos lo que dice.

«Zeñò: mas que osté me dé pastillas y durses de la cunfituria, se lleva ostè chasco, si piensa pescà arguna cosa; porque este cuerpo endino, no se ha jecho pà un viejo fantasmon como osté, sò escalichao.»

—Quiere usted que yo la lea? preguntò

Bautista á su amo, al ver que se le iba estinguiendo la voz y dejaba de leer.

—No, es inùtil; contestó Fortincour haciendo el billete una pelota y echàndolo al fuego. Es odioso el modo de escribir que tiene esta griseta: invierte todas las lètras y me encaja cetas y jotas por do quier. Bautista, hoy me toca afeitarme; conque hazlo con mucho cuidado; ya ves que tengo dos citas hoy, sin contar un baile para esta noche... oh! un baile suntuoso, en casa de Mr. Riberpré, ese rico banquero tan político y atento, que tiene una muger sublimemente bella... Pardiez! una morena... azul celeste... y magnífica.

—Cómo! esa señora tiene los cabellos celeste?..

—Que bruto eres! los ojos... Madama de Riberprè es muger de nota... yo la galanteo y le hago el amor decidido... la bella Camila es tan amable conmigo... Cuidado, Bautista, no me vayas á degollar.

—No es nada, señor, un arañoncillo...

—Tiene una chica muy guapa... muy graciosa... Tendrà sobre quince años... y no hay duda que la jóven Elvina es un partido ventajoso... La otra noche le hice un cumplimiento sobre... No me acuerdo sobre qué. Pero sì te aseguro, que madre é hija rieron de cora-

zon. Ya he visto que esto promete à las mil maravillas... Ay! tú me has cortado, Bautista; estoy seguro.

—No es nada, señor, no se verá por cierto; á caido bajo lás narices.

—Estàs hoy desgraciadísimo.

—Como está usted hablando, es bien fácil el cortaros.

—Siendo un botarate como tù... Pues como te iba diciendo, la jóven Elvina es una chica que me gusta mucho, y no dejo yo de hacerle gracia tambien.

Por último, se concluyò la barba y Fortincourt se puso à aviarse con una cachaza y coquetismo indefinible. Bautista cojió los diarios y preguntó:

—Se lee hoy, señor?

—Sí, como todos los dias; pero si tú me lees eso como la carta de madama Leandra...

—Oh! no hay cuidado, señor; esta es letra de imprenta y no me equivoco.

—Vamos, ya te escucho; pero solamente los anuncios; oyes?

—Sì, señor, *Pelucas y casquetes invisibles con la mayor perfeccion.*

—La mia està todavia buena; sin embargo, toma nota de eso. Bautista, es preciso protejer la industria.

—*Píldoras estomacales y antídotas contra las pulmonías.*

—Cómprame una caja; es preciso estar prevenido contra los acontecimientos.

—*Se venden baules y maletas primorosamente hechos, al precio de...*

—Sigue, sigue, deja eso.

—Como usted me ha dicho le lea todos los anuncios...

—Sí, pero solamente aquellos que tengan algun interès... para mí.

—*Ungüento verdadero para la sarna.*

—Pasa eso.

—*Se piden treinta mil francos, que serán garantizados por un magnífico establecimiento de notória utilidad, dando veinte y ocho mil francos de ganancia al año.*

—Diablo! sabes tú, Bautista que es una proposicion bastante tentativa?.. Treinta mil francos dar de ganancia veinte y ocho mil... Pardiez! eso es un dineral terrible... Me parece que serà alguna tunantería... Yo no me atrevo à aventurarme: he estado tantas veces mezclado en negocios que me prometian los montes de oro!.. y despues me he jorobado bastante... Ah! en toda mi vida he encontrado mas que un hombre de honor, un caballero consumado: Mr. de Santa-Lucìa, un elegante

muchacho como yo... y adorado de las mugeres como yo... Sin embargo, tuve la indignidad de sospechar un momento de él; pues me habia pedìdo emprestado doce mil francos, los cuales se apresuró à devolvèrmelos en el jardin de Palais-Royal... Ah! pobre muchacho! què le habrá sucedido?.. Robò á una muger casada; pero los periódicos trajeron que habia matado al marido en un duelo... Oh! era un valiente... Tù lo has conocido, Bautista?

—No, señor.

—En efecto, no estabas entonces á mi servicio... Vámos, continúa.

—*Agua de cara que rejuvenece un año cada vez que se aplique; quita todas las arrugas del cutis y desaparecen las manchas y pecas, dejando la piel tersa, animada y juvenil.*

—Eso es soberbio, Bautista, eso es magnífico; rejuvenecerse un año cada vez que se aplique?.. es admirable! Y como quiera que tiene uno derecho de aplicársela cuantas veces quiera, resulta que en pocos momentos, puede uno llegar à ser un niño de pecho... Cuanto vale el frasco?

—*Veinte y cinco francos.*

—Es carillo: sin embargo, nunca será bastante para pagar los descubrimientos quìmicos que tienden á perpetuar la juventud. Ves

BIBLIOTECA DE ANDALUCIA

th, Bautista, dentro de poco, ya no envejecerémos.

—De veras, señor? Y què es lo que haré-mos entonces?

—Qué hemos de hacer, bruto? vivir y estar siempre alerta para no morir de una indijestion ò de una pulmonia.

—Y los que eviten las indijestiones y las pulmonias, à donde irán á parar?

—A jorobar á tu abuela. Que majadero te pones con tus preguntas. Bautista, toma nota de donde se venden y tráete hoy mismo dos ó tres frascos... ó mejor será que te traigas cuatro de una vez.

—Me parece que para probar, con uno tenèmos bastante.

—Y por què?

—Por si ese agua produce el mismo efecto que la ùltima que usted trajo, que decia que quitaba las arrugas y daba buenos colores... Os acordais, señor? Despues de haberos lavado con ella, se os puso la cara como si os hubièrais lavado con almagra, y despues el cutis tan estirado, que ni aun podia usted mover los ojos ni la boca. Bien sabe usted que estuvo ocho dias en casa, sin poder salir á la calle.

—Eso seria que no sabria hacer uso de

ella... Además, los químicos mas doctos, pueden engañarse... Continùa leyendo.

—*Polvos dentístico y antecorructicos..*

—Los mios no necesitan de eso: cuando quiero limpiarlos se los mando al dentista, que me los vuelve que parecen de marfil.

—*Pastillas de un uso secreto, seguro, pronto é infalible para todos los males venéreos.*

—Bautista, cómprame una caja; quiero estar prevenido.

El ruido de una campanilla, interrumpió la lectura de los anuncios.

—Quien diablo vendrá á verme tan temprano! esclamó Fortincourt: apenas está concluido mi tocador... Bautista, si es alguna señora, llèvala al salon, no la dejes penetrar en este santuario.

El ayuda de càmara salió, y al cabo de un momento entró diciendo:

—Es un caballero muy elegante... Mr. de Santa-Lucìa, que pregunta si estais visible.

—Santa-Lucia!.. será posible, ese caro amígo del que te hablára ahora poco. Que entre. Bautista, que entre al momento.

El criado salió, y poco despues entraba Monvillars en el gabinete de Mr. Fortincourt: cualquiera que lo hubiera visto la vìspera no lo reconoceria en este momento; Monvillars,

no era el hombre que el dia anterior devoraba con tanta ansia, la galleta que Rifflard le ofreciera en casa de Mad. Melindre. Gracias à los mil francos que su hermano le diera, Monvillars aparecia bajo un aspecto bien diferente, un gaban negro perfectamente entallado, y que sin embargo de estar abotonado, dejaba ver un rico chaleco de seda; un pantalon gris à cuadros azules, se unia perfectamente á su charolada bota, una escelente corbata de raso negro, un paletó ceniciento puesto sobre los hombros, un sombrero de rigorosa moda, guantes de paja, muy estrechos, y un junquillito de ballena, completaba todo el equipaje del elegante caballero.

Cuando hay mucho tiempo que uno no vé à sus amigos, se alegra cuando los encuentra en posicion brillante, y en tan suntuoso estado.

Fortincourt, dió un grito de alegrìa, y abrió sus brazos á Monvillars, que corre à él, y estrechándole con entusiasmo entre los suyos, esclama:

—Ya estoy aquí, querido Fortincourt, no hago mas que llegar à Paris y corro al momento á encontraros.

—Querido Santa-Lucía, que placer, que dicha tengo en volver á veros.

—Apuesto cualquier cosa, á que ya no os acordabais de mí.

—Que no me acordaba, la prueba està, que ahorà poco os estaba mentando... preguntadle sinó, á mi ayuda de cámara... No es verdad, Bautista que te estaba hablando ahora poco, de este amigo tan querido?

—Sì, señor.

—Os creo, amigo mio, pero por otra parte, si me hubierais olvidado tendriais escusas, siempre rodeado de placeres, acosado por las bellas... què cosa mas fàcil que olvidar á un ausente?

—No lo creais, siempre á mis amigos los conservo en mi memoria.

—Pero, Fortincourt, estoy admirado de veros; siempre el mismo, parece que el tiempo no pasa por vos; caramba! que me dais envidia.

—Que amable sois, Santa-Lucía.

—Y á mì, como me encontrais, he cambiado mucho, es verdad?

—Vos, en efecto, estais mas delgado y mas pàlido, pero os sienta perfectamente, pues teneis un aire interesante y melancòlico, las mujeres se pirran por estos aspectos... teneis tal vez penas, amigo mio?

—Y quién es, el que en este mundo no las tiene?

—La fortuna por ventura?..

—La fortuna, no, no, amigo mio, la mia siempre es la misma, cada vez mas firme... mis negocios, siempre han ido en aumento, no he hecho mas que doblar mis intereses.

—Bravo, amigo mio, ya me contareis vuestras aventuras. Quereis desayunaros conmigo?.. Vàmos, sin cumplimiento.

—Pues señor, acepto.

—Bautista, haz cuanto antes el desayuno... Sobre todo, un buen fuego en la estufa.

—Pero acabad de aviaros, amigo mio, yo no tengo prisa.

—Id al comedor; al momento os sigo.

Monvillars entró en un pequeño salon muy lindo, à donde no tardò nada Fortincourt en encontrarlo, y ecsaminándolo de la cabeza à los pies, esclamò:

—Amigo mio, palabra de honor que estais deliciosamente ataviado... Sobrepujais á los figurines *del diario de modas*... Donde vive vuestro sastre?

—Querido, este lo he hecho viajando. Estoy en Paris hace das dias y mi primera visita ha sido á vos.

—Prueba de amistad que me place mucho. Vàmos à almorzar, que ya mi estómago lo siente.

Fortincourt llevó à Monvillars al comedor, donde le sirvieron un fuerte y delicioso desayuno.

—Como vamos de amores? De bellas? De intrigas? preguntó Monvillars á su anfitrion.

—Como nunca, amigo mio... ahora tengo etre manos dos conquistas nuevas... dos lindas peli-negras, amabilísimas cual ellas solas; pero que siento que una de ellas no sea rubia. En fin, vamos à vuestras aventuras, amigo mio, aquella muger casada...

—La robé à su marido.

—Si, ya lo sé, pero el marido os perseguia, segun creo. Figuraos que el dia que nos encontrámos en Palais-Royal... ya sabeis, el dia que me buscábais para devolverme los doce mil francos.

—Me acuerdo, estaba desecho con vuestro dinero...

—Pues bien, apenas os separásteis de mi, cuando un amigo mio, acompañado de un viejo militar, y à quien llamaban el mayor... (el nombre no me acuerdo) decia le habian robadoá su muger... No era ese vuestro hombre?

—Positivamente.

—No os atrapò èl?., No lo matásteis en un duelo?.. A lo menos, los periódicos trajeron esta noticia poco tiempo despues.

—Sí, sí, nos batìmos á la pistola... mi adversario cayò, y yo me salvé, ignorando si estaba herido ò muerto... En semejante caso, bien sabeis que lo mejor que hay que hacer, es huir.

—Ciertamente.

—Me refujié à España con la jóven...

—Ah! habeis estado en España?.. Pais muy cálido... Dicen que las españolas son muy enamoradas y provocativas... sobre todo, las andaluzas... Ah! si yo fuera à Andalucía, de hecho venia en papeles... Oh! las mugeres!.. De què estaba yo hablando? no me acuerdo. Pero no le hace. En fin, os casasteis con vuestra bella... pues como quedó viuda...

—Esos eran mis pensamientos; pero la ingrata me dejó por otro.

—Será posible? pobre Santa-Lucía! vea usted aqui ya esplicada la causa de su tristeza y de su abatimiento.

—Sì, en efecto, esa es la causa... tuve la debilidad de amar à esa muger con todas las fuerzas de mi alma... Ah! bien sabeis, Fortincourt, que no es uno dueño de sujetar sus pasiones.

—Vaya: á quien se lo decis? ya lo creo. Si uno fuera dueño de reprimir sus pasiones, seria una comodidad inesplicable... podria uno

amar quince dias á esta, ocho à la otra, cuatro á la esotra, por fin, debia ser este sentimiento progresivo como todos... Seria... De qué estaba yo hablando?.. No me acuerdo. Estas pícaras mugeres me van hacer perder la chabeta.

—Sí, querido Fortincourt, la muger à quien amaba con todo mi corazon y por la que habia sacrificado todo, me abandonó ingratamente.

—No hay duda que son unas pérfidas... el que llegué á adorarlas y cometa por ellas cualquier sacrificio, es un bruto consumado... Bátase uno por poseérlas, esponga tambien su vida, quèdese muerto ò cuando menos tuerto ó con una herida cruel; que os sucederá? que ha de suceder, que vuestra bella os dà pasaporte despues de haberla amado tan de corazon. En ese caso, amigo mio, no hay que desesperarse, sino aguardar la ocasion oportuna para tomar una venganza atroz.

—Sí, teneis razon, eso es lo que espero, un dia en que pueda vengarme de ella horrorosamente. Para distraerme, he viajado largo tiempo, he errado por esos paises tan preponderados por los novelistas; pero que apesar de sus encomios, no llegan á Paris, à nuestro divino Paris, donde à cada momento, á cada

instante, se encuentran mil placeres, mil distracciones á cual mas interesantes y variadas; donde á cada paso se ven mugeres tan divinas y seductoras; esas mugeres que con su donaire y galiardía, hacen conmover los mas helados corazones. Donde hay mas de veinte teatros abiertos á los jóvenes aficionados, donde se juega, donde se gana y donde se pierde (cosa que me sucede á mí siempre; pues soy desgraciadìsimo en el juego; sin embargo, soy apasionado á él). Por último, he vuelto otra vez á esta Babilonia y he corrido á vuestra casa, porque siempre he conservado un recuerdo grato de vos.

—Gracias amigo, gracias, esclamó Fortincourt, estrechando la mano de Monvillars; no haceis con eso, nada mas que pagarme: ahora lo que se necesita es, que os riais, que os divertais y que os distraigais mucho.

—Si, y para eso cuento con vos, querido Fortincourt; porque ausente de Paris, hace ocho meses, soy un huron, un salvaje... y no conozco ya à nadie. Vámos, amigo, contadme, què hay de nuevo?

—Se baila la polka y la mazurca.

—Eso se bailaba en mi tiempo.

—Se baila el paso de la *redovva.*

—Lo conozco tambien.

—La kracoviana...

—Sì, es antiguo.

—Pero lo mas rigoroso, lo mas de ùltima, es la polka; me parece que es un baile que no fastidiarà jamás.

—Y de juegos?

—Como siempre: se juega de todo, aunque el de mas partido es el lansquenet.

—Muy bien. Y de intrigas amorosas?

—Siempre lo mismo: se agrada, se declara, se engaña y se deja, las mas veces se engaña y no se deja, es la moda mas rigorosa.

—Y vos, amigo Fortincourt, estais muy relacionado?

—Pardiez, estoy loco, no sé donde ir, vea usted el invierno yá encima, y las ofertas lloviéndome, sin saber á cual atender primero.

—Me presentareis, amigo mio, he perdìdo de vista casi todos mis conocimientos; y además me parece mas agradable, el travar nuevas relaciones, á lo menos no me hablarán de mi aventura con la muger del pobre mayor... Comprendeis la causa?

—Perfectamente y la apruebo. Yo os llevarè y os presentaré á donde querais. Un hombre elegante, rico y buen mozo, es bien recibido en todas partes.

—Ah! querido Fortincourt, bien pene-

trado estaba yo, de vuestra sincera amistad.

—Vive Dios! quereis que empezémos desde hoy à correr el mundo juntos? Esta noche voy á una tertúlia suntuosa, baile, juego, música y muchachas, no falta nada. Quereis venir conmigo?

—Con mil amores; pero que casa es? á mi me gusta saber antes à donde voy.

—Es justo, cosa indispensable para saber la formula que uno ha de observar. Escuchad el programa: Mr. de Riberpré, banquero sumamente rico, que no es ni jóven ni amable, pero que dá unas tertúlias soberbias. Su señora que es mucho mas jòven que él, muger bella, elegante y de una finura esquisita, de cabello negro, y ojos hechiceros. En fin, una jovencita de quince á diez y seis años, delgada, chiquita, graciosa, linda y que su madre adora. He aquí todo.

—Perfectamente, amigo mio, ya estoy instruido, para saber la conducta que tengo de observar. Esta noche vendré... á qué hora?

—A las diez.

—Corriente: y entretanto os dejo libre para vuestros negocios y vuestras citas amorosas.

—Es verdad, justamente hoy tengo dos.

—Pues hasta la noche.

—Que no falteis.

—Que he de faltar!

—A propósito, querido, què nombre pensais tomar? porque debeis haber cambiado y lo creo muy justo, despues que huisteis con vuestra dama y matàsteis à su esposo.

—Sí, en efecto; pero no quiero tener nada que me recuerde tan fatal acontecimiento. Llamadme por mi verdadero nombre, por Mr. de Santa-Lucía, como otras veces.

—Muy bien. Pues hasta la noche.

—Hasta la noche.

Y Monvillars estrechò la mano de Fortíncourt y desapareciò por las galerias.

II.

El baile de la bella Camila.

Mr. de Riberpré habia cambiado de domicilio. Regla general: no debe uno vivir mucho tiempo en una casa donde han entrado siquiera una vez los ladrones; pues aunque no vuelvan aquellos mismos galopines, es probable que den el santo á sus otros camaradas. Nuestro buen banquero tiene ahora su residencia en la calle Nueva de los Maturinos, sitio deseado y vivamente apetecido de la bella Camila, que ansiaba vivir en la Calzada d'Antin; y el

baile tan suntuoso que esta noche se diera, era para inaugurar su nuevo domicilio.

Todo cuanto la fortuna pueda presentar para eclipsar los ojos, fascinar los sentidos y magnetizar el alma, se hallaba reunido con munificencia opípara en la nueva residencia de Mr. Riberpré. Al entrar en aquellos largos y espaciosos salones que reverberaban á la multitud inmensa de elegantes candelabros, multiplicados por la profusion de espejos de que se hallaban adornadas las paredes, y embalsamado el aire con las aromáticas esencias que despidieran de sì mil jarrones de porcelana de China, atestados de escojidas y variadas flores; luego la riqueza de los muebles, de las alfombras, unido todo esto con los armoniosos ecos de una sorprendente orquesta dirijida por Strauss, Mussard ò Tolbecque (1); y la muchedumbre de mugeres guapas y bellas que ondeaban por los salones disputandose á porfia la moda, la belleza y gallardìa.

A nuestro amable Monvillars no le causara mella nada de lo que viera, como hombre

---

[1] Los mejores profesores y compositores de Francia; especialmente los walses, que llevan el nombre del primero, son acojidos con un interés y aceptacion universal.

acostumbrado al gran mundo y á sus reuniones, tenia el aire mas desimpresionado è indiferente; siguiendo à su conductor atravesaba aquellos suntuosos salones y aquella elegante concurrencias con un aplomo, con una gallardia que casi rayara en ironía y desden, por último llegaron á Mr. de Riberprè.

Con las formulas acostumbradas, Fortincourt dijo al banquero:

—Tengo el honor de presentaros á Mr. de Santa-Lucia.

El banquero saludó artísticamente, dirijiéndo una mirada escrutadora al recien presentado, cuya presencia y donaire tan impertinente y descarado, le hizo formar muy buen concepto de él; porque á los hombres de dinero les gusta mas ver un rostro descarado y lleno de supercherìa, que no uno modesto y compunjido.

Monvillars saludó al banquero con un aplomo y arrogancia, que queria decir:

—No me mire usted mas, que soy digno, no digo de entrar en vuestra casa, sino en un palacio.

Despues, Mr. de Riberpré se alejó á ocuparse de otros presentados; y Fortincourt se dirijió á un estremo del salon, donde se hallaba sentada, en un magnìfico sofá, la bella Camila.

La supuesta madama de Riberprè estaba deslumbradora por los innumerables diamantes y piedras preciosas que sobre sì tuviera: una corona de camelias rodeara su cabello negro como el ébano, y sus ojos siempre vivos y seductores, parecian en este dia haberse aumentado su brillantez y atractivo, pintandose en todas sus facciones, un cierto rasgo de ironía provocativa semejante á la de Erigone (1), no en el momento de su terrible desesperacion, cuando supo la muerte de su padre, sino cuando escuchaba los amorosos coloquios de Baco, cuando coronado de hojas y racimos de la vid se sentaba à su lado.

La bella Camila estaba sentada en medio

---

[1] Erigone, hija de Icario, muerto por unos aldeanos que creyeron envenenados à unos compañeros que se emborracharon con vino que este les dió y cuyos efectos no conocian. Mera, perra de Icario, descubrió á Erigone el lugar del sepulcro de su padre: esta desesperada por su muerte, se ahorcó y Júpiter la colocó en el cielo, transformándola en el signo de Virgo. Signo del Zodiaco correspondiente al mes de Agosto. Los amores de Erigone con el dios Baco, son unas de las pájinas mas agradables de la mitolojía.

[N. del T.]

de otras dos damas, nada bonitas por cierto, à las cuales colmaba de halagos y caricias. Estas recibian las muestras de cariño que Camila les prodigara, con una satisfaccion y placer estraordinario. Algunos caballeros formaban círculo delante de estas damas, à las que prodigaban ternezas y galanteos. Fortincourt, llegò al corro y presentò á Monvillars á madama Riberpré, la que le hizo una amable acojida: sin embargo de estar mezclada de esa cierta ironia provocativa que dejámos ya referida. Monvillars, durante algunos momentos ecsaminó á Camila; el resultado de este ecsámen fué sin duda favorable, supuesto que Monvillars saludó á la dueña de la casa con una sonrisa de satisfaccion. La bella Camila por su parte miró al caballero presentado, dejando escapar de sus làbios una sonrisa graciosa, y su voz, usualmente dura, era sumamente dulce y lisonjera, al contestar al saludo que Monvillars le dirigiera.

—Mi amigo Santa-Lucía, esclamó Mr. de Fortincourt, acaba de volver à Paris; pero viene sumamente decaido y contristado; pero à fé mia que es preciso distraerlo; es indispensable que vuelva otra vez à los placeres y á las reuniones deliciosos... Y sobre todo, que vuelva otra vez à encontrar esas mujeres encanta-

doras y divinas por las cuales tanto suspirara. Ved aqui, madama, porque lo he traido á vuestra casa primero que à ninguna parte; para que mi amigo os admire y vea en vos la reina del bello seeso, linda Camila.

—Sois muy amable, contestó madama de Riberpré; pero vuestro amigo verá que me habeis ponderado demasiado; siendo así, que mi mèrito es bien poco. Sin embargo, baré todo lo posible porque vuestro amable amigo no se fastidie en mi tertúlia.

Mr. de Monvillars, ò de Santa-Lucìa (por que ahora es indiferente nombrarle de un modo ú otro) no contestò à estas lisonjeras palabras, sino con un leve movimiento de cabeza y una mirada; pero habia en esta mirada una elocuencia tan espresiva, que la bella Camila tenia demasiada esperiencia para dejar de comprender su significado. Por otra parte, entre personas que deben simpatizar, conducirse y entenderse, es muy rara la vez que no se comprenden y se conocen desde la primera entrevista. Serà este quizás algun iman? Algun fluido magnètico? que opera en nuestro sistema nervioso? es tal vez alguna voz interior que se deja oir? es el corazon? son los sentidos? es el destino? la Providencia por ventura... Quien sabe!! quizás haya de todo un poco.

Una jóven lijera como una sìlfide, de una elegancia esbelta y graciosa, bajo un elegante vestido de baile bordado de oro y pedreria. Se pone delante de la bella Camila y le dice con una voz dulce como la de un ángel:

—Mamà, Mr. Millenare está absolutamente empeñado en bailar la polka conmigo; dice que siendo tú quien lo manda no puedo yo rehusar... es verdad eso?... lo has mandado tú à que me saque á bailar?.. Yo no he querido aceptar... porque como no sabe bailar y no guarda compás, no hace nada mas que equivocarme y darme pisotones.

—Haz hecho bien, querida Elvina, Mr. Mellenare es un babieca... puedes tù creer que yo lo haya mandado, à que te saque á bailar la polka?. En otros bailes, su falta es dispensable; pero en la polka es inperdonable, cualquiera dilacion. No es verdad, caballero?

Esta pregunta fué dirijida á Mr. Monvillars que se apresuró á contestarle:

—En efecto, asi es, señora.

Despues dirijió sus miradas sobre Elvina, cuya figura pequeña y delicada, sus ojos azules y rasgados, su frente pàlida y sus rubios cabellos, no presentaban ninguna analojía con las facciones características de su madre, ni con las sardònicas é insolentes de Mr. Riber-

prè. Camila notando que Monvillars, consideraba á la tierna Elvina, le dijo:

—Es mi hija, caballero; la que os presento, mí hija, á la que quiero mas que á mi vida.

—Ay, mamá, interrumpiò Elvina, ya oigo la introduccion de la polka y no quisiera que Mr. Millenare me persiguiera hasta aquì, no sé de quien echar mano.

—Quiere usted, señorita, bailarla conmigo? dijo Fortincourt, inclinàndose ante la jóven.

Esta se echó á reir descaradamente, contestándole:

—Oh! nò, para aceptar á usted, no hubiera despreciado á Mr. Millenare.

Fortincourt, no se sabe que figura hizo à esta respuesta; pero tomó el partido mas derecho, que fué, el reirse y responder á la jóven:

—Ah! bien me merezco ese desden por no haberos incitado antes... sì, lo merezco.

En este momento un jòven sumamente guapo, se llegò à la linda Elvina y le ofreció su brazo, la cual aceptándolo desapareciò por los salones con una lijereza increible.

—Escelente jòven, murmuró Monvillars; pero aunque este cumplimiento lo pronunciàra á media voz y como una simple reflecsion,

no impidió para que Camila lo oyèse. Una espresion de satisfaccion se pintara en sus facciones, probando á Monvillars que la madre lo habia oido, y una sonrisa lisonjera de esta, contestò á la suya. Pero, como quiera que tenia Monvillars que llenar todos los deberes de la etiqueta, saludò á Camila y se internó por los otros salones.

Al recorrer los departamentos del rico banquero, donde era presentado por la primera vez, Monvillars afectaba el aire de una persona acostumbrada á encontrarse en el gran mundo; sin embargo, no era sino con una secreta inquietud con lo que el mirara à su alrededor; à cada momento temia encontrar antiguos camaradas que lo conocieran por el baron de Fridzberg, Mr. de Monvillars, ó por Constancio Martinot, su verdadero nombre. Despues de haber recorrido durante algun tiempo los salones, y viendo que todo el mundo era estraño à sus miradas, se tranquilizó completamente; ademàs, él estaba prevenido para si alguno lo reconociera, desconocerlo él, y darle un solemne mentis. Monvillars llega en fin à un salon donde está situada la mesa de juego, pocos minutos de observacion le bastan para asegurarse que no hay allí ninguno de sus cofrades, y con la mayor confianza llega á una mesa de lans-

quenet, pero con prudencia estrema. Hace mas: despues de haber ganado algunos billetes de mil francos, vá otra mesa à perder algunas docenas de ellos, acusando bien alto al destino sobre la desgracia que le perseguìa. Despues se levanta dejando à todos convencidos de su mala suerte pero llevando ya en su bolsillo una ganancia considerable.

Sin embargo, la partida de lansquenet estaba animadísima, el oro circulaba con profusion y seria fácil á un hombre tan industrioso como Monvillars el doblar, el triplicar sus fondos. De donde nace esta indiferencia? este despego, conque mira ahora el oro?

Es porque otros proyectos fermentaban en la cabeza de este hombre, que queria, á toda costa, fijar su fortuna. Què eran algunos billetes de banco? Algunos montones de oro, para aquel que preveia en el porvenir una perspectiva brillante, en fin, una posicion al abrigo de los reveses de la fortuna y una ecsistencia real y positiva? Todo esto lo habia visto, lo habia adivinado, lo habia presentido en las miradas de Camila, de aquella muger que creyera entonces esposa legìtima del rico banquero; y para empezar á realizar sus proyectos, abandonò la sala del juego y se dirijiò á la del baile.

Monvillars se aprocsima á una cuadrilla en donde la bella Camila abandonábase á su aficion por la danza (gusto especial de casi todas las mugeres, y mucho mas cuando quieren ocultar algo). Pero la madre de Elvina, era todavia bastante jóven para disimular perfectamente sus emociones naturales; su elegancia, su esquisito donaire y gallardia, se aumentaban con la claridad de las bujías, y por la animacion producida por los ecos de la orquesta, puede cualquier muger rejuvenecer en un baile seis ò siete años; y no es sino para encantar y seducir por lo que sienten un íntimo placer à este ejercicio.

Monvillars situóse de modo que pudiera ver à Camila, y sobre todo ser visto de ella. Sus ojos no la abandonan un momento, y era bien fácil de ver que ella no era indiferente à estas espresivas miradas. Las mugeres tienen un cierto instinto de amor que es inconcebible à nuestros ojos. En el modo conque una muger conteste al cumplimiento que cualquiera hombre le dirija, se conocerà al momento el pensamiento que la anima. Casi en todas sus palabras hay un sentido doble; pero no es necesario estar muy ducho en amor, para comprender este lenguaje que se habla con los ojos, con los gestos y con una infinidad de signos. Sucede con

ellas lo mismo que con las charadas, que con una poca de costumbre, se adivinan todas.

Mr. de Monvillars esperó á que la contradanza se concluyera, para dirijirse à Camila y pedirle la primera polka. Madama de Riberprè, que esperaba esta invitacion, sonrió á Monvillars y le dijo:

—Oh! tendria mucho placer en ello; pero... estoy comprometida ya con doce caballeros.

—Y eso que le hace? contestò Monvillars: aceptais mi mano, y cuando uno de esos individuos se presente á reclamar la vuestra, le decis... que está equivocado. Yo sostendrè vuestra respuesta y salimos perfectamente del apuro.

—Es verdad, lo arreglais todo en un momento; pero temo que...

—Eh! yo respondo de todo... fiaos solamente de mì.

En este momento la orquesta dió la señal.

Era un wals lo que iban à tocar.

—Walsais vos? preguntó Monvillars á Camila.

—Algunas veces; cuando estoy segura de que es muy buena mi pareja.

—Quereis probar conmigo?

—Y si...

—Quien dijo miedo?

Y Monvillars enlazó su brazo por la torneada cintura de Camila y empezaron á walsar con una gracia y gallardia estrema. Camila està satisfecha de su caballero, y en medio del baile, sus ojos siempre se encontraban con la fascinadora mirada de Monvillars.

Cuando enlazado con una mujer hermosa oimos los armoniosos ecos de una orquesta deliciosa, y un cierto presentimiento nos inclina hácia la que llevámos entre los brazos... què mayor placer puede concebirse?

Con una muger galante, un solo wals basta para obtener una cita.

Con una muger sensible, se necesitan dos walses, para saber si sois amado ò no.

Con una muger coqueta, se necesitan tres. Pero no paseis de tres... porque peligrais.

Despues de aquel solo wals, Monvillars y Camila se comprendian. Una muger jòven que siente el deseo de amar, cuyo corazon está aun capaz para sentir los amorosos impulsos de Cupido y que encuentra un hombre que le agrada, es sabido no lo deja suspirar por mucho tiempo.

Varias veces ha respondido ya la blanca mano de Camila á la presion de la de su caballero.

—No quereis bailar tambien con mi hija?

preguntó madama Riberprè à su pareja, en un momento de reposo.

—Yo haré cuanto me ordeneis, señora. Por otra parte, vuestra hija es encantadora, y me parece no estará vacante.

—En verdad que bien podia yo tomarlo por una indirecta... al ver con la facilidad que me habeis obtenido.

—Quereis, señora, con esa sospecha desvanecer mi felicidad?

—Vuestra felicidad!.. porque habeis bailado conmigo?.. Ah! esa felicidad se desvanecerá muy pronto de vuestra memoria... debeis vivir en las fiestas, en los bailes, en medio del torbellino del mundo... El placer de hoy desvanece el de ayer... y el de mañana desvanecerà el de hoy.

—Eso sucederá, tal vez, con las sensaciones fugitivas que no llegan à nuestro corazon, con esos sentimientos resbaladizos é insòlidos. Mas no es asi como yo comprenda la dicha. Aquí donde me veis, permanezco frio é impávido para todas esas relaciones que no duran mas que el momento... porque no es asi como yo comprendo el amor.

—De veras? sereis capaz de amar... mucho tiempo?

—Amarìa siempre si encontrara un cora-

zon tan ardoroso como el mio.

—Todos los hombres dicen eso mismo para tentarnos... pero no es mas que de boca cuanto profieren... cuando llegàmos á amarlos, nos hacen traicion y nos abandonan.

—Me parece, señora, que no teneis esperiencia de eso por vos misma.

Camila permaneciò por algun tiempo sin responder; parecìa tratára de evocar sus recuerdos y la sonrisa que en este momento se pintara en sus làbios, tenia cierto rasgo de forzada y violenta; sin embargo, soltó una carcajada y contestó al cabo:

—Y si yo fuera tambien variable en mis amores?

—Oh! no lo creo asi, aunque lo digais... y no será ese el motivo que me impedirà... el adoraros eternamente.

—Mr. de Santa-Lucìa, tened cuidado... porque si llegára á creeros...

—Ah! eso es uno de mis mas ardientes deseos.

—Y si yo fuera efectivamente tan voluble como dije ahora poco?

—Sin duda direis que tengo mucho amor propio; puede ser, pero me parece que conmigo no cambiariais tan repentinamente... por que cuando uno llega á encontrar un corazon

digno de su amor... no lo olvida tan fácilmente y , señora , cuando yo llego amar... es con toda la fuerza de mi alma.

La contradanza concluyó: Monvillars y Camila hubieran preferido continuar su amoroso coloquio ; pero en el gran mundo es indispensable hacer todo lo contrario que uno desea. Monvillars levantase y va á la jòven Elvina á pedirla su mano, para la polka inmediata.

Durante este tiempo, Camila continuaba haciendo los honores de la reunion y contestando á los cumplimientos que le dirigian; parecia no obstante muy preocupada y sus ojos buscaban à alguno entre la multitud. Al fin, nota à Fortincourt y le hace un lijero movimiento de cabeza para llamarlo ; el petrimetre amaricado , corre deshecho á ella y sientase à su lado , diciendole:

—Qué me mandais , divina criatura?

—Que os senteis aquí... à mi lado ; quiero hablar un rato con vos... no os estais un momento quieto ; pareceis un chiquillo retozon.

Fortincourt , al oir estas cosas , se estendió terriblemente sobre el sofà y contestò con la mayor emocion.

—Ah! bella dama... Atadme con una cadena á vuestros pies, y me conceptuaré feliz.

No tenia Camila por cierto la intencion de

encadenar à Fortincourt, y si en este momento se mostraba tan amable con él, no era mas que para preguntarle sobre aquel individuo que habia hecho tanta impresion en su alma. Para lograr su deseo, era indispensable oir antes con agrado el diluvio de galanterias del elegante ex-seductor, y asi que se aquietò un poco el agüacero, esclamó Camila.

—Apropósito, Mr. Fortincourt... esta noche nos habeis presentado á un tal Mr. de Santa-Lucía, que tal sujeto es?

—Oh! es un chico escelente.

—Es noble?

—Si lo es... á lo menos debe serlo.

—Hace mucho tiempo que lo conoceis?

—No hace mucho... pero tengo motivos suficientes para apreciarlo, es sobre todo de una provindad estrema.

Camila que le importaba poco la recomendacion de Fortincourt continuó:

—Y es rico?

—Riquísimo... en todo cuanto comercia, en tanto gana.

—Y ha viajado... por su gusto?

—Por su gusto, sí y nó. Oh! es una aventura endiablada... que le sucedió esta primavera pasada... pero creo que debo ocultarla puesto que...

—Oh! contadmelo todo, amabilísimo amigo... además ese jóven debe serme muy interesante supuesto que ha sido presentado por vos.

—Oh! señora, me confundís... pero Santa-Lucìa quiere ocultar esta aventura y si yo la declaro...

—Me creis quizás capaz de que vaya yo à participar à ese caballero que conozco sus secretos?.. Vámos, Fortincourt, querido mio, ya os escucho.

Jamás Camila se habia mostrado ni mas amable, ni mas íntima con Fortincourt que en este dia. Nuestro individuo creyendo la conquista hecha, lanza una mirada lánguida à la mujer del banquero y dice:

—Es imposible resistiros... si me pidierais una corona... palabra de honor... yo no os la daria, porque no la tengo, pero me haria conspirador por procurarosla.

—No se trata de ninguna corona, amigo mio, sino de las aventuras sucedidas à vuestro amigo Mr. de Santa-Lucìa.

—Ah! es justo!.. De què estaba yo hablando?.. no me acuerdo: pero no le hace. Ese pobre Santa-Lucía llegò à enamorarse perdidamente de una muger... pero bien sabeis que uno no es dueño de reprimir sus sentimientos.

Ah! si fuera asì, cuantas veces yo mismo...

—Fortincourt, no se trata aqui de vos.

—Pues señor, hizo su declaracion, la dama la acojiò con placer y correspondiò á su afecto; mas la dama era casada y tenia un marido muy celoso. Este era el item de la dificultad; pues bien sabeis, que cuando los maridos no son celosos, entonces es mas fácil.

—Al grano, Fortincourt.

—Es verdad, me estravio alguna cosa del punto esencial... Por úitimo, Santa-Lucía robó á aquella muger.

—La robó?

—Como lo ois, y el marido los seguia para atraparlos... En fin, los alcanza, se desafian y el esposo es el que sucumbe.

—Mató al marido?

—Oh! es un valiente. Despues se fué á España con su bella y allì... oh! es afrentoso hasta el creerlo... allì su dama le fué infiel y lo dejò por otro.

—Pobre jòven!.. Es cierto que es cosa bien triste.

—No es verdad?... Abandonar, despreciar á un hombre que ha matado un marido... es indigno. Batios por una muger!.. Esponed la vida por una muger!.. Eh? què decis?

—Que todas las mugeres no son iguales.

—Teneis razon. Santa-Lucía sintió terriblemente el abandono de su bella ; estubo viajando algun tiempo para distraerse ; pero viendo que no lo conseguia , se volviò à su Paris, cuna verdadera del placer y de la orgía. Ved aquì sus aventuras ; pero calladlas , madama, porque las oculta decididamente.

—Perfectamente , contestò Camila que habia oido con gran interés la narracion de Fortincourt y luego que volviera à ver à Monvillars lo hiciera con interès doblado ; porque una muger robada y un duelo á muerte , le anunciaba un hombre apasionado , un hombre incapaz de recular ante los obstàculos cuando se tratara de satisfacer sus deseos , y esta conducta no podia menos de complacerla, siendo asi que Camila lo amaba ya.

Monvillars , despues de haber bailado con la jóven Elvina , con la que se conduciera tan polìtico como amable , juzgò conveniente departir algun tanto con el dueño de la casa. Aprovechò la ocasion en que Mr. Riberpré estubiera solo y llegándose entonces á él con suma elegancia y gentileza , empezó á encomiarle y ponderarle la belleza de su reunion y lo esquisito de los tertuliantes.

Siempre ha de envanecerse y lisongearse el amor propio, y aunque la fábula del *zorro y el*

cuérvo, sea tan conocida, todavia no ha corregido, ni corregirà, à nadie. Mr. Riberprè estaba amabilísimo cuando contestara á Monvillars; èl se informa si ha jugado y si ha sido dichoso, y Monvillars le contesta que ha sido dichosísimo en su reunion, y aunque en el juego habrá perdído algunos billetes de mil francos, no tiene comparacion con lo que se ha divertido y gozado.

Un hombre que se divierte perdiendo billetes de mil francos, es un personaje muy distinguido à los ojos de Mr. Riberpré; el cual ruega á Monvillars que concurra á sus fiestas y no falte à sus reuniones.

—Y bien, querido! dijo Fortincourt aproc-simándose à su amigo; estais satisfecho de haberme acompañado?.. No es cierto que este baile es delicioso?.. Riberprè muy político?.. su hija graciosísima, y su mujer?.. Ah! su mujer es divina... cada dia me siento mas enamorado de ella.

—Pues querido, no perder la conquista; contestóle Monvillars sonriéndose. Esa dama es durilla de conseguir; sin embargo, si mi mediacion puedo serviros de algo, me prestaré á vuestras miras con mucho gusto.

—Verémos, amigo mio, segun se presente la ocasion... un tercero no està mal las mas

veces... y la bella Camila, no desatenderà vuestras indicaciones.

—Conque á Dios, querido mio.

—Ya os vais?

—Si, amigo, me siento muy cansado y... voy à recojerme.

—Pues hasta la vista: nosotros nos veremos, eh?

—Si, tengo que ir à llevaros las señas de mi domicilio.

Monvillars saludò amigablemente á Fortiucourt y saliò del baile murmurando:

—No he perdído el tiempo. Con el aire de perder, he ganado tres mil francos; además, he hecho la conquista de esa mujer que creo ha de labrar mi fortuna... En cuanto á mí, como jamàs tengo de amarla, me será fácil someterla à todos mis caprichos y fantasia... Esperanza, Mr. de Santa-Lucía, esperanza... y baràs fortuna.

12.

Dios los cria y ellos se juntan.

Quince dias despues del baile dado por Mr. Riberpré; Monvillars que habitara una preciosa habitacion en la calle de Montholon, se hallaba solo en su casa, serian las dos de la tarde: el tiempo estaba frio y nublado: una brillante y calorífica estufa esparcia un vago calor por el gabinete: las puertas y las ventanas estaban perfectamente cerradas: al ver la elegancia con que aquel hombre estaba vestido, no habia que dudar, esperaba á alguien.

Durante estos quince dias que han pasado, me parece inútil decir que, Monvillars ha ido repetidas veces á casa de Riberpré atrayendose con su amabilidad la amistad del marido, y con sus amorosas palabras el corazon de la muger.

Monvillars ha mirado repetidas veces una primorosa muestra de cristal de roca plantada sobre la chimenea. Este reloj dió las dos... poco despues la media. Una impaciencia cruel se pintára en las facciones del jòven. De en cuando en cuando levantábase y alzando con precausion las cortinas de la calle miraba por las ventanas, luego volvia à mirar el pendulo. Por último deja oir estas palabras con entrecortado acento.

—Media hora mas!.. ya no vendrà... algun obstáculo cruel se habrá interpuesto á mis designios... pero no, las mugeres cuando aman verdaderamente nada les arredra; y Camila pertenece á esas mujeres decididas... Si esta fuera la primera cita, pudiera sospechar traicion ó engaño, pero es la tercera y puedo estar seguro de su amor. Mas, unas relaciones de diez dias... sí, es verdad diez dias hace que me concediera la primera, y esta al dia sesto de haberme visto por la primera vez... Me parece que llevo el asunto demasiado de prisa...

pero nó; yo no he ecsigido nada ¿no ha sido ella la que se ha manifestado antes, la que se ha escedido á mis deseos? Sí, ella ha sido y no debo temer nada. Pero porqué no vendrá?..

En este momento se oyeron en la puerta del aposento unos golpecitos dados con discrecion; Monvillars levantóse despavorido y complaciente esclamò:

—Al fin.

Abre la puerta y entra la bella Camila vestida con suma elegancia y presicion. Un vestido de seda negro y una esclavina de casimir del mismo color. Un velo negro, prendido de su capota de paja y guantes tambien negros. Entra agitada, contraida y temblorosa y haciendo señas á Monvillars para que cerrara prontamente la puerta.

—Que es eso, amiga mia, que teneis, preguntó Monvillars quitándole con suma delicadeza la capota y la esclavina.

—Un momento... esperad un momento, dijo Camila deteniéndolo... Ah! tengo miedo.

—Miedo! y de què?

—Quizà me habré engañado... pero me parece que me ha seguido mi marido. Cuando salí de casa lo hice á pie... llego á una plaza de coches y alquilo uno, apenas subo á el, miro por la portezuela y veo á Mr. Riberpré en la calle...

enseguida me retiro al fondo de el coche y partámos... pero me habrá quizás seguido... y...

—Y habeis bajado del coche en mi misma puerta?

—Sin duda.

—Y no habeis visto á nadie?

—No... Además, he entrado tan aceleradamente, que no he podido notar nada.

—Habia salido vuestro esposo cuando marchasteis de vuestra casa?

—Sinó hubiera sido así, podia haber venido?.. Oh! soy mas bien una esclava que una querida... Riberprè espia todos mis pasos y se informa de lo que he de hacer en toda la mañana... Muchas veces impide el que salga... Ah! gozo bien poca libertad por cierto.

—Pobre muger!

—Riberprè es celosísimo sin aparentarlo... y si él supiera... si llegara á dudar de mí... me veria perdìda... Ah! es preciso que yo os ame mucho para arrostrar tantos peligros.

Monvillars compredió que este era el momento oportuno de demostrar á Camila que èl la amaba tambien. Además, era bien fácil convencer à la bella dama; pues si tenia temores terribles, carecia de remordimientos de conciencia...

Sus terrores se disiparon y pasando sus de-

dos por los cabellos negros y ensortijados de su amante, lo contemplaba y admiraba estasiada.

—Que felicidad! murmuró Camila dejando caer su cabeza sobre el hombro de Monvillars, si estos momentos fueran eternos!

—Oh! es verdad, contestó el jòven dejando que jugueteara con sus cabellos, y absorto en una profunda meditacion. Si, es bien dificil ser dichoso en este mundo por mucho tiempo... á cada momento encontrarémos mil obstáculos que nos haràn perder nuestros goces... y ahora que os he encontrado, Camila... ahora que he encontrado una muger, tal como yo la deseara... una muger á quien adoro... una muger que me ama... porque vos me amais, no es verdad, Camila?

—Y me lo preguntais? esclamó la hermosa muger con un acento que partia del corazon. Y podeis dudarlo? Què mas quereis que haga para probaroslo?.. Decidlo y lo harè al momento... No conoceis que al estremo á que he llegado no es otro que al de una muger apasionada terriblemente... de una muger á quien el amor no es un capricho, sino el móvil de sus acciones, su ùnico pensamiento... su segunda ecsistencia... Pues bien, todo esto sois vos para mi... vos, à quien amo con todas las veras de mi alma.

Los ojos de Camila se fijan en los de su amante que la contempla algun tiempo y suspira murmurando:

—Què fatalidad que pertenezcais à otro! Si fuerais libre, mi felicidad seria completa... pero casada como sois.

Camila inclinó los ojos al suelo y no contestò. Monvillars continuó estrechando y besando las manos de su bella.

—Eso es lo que me contraria... luego vuestro marido es tan celoso, sospechoso y ecsigente... que como lo dijérais ahora poco, no nos podrémos ver tan amenudo como quisiéramos... y si fuerais á lo menos viuda... oh! entonces...

Monvillars mirò de nuevo à Camila, sus negros ojos despedian una llama devoradora. La hermosa muger, no queriendo tener secretos para su amante le contestó con voz sombria è indifinible acento:

—Viuda!.. oh! en efecto, esa posicion seria demasiado hermosa... pero antes era indispensable que Mr. Riberpré fuera mi marido... y á la verdad no estàmos casados.

Monvillars no pudo reprimir un movimiento de disgusto y murmuró:

—No estais casados!.. será posible?

—Ah! si fuera mi marido, tomaria yo tan-

tas precauciones para venir hasta aquí?.. No, entonces no tendria yo tanto miedo en venir á veros; porque siempre tendria mi parte y tiraria de lo poco que me perteneciera... Mas soy libre... y nada me pertenece. Y bien, caro amigo, no deciais ahora poco que seriais completamente dichoso si yo fuera libre?

Monvillars se mordió los lábios y arrugando el entrecejo, contestó algo embarazado:

—Libre!.. libre!.. es cierto!.. mas no era asi como yo lo esperara... porque, amiga mia... la verdad, no quiero engañaros... Sabed, que no tengo un cuarto... estoy arruinado completamente... pues en el juego y jaranas, he disipado toda mi fortuna.

—Eso lo esperaba yo, dijo Camila sonriendo y estrechando contra su pecho la cabeza de Monvillars. Pero no os amaré por eso menos... al contrario... me dais una prueba de sacrificio.

—Francamente... Vos no poseeis nada?

—Nada mas que lo que me dá ese hombre, con el cual estoy en relaciones hace quince años.

—Y como es que amandoos tanto, como aparenta, y teniendo una niña de vos, no ha tratado de casarse?

—Oh! Santa-Lucìa, ese hombre me ama;

no lo dudeis... Yo he sabido conservar sobre su corazon déspota y sòrdido, un dominio absoluto, del cual yo misma me admiro; pues conozco á fondo la moral de Mr. Riberprè; y si èl no se ha casado conmigo, es porque es imposible. Ya lo hubiera yo procurado y me hubiera dado su nombre, si no lo llevara antes otra.

—Es casado? diablo! pues el asunto es mas complicado de lo que yo lo creyera.

—Sì, hace que está casado diez y ocho ò diez y nueve años: tiene tambien otra niña que le llevará tres años á la mia.

Monvillars que parecia tomar un vivo interés á lo que oyera, mirò à Camila un buen rato y preguntò al fin:

—Y por qué ha abandonado à su muger?.. Lo engañara ella tal vez?

—No lo creo asi... pero él la odiaba... ella era una bendita... una virtud, segun dicen; pero á Mr. Riberprè no acomodaban estos mongios... y escrupulosidades.

—Y vos seguramente le convendriais mejor: dijo Monvillars sonriéndose.

Camila mirò à su amante murmurando:

—Es un reproche que me dirijis tal vez?

—Ah! querida, es un cumplimiento que os hago; porque como vos, detesto los escrú-

pulos y las beatitudes... Pero continuad, hermosa... Esa muger es jóven todavia?

—De mi edad, poco menos.

—Entonces bien puede agradar aun... Y es linda?

—Dicen que sì... Es una de esas bellezas sin espresion... una estàtua... Sin embargo, tienen muchos admiradores... ella y su hija.

—Y qué le ha sucedido á esa muger?.. Lo sabeis vos?

—Sin duda. Vive retirada en Corbeil, con su hija, ocupada enteramente en la educacion de esta y en una ecsistencia campestre en sumo grado... Mr. Riberpré le tiene asignada una pension y...

—Y no viene alguna vez que otra à Paris á ver à su marido?.. No envia á su hija para que de vez en cuando vea à su padre?

—Oh! podria yo consentir eso? Ademàs, ella nunca lo ha intentado. Sin duda detesta à su marido tanto ò mas que èl á ella y creo que no quiere ni aun acordarse que ecsiste Riberpré.

—Perfectamente. Mas eso no impide para que ella sea su muger legítima... y si Mr. Riberprè mañana ù otro dia faltáse... lo que puede suceder el dia menos pensado; porque la muerte es un tributo terrible de nuestra na-

turaleza; se presentaria esa muger asistida de todos sus derechos y os plantaria en la calle con vuestra hija Elvina, posesionàndose ella de todo. Habeis pensado en esto alguna vez detenidamente?

—Oh! siempre estoy pensando en eso.... en eso, que me quita el reposo durante el dia y el sueño por la noche.

Y la hermosa Camila inclinò su frente hàcia la tierra.

—Pues bien, amada mia, cuando se prevee una gran desgracia... un acontecimiento que puede destruirnos, es preciso prevenirnos, y hacer todo lo posible por contra-restar su furibundo empuje.

—Y còmo?.. cómo?.. Oh! si eso se pudiera... si hubiera algun medio...

—Siempre los hay para las gentes diestras y valerosas... para esos corazones firmes que marchan derechos al objeto sin inquietarse de los obstàculos que pueden encontrar en su camino. No tendreis, vida mia, un corazon de este temple?.. Entonces os he juzgado mal á primera vista.

—No, Santa-Lucìa, no me habeis juzgado mal, y creo que nuestras simpatías nacen de la unanimidad de nuestros sentimientos.

—Lo creo asi tambien, y nos amamos qui-

zá por eso mismo... Nos comprendèmos... nò es verdad?.. Pues tenèmos los mismos deseos y las mismas esperanzas.

Diciendo esto, Monvillars miraba à Camila como para penetrar en su corazon y sondearlo. Y esta por su parte observara tambien à su amante con una sonrisa casi infernal.

—Si... si, nos entendèmos; continuó Monvillars estrechando entre sus manos los delicados y sonrosados dedos de Camila. Pero para que nos entendámos mejor y podàmos arribar felizmente al objeto, no tendreis nada mas que confiarme? Otros acontecimientos que puedan interesarme? Vámos, hermosa mia, recordadlo todo. No habrá en vuestra vida pasada nada relativo á lo que proyectámos ahora?

Camila palideció y con entrecortada voz contestó:

—Què quereis decirme?.. Por què me preguntais eso?

—Vive Dios! no tembleis. No parece sino que mi pregunta os intimida. Sosegaos, vida mia, no trato de que me confeseis vuestros pecados para absolverlos. Pardiez! eso seria chistoso.

—Ah! Santa-Lucía!

—No, àngel mio, no trato de eso, no

ecsijo que me conteis como ha sido que hayais llegado à vuestra posicion actual... Lo que sencillamente os he preguntado es, si habia alguna cosa que pudiera convenirnos para nuestro plan presente. No es el casaros à toda costa con Mr. Riberprè?.. No es este nuestro deseo?

—Sí, porque entonces seria yo rica... y no apetezco el serlo mas que para hacer vuestra fortuna.

—Lo creo así, y justamente mas, porque en llegando una vez á casaros... teneis mas probabilidad de enviudar y...

Una rápida mirada que cambiaron Camila y Monvillars, acabó de esclarecer la idea. El jóven levantóse y paseándose aceleradamente por el gabinete, esclamò:

—El negocio es bastante fácil. Solamente hay un obstàculo. La muger no importa nada... la hija sì que es preciso que desaparezca... que no haya mas heredero forzoso que la amable Elvina... No es eso, amor mio?

—Sì, eso es... pero me horrorizo de pensarlo... respondiò Camila temblando.

—Ya! eso es porque mirais el asunto muy alarmante... pero no hay cosa mas fácil que robar á una jòven y decir luego que ha fallecido... Es un negocio sumamente fácil.

—Ah! ya lo comprendo...

—En seguida, para que el banquero pueda casarse, es menester que antes enviude...

—En cuanto á su muger... os la abandono completamente.

—Muy bien... Pero estais cierta de que no tiene en el mundo apoyo ni protectores?.. No le conoceis parientes ni amigos que velen sobre ella?

—Oh! Dios mio! sí... Se me ha olvidado hablaros de un anciano abogado llamado Duvalin. Un amigo intimo del padre de esa muger... que la proteje y la defiende. El es el que ha obligado à Riberpré à aumentar la pension que les tubiera asignada. Ese Duvalin viene algunas veces à ver á Riberpré; y si vierais como me trata, con el mayor desprecio y afrenta.

—Y por qué el banquero lo recibe en su casa?

—Porqué Mr. Duvalin tiene muchas relaciones, está muy bien acreditado y Mr. Riberprè le tiene miedo... Pero creo no volverá mas; porque en la ùltima entrevista que tuvieron, parece que se acaloraron demasiado y se profirieron palabras de rompimiento.

—Tanto mejor. Además ese viejo Duvalin no me inquieta... lo que nececito encontrar

es, á esa muger... ¿Continúa llevando aun el nombre de su marido?

—No, se lo ha quitado... Me parece eso original.

—En efecto, es un procedimiento bastante raro.

—En el dia se llama madama Clermont.

—Madama Clermont; está bien, no se me olvidarà. Y en qué pueblo está parando?

—En Corbeil.

Al nombre de Corbeil, Monvillars paró su acelerado paseo; y pálido y tembloroso clavó sus ojos en el suelo y murmurò:

—Ah! es en... en... Corbeil... donde... ella vive?

—Sí; contestó Camila vivamente sorprendida del cambio repentino que acababa de operarse en las facciones de su amante. En Corbeil... que está à doce leguas de Paris y que podeis llegar á él en un momento, por los caminos de hierro. Conoceis tal vez esa aldea?

—No... Sì... es decir, he pasado por ese pueblo... una vez y...

—Teneis allì algo que os amedrente? Cualquiera lo creeria al ver la emocion tan terrible que de pronto os ha sobrecojido. Será quizá... alguna amante... y...

Los ojos radiantes de Camila se fijaron so-

bre Monvillars con celoso impulso. Mas este, tratando de disimular su turbacion, contestó aunque con entrecortado acento:

—Os aseguro que no conozco allí à nadie... os engañais... yo no me he conmovido por cierto...

—De veras? pues vuestra voz està alteradísima.

—Os repito que os engañais.

—Perdonad, amigo mio, siento incomodaros.

—Y quien os ha dicho que me incomodais?

—Dejémos ya eso. Ireis cuanto antes à Corbeil y empezareis la marcha del negocio.

—Sí, sì, irè... es decir... iré cuando vea la ocasion favorable... no es bueno atropellar las cosas; pues las mas veces ellas de por sì marchan solas.

Camila vuelve á mirar otra vez sorprendida á Monvillars; mas viendo que à este le contraria tanta observacion, vuelve la vista hacia otra parte y replica:

—Bien, vos lo hareis como mejor os parezca... mi suerte está en vuestras manos, yo me entrego à vos con entera confianza.

—Sì, confiad en mi... vuestro interès es el mio propio.

El tiempo ha pasado estraordinariameute

Camila levantase y poniéndose su capota y esclavina, dice á su amado:

—No puedo detenerme mas... es preciso que esté en casa antes que Riberpré.

—Pero no vá él á la bolsa?

—Sí, pero vuelve antes de las seis... Habrá cabriolés por aquí cerca?

—Quereis que vaya yo á buscaros alguno?

—No, dejémoslo: asi como asi, ya es de noche y no me verá nadie... espero estar en casa en un momento.

—Entonces. A Dios, hasta la vista.

—Sí, hasta mañana que vayais á vernos.

—No quisiera; pues recelo no sospeche...

—Que han de sospechar!... Además, no recibimos á infinitos caballeros?.. Vos sereis uno de tantos. Y sobre todo, el dia que no os veo no vivo.

—Pues hasta mañana, hermosa mia.

—Hasta mañana.

Camila se precipitó mas de una vez en los brazos de su amado, que tambien la estrechó contra su pecho con profusion y alborozo. Despues Camila bajó la escalera, desapareciendo bien pronto hasta el leve ruido de sus pasos.

Entonces Monvillars vuelve á cerrar su puerta y corriendo á su lecho, se recuesta en él. Mas su fisonomía es sombría y su mirada

meditativa. Recostado pues en su cama y componiéndose el cabello, esclamó:

—Que fatalidad que sea en Corbeil donde viva esa muger!.. Que acontecimiento tan funesto... Además, yo me alarmo tontamente. Qué puedo recelar en Corbeil? Nada. Solo he pasado una noche por èl y bajo el nombre del conde de Norbelle... Pero aquel hombre... aquel miserable... aquel mendigo que me espiaba mientras el duelo... al que le dí el oro... si me encontrára... no hay duda que me reconoceria... él debiò mirarme... ecsaminarme con cuidado... mientras yo apenas lo vì; pues tenia mis ojos fijos en la tierra... Pero què sabemos? tal vez ese pordiosero no estè ya allí; pues esas gentes corren las aldeas y los cortijos para buscar su vida. Es probable que no estarà ya en Corbeil. Sin embargo, es indispensable encontrar à esa madama Clermont y hacer que desaparezca con su hija... Pero Corbeil! Corbeil! yo que habia jurado no volver á pisar mas tus arenas... Pero es indispensable, mi suerte pende de este negocio, manejado con tino... Y yo que creia á Camila lagítima consorte del banquero y me figuraba que el asunto iria en popa... marcharia de por sí solo... Y esa imbècil de Fortincourt que se imagina conoce à las gentes, y que maldito si

sabe nada... Zopenco! los ve unidos y al momento ya los cree por eso casados! como sino hubiera mil medios de unirse sin necesidad del matrimonio... Pues señor, ya veo que dentro de poco no hay en Paris á quien creer ni de quien fiarse.

Y Monvillars, dando media vuelta, pareció sumirse en un letargo profundo.

13.

Sospechas, celos y desconfianza.

El invierno se presentaba en Paris como siempre, es decir, acompañado de tertulias suntuosas y de bailes brillantísimos (se entiende que se presentaba asi, para la gente de dinero; pues para el pobre, el invierno no se presentaba sino como una estacion de frio, de hambre y de miserias...) Que contraste!!!.. El juego rejuvenecia con furor y en medio de todo esto, las intrigas se cruzaban, sucedian y preparaban de nuevo. Intrigas de amor, sobre todo; por

que esas son las peculiares á todos los tiempos, á todos los paises y á todas las clases. La única idea de la muger, es agradar y amar, y si los hombres ambicionan tìtulos, fortuna y poderio, no es tambien mas que para satisfacer sus pasiones por las mugeres.

Entre todas las casas que descollaran en Paris por sus reuniones y bailes suntuosos, la que mas se distinguia, la que se llevaba la palma, era la del banquero Riberpré. Muy rara era la semana que se pasara, sin que el opulento parisiense diera una brillante reunion. Despues de sus relaciones con Monvillars, Camila inventaba cada dia un nuevo motivo de reunion. Preferia ella mejor tenerlas en su casa, que ir á buscarlas fuera. Por otra parte, á pesar de lo relacionado que estaba Mr. Fortincourt, Monvillars no podia concurrir á todas las reuniones que asistiera su querida: además, esta muger no se encontraba bien mas que en su casa. En ella le era mas fácil aprocsimarse à su amante, hablarle y cambiar con él esas frases inniteligibles para el mundo y que, sin embargo, son un lenguaje del corazon. No hay duna que la dueña de una casa tiene derecho de ir, venir y recorrer las habitaciones y luego que Mr. Riberprè estaba en la mesa del juego, lurgo que Elvina cantaba y se acompa-

ñaba en el piano, la ardorosa Camila no dejaba de aprocsimarse á Monvillars.

Muchas personas concurrieran á casa del banquero para que la frecuencia de Monvillars se notara y sospechara. Desgraciadamente las mugeres no saben, las mas veces, ocultar el secreto de su corazon, sobre todo, cuando no es un capricho el que las conmueve. En la edad de Camila, el amor no es una simple galanteria; es una pasion que absorve y domina à todas las demàs y que despóticamente gobierna el corazon del cual se ha posesionado. Una muger de cuarenta años, sabe que las conquistas son mas difíciles, y por eso mismo redobla sus esfuerzos para que la primera que se presente, no se le escape tan fácilmente; Camila tenia cuarenta años, apesar de no representar sino treinta y cinco.

La madre de Elvina no era novicia en esto de intrigas amorosas; pero hasta la mas refinada coqueta se conmueve y sonroja, cuando vè al hombre que ama. Apesar de todas las precausiones, apesar de todos los cuidados que quiera uno poner para engañar y desorientar á los que nos rodean, hay no obstante ciertas pequeñeces que no se escapan á los ojos menos escrutadores, y que revelan, sin querer, lo que ocultamos con tanto empeño. La emocion que

no somos dueños de reprimir, la infleccion y sonido de la voz que está alterada y otras cosas por el estilo, son revelaciones fieles é imprevistas.

Una muger ama en secreto, y aunque no quiera, la vista del objeto amado la conmueve y la afecta, y para ojos duchos y perspicaces, la mas ligera circunstancia, es una revelacion de lo que siente el corazon... Es verdad que no todos entienden de esto, ni tampoco conocen esta circunstancia.

No obstante, con Mr. Riberpré habia que redoblar la prudencia; de un carácter sospechoso y desconfiado, jamás habia creido en la fidelidad y virtud de las mugeres; siempre receloso é importuno, conceptuaba á la muger, como una de tantas cosas criadas para el regalo del hombre y no como una buena compañera de felicidad é infortunio, por consiguiente era bien dificil el engañarlo.

Mas cierto convencimiento le hacia confiar en su querida: no en la virtud de Camila (ya hemos dicho que para él estas cosas eran cuentos de camino) sino en la posicion que disfrutaba. Camila no era su muger legìtima; era su querida; por consiguiente, á la menor sospecha, podia rechazarla de su lado; y como entonces la altiva y orgullosa Camila hubiera per-

dído la brillante posicion que en la sociedad tubiera, no la conceptuaba tan loca como para que arriesgara su porvenir. De consiguiente, era su propio interés el que la prescribia las reglas del honor. El banquero tenia razon para pensar que solo el interés es el único móvil de todas las acciones del hombre; pero se engañaba con respecto al bello secso, ignoraba que el corazon de la muger sacrifica cuanto hay en el mundo por la pasion que lo devora, y que los intereses mas grandes, son nada para ella camparado con el objeto de su amor.

Para que las frecuentes visitas de Monvillars fueran menos notadas, Camila habia tenido cuidado de convidar tambien á otros sujetos, para que la reunion diaria fuera algo numerosa... Mr. Fortincourt habia sido uno de los primeros inscriptos en la lista de las visitas cotidianas; parece inùtil decir, que èl se habia apresurado à aceptar el ofrecimiento creyéndolo un medio seguro para terminar la conquista de la hija ó de la madre.

Al dia siguiente de una gran reunion dada en casa del banquero, Mr. Riberpré habia dicho que pasaria toda la noche en una brillante tertúlia, donde solia ir de vez en cuando.

Aquella misma noche, en el gabinete reservado para las reuniones de los amigos de

confianza, se veia un grupo compuesto de los personajes siguientes: Camila y su hija, Mr. Fortincourt, un viejo almibarado, llamado Mr. Serinet, un jóven alto, guapo y arrogante, llamado Julio Savignon y Monvillars; astro favorito, al rededor del cual giraban todos los demás planetas de la tertúlia.

Julio de Savignon era un bello mozo; pero desprovista su hermosura de esa espresion que atrae y fascina y su frialdad è indolencia revelaba al punto su escaso entendimiento.

La reunion apenas empezaba. Mr. de Savignon cantaba, con maldito el gusto, el aria de tenor de la Ipermestra que la jòven Elvina le acompañaba con el piano. El viejo almibarado llevaba el compàs con su junquillo y Fortincourt, al lado de la jòven, la fastidiaba con sus elojios y piropos. En cuanto á Monvillars y Camila, sentados en un sofá léjos del piano, hablaban á mas no poder y se estrechaban y miraban mutuamente.

En este momento se abrió la puerta del salon y Mr. Riberprè (á quien no esperaban aquella noche) entrò repentinamente en el gabinete.

Elvina, al ver á su padre, dió un grito de alegria. MM. Serinet y Fortincourt, suspendieron, el uno el compás y el otro su ga-

lanteo: el bello Savignon inclinò la cabeza y siguió cantando. Monvillars levantóse repentinamente del sofá y corriò al banquero, à quien presentó su mano: este la estrechó con indiferencia, mientras Camila, trémula y temblorosa, no pudo proferir una palabra.

De una sola ojeada viò Riberprè la posicion que cada cual ocupara. Por la primera vez de su vida oscureciose su frente y su boca moviose convulsivamente.

—Còmo! aquí vos, amigo mio? preguntó Camila esforzándose por sonreir con desahogo y tranquilidad. Esta es una sorpresa que nos preparábais. Yo os creia toda la noche en vuestra tertúlia.

—Sí, bien sabia yo que no me esperábais, señora, contestó el banquero con un acento burlon é irònico y dejàndose caer en una butaca.

Camila desentendiéndose de que lo habia comprendido, repuso con esquisita flema:

—Ya veis que favorecidos estàmos... Estos señores se complacen en pasar el rato con nuestra Elvina, tocando y cantando; mientras que vos nos abandonais por vuestra tertúlia... Pero os perdono porque habeis venido temprano y nos acompañareis à tomar el té.

—Ah! diablo! diablo! murmuró Fortin-

court al oido de Serinet. Mr. Riberpré se aparece repentinamente... cuando no lo aguardan... digo! fiaos de un marido que se hace el inocente. Un español celoso no se hubiera conducido de otro modo. Esto me recuerda una anécdota de una dama que queria engañar á su marido y para lograrlo esperò que este fuera à cazar ó à pescar... ¿que os parece, iria à pescar ò à cazar?.. El era apasionado por la caza.

—Pues iria à cazar.

—En efecto, fué á cazar y... De què estaba yo hablando? No me acuerdo. Mas no le hace.

—Mr. Fortincourt, dijo Camila, preferimos el ignorar la conclusion de la anècdota: hay oidos entre nosotros que no deben oirla.

—Ah! pernodad, bella dama... En efecto, he sido algo impertinente... Ademàs, la anècdota puede decirse... trata de aquellas cosas que todos los dias estàn sucediendo.

Monvillars que se habia sentado á un estremo del piano, habia notado el aire sospechoso dal banquero y se esforzaba por aparentar una fisonomía como la de Julio Savignon; pero le era bien dificil. Hay personas que por mas que se esfuerzan por parecer inocentes y francas, aumentan mas su supercheria y arrogancia.

—Como es que tan pronto habeis abandonado vuestra tertúlia? preguntò Mr. Serinet á Riberpré.

Este, aparentando un aire de completa satisfaccion, contestò:

—Empezaron con disputas de partidos... hablaron de política y tratáron de averiguar la opinion de cada tertuliante... Esto me incomodó bastante y los he dejado con sus polèmicas. Pero me alegro infinito de haberlo hecho así, cuando encuentro en mi casa una tan brillante compañía.

—Sí, señor, replicó Fortincourt, nosotros somos rendidos admiradores de vuestra señora é hija y no podémos dejar de pasar una noche sin obsequiarlas y galantearlas.

—Haceis perfectamente, señores, mucho mas, cuando me parece que estas señoras no son insensibles á vuestros galanteos.

El banquero recalcò estas últimas palabras, lanzando una mirada irónica á Camila. Monvillars hubiera querido mezclarse en esta conversacion; pues veia que su silencio, podia ser interpretado sospechosamente; mas Mr. Riberpré repuso en seguida, haciéndose el amable:

—Pero cuando entré estábais cantando: que mi presencia no sirva de impedimento: yo no

soy por cierto enemigo de la mùsica.

—Y que Mr. de Savignon tiene una escelente voz ; interrumpiò Camila jugueteando con sus tumbagas.

—Oh! està noche estoy ronquìsimo y luego esta música de Donizetti es tan dificil , que sino fuera asi... el aria de *la Favorita* la canto yo sublimemente... Pero la señorita toca tan de prisa!..

—Yo , caballero , no hago mas que seguiros ; contestó Elvinita algo picada: y no es culpa mia si haceis calderon (1) en cada compás.

—Ah! bravo! bien! esclamó Fortincourt riendo: la respuesta es deliciosa... y sois digno de ella , Sevignon. Já! já! já!.. calderon en cada compás. Eso me recuerda un músico italiano que tenia una voz tan tonante y hueca, que cada vez que cantaba en su cuarto rechinaban los cristales, y las mas veces saltaban estos en pedazos. Y qué sucedia? que iban à oirlo y... ¿De què estaba yo hablando? No me acuerdo... Mas no le hace. Y vos , divina criatura , no cantareis nada esta noche?

Estas palabras fueron dirijidas á Elvina;

---

[1] Una figura de la música que sirve para suspender el compás.

que haciéndole una mueca á Fortincourt, meneò la cabeza negativamente; mientras que su madre respondiò:

—Su voz no está formada aun y su maestro de mùsica dice que no es bueno forzarla.

—Tiene razon... mil veces razon; murmuró el viejo almibarado Mr. Serinet. Si á mí no me hubieran forzado, en el dia tendria una voz de tenor absoluto; pero mi padre, teniendo yo catorce años, se empeñó en que habia de cantar la Efigeuïa, y yo entonces por hacer un bemol, hice un becuadro y perdí mis medios para siempre.

—Y os habeis quedado con la voz de una rata cuando la pisan, esclamò Julio Savignon riendo terriblemente.

Monvillars que hasta ahora no habia encontrado pié para mezclarse en la conversacion, se echò à reir tambien; mientras que Riberpré, mirándolo con socarroneria, le preguntò:

—Sois tambien mùsico, Mr. de Santa-Lucía?

—No, señor, no poseo ese talento; me gusta mucho la música; pero en un concierto no sirvo mas que para oir.

—Vámos, ya es algo... en la sociedad es una gran fortuna no saber hacer nada. Eso os dà derecho de que hagais lo que mejor se os

antoje: Nadie se ocuparà de vos, mientras que podeis escojer el sitio que mejor os parezca y poneros al lado de la que os guste... y asi sacais mas partido y adelantais mas.

Monvillars forzó una ligera sonrisa. Camila, encontrándose mal en su asiento, levantóse, y para disimular su turbacion, và á arreglar el peinado de su hija Elvina, que abandona su rubia cabellera al disimulo de su madre. Felizmente Mr. Julio de Savignon propone una partida de trecillo. El banquero que es apasionadisimo al juego, acepta la proposicion y Monvillars, disimulando la alegría que le causa aquella nueva, dice que está dispuesto à todo lo que los demás deseen.

Camila prepara la mesa del juego. Pronto todos los caballeros se sientan à su rededor, escepto el viejo almibarado, que no juega por razon de su salud; pues decia que no podia tomar las cartas en la mano, sin que cambiara al momento las copas con los oros. Las malas lenguas añadian á esto, que efectivamente este señor hacia lo mismo con todas las cosas, cambiando é invirtiendo todo. ¡Angelìto! ¡que vértigos tan crueles!

Al sentarse á jugar con Riberpré, Monvillars, preguntóse si debia dejar ganar al banquero para que recobrara su buen humor.

Pero imaginó que no defendiendo é todo trance su dinero, tal vez sospechara el banquero sus ideas y fuera entonces peor. El resultado de estas reflecsiones fué que debia ganar; pues esta conclusion se avenia à la vez con sus gustos é intereses y para lograr este objeto, pone en juego su afortunada astusia.

La partida en un principio era á un tanto moderada; pero pronto los que pierden se animan y Riberprè es de los mas desgraciados aquella noche. Julio de Savignon, para hacer alarde de hombre de posibles y creyendo què, es buen tono jugar mucho, pierde con una sangre fria digna de un inglés. La mesa se cubre de oro y hasta las fichas de marfil representan cantidades considerables. Sea suerte, sea destreza, Monvillars lo gana todo, escepto algunos cien francos que se lleva Fortincourt.

Camila mira de vez en cuando el grupo de jugadores y sus ojos se encuentran con los de Riberpré, que arrugando el entrecejo y mordiéndose los làbios, se frotaba las manos de impaciencia.

—Mr. de Savignon, no estàmos de suerte esta noche; esclamò el banquero.

—Es verdad, caballero, pero el juego es una broma... siempre no se ha de ganar. Lo que es yo, pierdo continuamente.

—Me parece que cambiando de náipes tambien cambiariamos de fortuna. Camila, haced que traigan otras cartas.

—Este diablo de Riberpré es supersticioso, murmurò Fortincourt. Quiere cambiar de cartas con la esperanza de cambiar de fortuna.

—Y por què no?

—El señor tiene razon, dijo Monvillars, y en su lugar haria yo otro tanto.

—En cuanto á eso cada uno tiene sus ideas, yo no trato de oponerme; pero ya veis, Mr. Riberpré, que en el juego soy atrevidisimo.

—Sin embargo aventurais bien poco.

—Por prudencia... es una locura aventurar tanto oro como hacen ustedes... Sobre todo, mi amigo Santa Lucía es un intrépido... Querido, vos no debeis tener el corazon gordo.

—Por qué, amigo mio?

—Porque el corazon gordo no lo tienen mas que las gentes tímidas y pusilánimes. No me acuerdo bien que doctor anatòmico es el que dice que él ha encontrado corazones que han pasado de dos y tres libras de peso... El de la reina Maria de Medicis, cuentan que era por este estilo... Pobre muger!... Padecia mil quebrantos é inquietudes, y todo por tener el corazon gordo en demasia y entonces... ¿De què estaba yo hablando? No me acuerdo. Pe-

ro no le hace... Venga una taza de té y puede ser que lo recuerde.

Durante la anécdota de los corazones gordos de Fortincourt, habian traido las tazas y el tè y habian variado de cartas.

—Veamos si ahora el señor tambien nos gana, dijo Riberprè empezando de nuevo la partida.

—Sois vos el que ganais esta noche, Mr. de Santa-Lucìa? preguntò Camila sirviéndo el té á Monvillars.

—Sí, señora, juego hoy con una fortuna que me pasma... mucho mas cuando siempre por lo general pierdo.

—Pues amigo, repuso Fortincourt, creo que eso serà muy rara la vez, supuesto que siempre que os he visto jugar, siempre habeis ganado. Pero tened cuidado, querido, que esa fortuna os costarà cara... ya sabeis el refran: «Dichoso en el juego desgraciado en amor.»

—Los refranes mienten las mas veces, dijo Riberprè con cierta pretencion y mordiéndose los lábios.

Camila llenò las tazas de todos, escepto la de Mr. Serinet que rehusò el obsequio, pretestando que èl no bebia mas que café y esto diez tazas cada dia.

—Lo rehusa porque querrá imitar á Voltai-

re, murmurò Fortincourt soplando su tè. Este viejo almibarado debe ser original... Tomar diez tazas de café al dia! y padeciendo esos vértigos tan crueles!

—Señorita, continuò Serinet, dirigiéndose á Elvina, apuesto cualquier cosa à que no sabeis el origen del cafè.

—Oh! No, caballero, lo ignoro, contestò la jòven; pero què quereis? yo no puedo saberlo todo.

—Tiempo tienes de instruirte, vida mia, replicò Camila acariciando á su hija. Vámos, Mr. Serinet, contádnoslo y lo sabrémos.

—Lo contaré tal como lo he leido en las *Memorias de la Academia de las ciencias*. En cierta parte de la Arabia, habia un monasterio de religiosos; en el jardin del convento habia, entre otros àrboles, el del café. El prior habia notado que las cabras que comian de aquellos granos, tenian una ligereza atroz, y resolvió servirse de aquellos mismos granos para despertar á sus monges, que siempre se dormian en los maytines. En efecto, despues de haberse servido del cafè, observó que los monges estaban mas activos, mas vigorosos y mas desvelados; y asi es, como dicen que empezó à tomarse el cafè, costumbre que poco despues llegò á ser universal.

—Ah! que preciosa! es esa anécdota; siempre me acordarè de ella... esclamò la jòven Elvina.

—Sí, hija mia, apréndela, repuso Camila sonriéndose, là prefiero á la de los corazones gordos que ha contado Mr. Fortincourt.

El juego seguia cada vez mas fuerte El banquero perdía siempre y Monvillars que habia tomado todo su aplomo y sangre fria, continuaba aumentando sus ganancias. La bella Camila que se habia puesto tras de la silla de Riberpré, bien podia haber cambiado algunas miradas con Monvillers, que tenia en frente; pero Santa-Lucìa veia que el banquero no quitaba los ojos de èl y conociò no era prudente contestar por entonces á Camila.

—Teneis otra historieta que contarme, Mr. Serinet? preguntó Elvina sentàndose al lado del viejo almibarado. Ya he tocado bastante el piano y me fastidio de ver jugar.

—Yo seria sumamente dichoso en complaceros, bella jóven, contestó el vejete mirando à su reloj; pero van á dar las once y es la hora que tengo por costumbre el recojerme.

—Oh! por una vez, infringid la regla... sacrificad hoy siquiera diez minutos... Qué son diez minutos?

—Nada, para vos, señorita, que empezais

ahora á vivir: pero para mì que me voy ya desertando de este mundo, es mucho. Pero no importa, os complaceré y harè por vos un sacrificio. Ya os he hablado del origen del café: hablémos ahora de otras cosas que os gustarán y divertiran; mas como tierna jòven, hablèmos de pájaros; por ejemplo, de las golondrinas. Sabeis perfectamente que ellas nos anuncian la vuelta de la primavera, que en su modo de volar se conoce si la tempestad está léjos ò cerca, que sus nidos son respetados y se conceptuan felices las casas en donde los hacen; pero à que no sabeis qué es lo que hacen las golondrinas de Suecia cuando se aprocsima el invierno?

—No, señor, no lo sé; contestó la jòven mirando candidamente al viejo almibarado. Què es lo que hacen esas pobrecitas golondrinas para no morirse de frio? Oh! decidmelo, Mr. Serinet.

—Ya sabèmos que Mr. Serinet es el amante de mi hija, dijo Camila procurando cambiar una mirada con Monvillars y aprocsimándose à la mesa del juego.

—Oh! no lo temo. Ella á quien prefiere es à mì; murmuró Mr. Fortincourt.

Los demàs jugadores estaban indiferentes á cuanto pasara à su rededor.

—Señorita, continuò Mr. Serinet, las golondrinas de la Suecia, á los alrededores del invierno, se apiñan unas con otras y se meten en los lagos; allì se quedan dormidas è inanimadas entre la nieve hasta la vuelta de la primavera. Entonces por la nueva calor reviven y salen del agua volando á bandadas. Ved aquí porque cuando los lágos están helados se vé sobre la nieve, de sitio en sitio, unas manchas negras, que no son otra cosa que camadas de golondrinas. En otros paises se ocultan en las cavernas que naturalmente hay abiertas entre las rocas. Como hay tantas grutas de estas, á orillas del Oder (1), durante el invierno se ven pelotones de golondrinas muertas, en la apariencia, colgando de las peñas como racimos de uvas. Aseguran que en Italia sucede lo mismo.

—Oh! que cosa tan singular! esclamó Elvina juntando las manos. Ah! yo quisiera ir à esas cavernas para cojer á las pobrecitas golon-

---

[1] Rio de Alemania; nace en la Silesia, atraviesa el Brandemburg y la Pomerania; desemboca en el mar Báltico y recibe su corriente al Neisse y al Warta, que vienen de Polonia.

[N. del T.]

drinas para que no se mueran de frio... Mamà... mamá, lo has oido?

—Sí, en efecto, es una cosa bien rara en verdad: buscad el calor entre la misma nieve!!

Pocos momentos despues, el viejo almibarado abandonò la reunion y Elvina retiróse á su aposento dando las buenas noches à su mamà y estrechándola contra su pecho. Lo que es de su papà no se despidió; sabia muy bien que el banquero no le gustaba que lo molestáran cuando estaba jugando.

Camila quedòse sola con los jugadores que parecian mas obstinados en prolongar la partida. Ya era la hora en que ella acostumbraba à recojerse. No obstante, esta noche le costaba infinito trabajo el retirarse; porque habiendo sido sorprendida repentinamente por la vuelta del banquero, no habia podido citar á su amante para el dia siguiente. Por signos que tenian convenidos, podia hacer comprender á Monvillars que al otro dia se verian; mas era imposible: Riberpré no apartaba los ojos de ella, ni de Monvillars; y cualquiera gesto, cualquiera seña, por insignificante que hubiera sido, podia haberla perdido para siempre. No habia medio: Camila tuvo que conformarse con dar, en general, las buenas noches y retirarse á su dormitorio.

Allì, en vez de recojerse y entregarse al reposo de un dulce sueño, púsose una elegante bata, tomò un libro y sentóse á leer junto á su lecho, con la cabeza apoyada en las almohadas. Sabia que antes de recojerse vendria Riberprè á hacerle una visita. No era por cierto el libro que en su mano tuviera el mejor calmante para sosegar su angustiado pecho. Mil pasiones agitaban á Camila, y en sus miradas errantes y angustiadas, leyérase, con facilidad, el fomento de un amor devorador. Los recuerdos de aquella noche le hacian temblar, pensando cual seria su porvenir.

Dieron las doce: luego la media: despues la una. Nadie aparece por su aposento y aplicando con avidez el oido, òyese en el salon bajo el ruido de los jugadores, que parecen no han de concluir nunca. No le hace: Camila aguardará.

En fin, à las dos menos cuarto se oye el ruido de puertas y de voces: no hay que dudar; la compañìa se ha retirado. Poco despues se sienten pasos mas cerca, Camila abre el libro por el fin y aparenta leer con enagenamiento. No han pasado tres minutos y la mampara del gabinete entreabrièndose, ha dado paso al banquero.

—Qué! señora, todavia no os habeis reco-

jido? preguntó Riberpré con aire contrariado.

—No, amigo mio, estaba leyendo en este libro qus me interesa mucho y queria concluirlo antes de acostarme... Pero entrad, venid, y sentaos aqui, á mi lado, no os quedeis ahi de planton... Me teneis miedo quizà?

Estas palabras fueron acompañadas de una sonrisa provocativa que estaba en perfecta relacion con su medio desnudo cuerpo.

El banquero no contestó nada, pero se sentó al lado de Camila.

—Y bien, como ha quedado la partida?... Cuando me retirè estaba muy animada... y sentia alejarme por eso mismo. Yo no sè lo que tiene ver una mesa cubierta de oro que aunque una no sea jugadora siente... unas emociones, un desasosiego!

—He perdido... sì; me alucinè demasiado y he perdído dos mil ochocientos francos; y Mr. de Savignon cuatro mil... Mr. de Santa-Lucìa es el que ha ganado à todos. No hay duda, que es afortunado ese caballero.

—Pero, amigo mio, aventurar tanto dinero! Oh! haceis muy mal.

—Lo he hecho mas bien por distraerme... No esperaba esta noche encontrar en mi casa á nadie!

—Pero sabeis lo que tiene, que si hoy ha-

beis perdído, otro ganareis doble y os desquitareis.

—Pero no me habeis entendido? Parece que teneis muchas visitas.

—Oh Dios mio! esos señores han venido para pasar el rato... Si los he admitido es para que nuestra Elvina se distraiga.

—Ese... Santa-Lucía que no hace mas que dos meses que lo conocèmos, y lo veo ya hasta en las visitas de confianza. Me parecé que tanta franqueza no está bien. No lo pensais vos asi tambien?

—Merece disculpa. Ese caballero no encuentra distraccion mas que en nuestra casa... volvìa de viajar cuando Mr. Fortincourt lo presento y no tiene en Paris mas relaciones que nosotros. Yo no veo nada de particular en esto.

—Y qué, no podrian sus visitas tener otro objeto?

—No comprendo...

—Cuando un jóven frecuenta mucho una casa... Pero, señora, os haceis la tonta? Bien sabeis que es una muger la que lo atrae... En fin, creeis que no noté yo cuando entré que estábais los dos sentados en el sofá, bien léjos del piano, donde estaban los demás?

Riberpré que se iba animando gradual-

mente, pronunciò estas palabras con terrible còlera.

Camila lo miró à la cara, lo contempló y soltó una estrepitòsa carcajada.

Esta risa tan de corazon desconcertó al banquero.

—Què! señora, os reis? Me parece que bastante sèrio os hablo.

—Já! já! já! já!

—Señora, me insultais.

—Oh! dejadme reir, amigo mio, os lo ruego. Es posible que me digais eso sério?.. já! já! já! Creeis que ese jóven me ame? já! já! já! Vàmos, Riberprè, estais chistoso... já! já! já! He hecho esa conquista?

—Y qué tiene eso de estraño, señora?

—Estais loco, amigo mio?.. Ese jóven de veinte y cinco à veinte y seis años, puede pensar en mì?.. Vàmos, delirais. Y creeis quizás que yo escucharia las galanterias de ese hombre, cuando, bien lo sabeis, desde que estoy à vuestro lado os guardo la mas ciega fidelidad... Ah! dejadme reir! pues no hay duda que, os habeis querido divertir conmigo.

Las sospechas de Riberprè empezaron á disiparse y comprendiéndolo Camila, acabó de dar el último golpe.

—Ademàs, amigo mio, teneis razon. En

efecto, yo tambien lo he notado; Mr. de Santa-Lucìa viene muy amenudo, con demasiada frecuencia... Sí, no hay duda, y vos me recordais ciertas circunstancias... inocentes en la apariencia y las que habia dejado pasar desapercibidas... pero ahora que me lo recordais tengo de prestar atencion, y espero descubrirlo todo.

—Qué circunstancias son esas?

— Escuchadme, esplicaré lo que se me ha figurado, lo cual no está tan descaminado como lo que habeis imaginado vos. Tenèmos una hija linda cual ella sola... porque no hay duda que mi Elvina es hermosa. Ya! pero vos no habeis notado eso: la amais tan poco!

—Por qué me decis eso señora? Bien sabeis que yo amo à esa niña de corazon. Podeis dudarlo? dijo el banquero acariciando à Camila y con voz humilde. Pero no creo que Mr. de Santa-Lucìa se haya enamorado de ella?

—Y por qué no? Nuestra Elvina tiene quince años y ocho meses. Cuantas jóvenes hay que se casan de menor edad!

—Me parece imposible!

—Yo lo he visto horas enteras contemplando á nuestra hija.

—Y dicen que ese caballero es muy rico... Pues como sea lo que decis, no hay que des-

perdiciar tan buen partido... Pero Elvina es tan inocentona!

—Eso no es falta: hay hombres que adoran esta sencillez... esas maneras de espresarse... Por último, Elvina es vuestra hija, vos sois riquìsimo en estremo, todo el mundo lo sabe y la juzgan un buen partido. Pero ignoran que esa pobre niña se encuentra en una posicion... bastante desgraciada... y que tal vez en lugar de esa fortuna que le suponen... no tendrà mas que el amor de su madre, que no le faltará nunca.

Estas palabras fueron acompañadas de hondos suspiros y amargas lágrimas. El pobre banquero cayó en la ratonera: llorò tambien y abrazando á Camila, prometióla no la abandonaria nunca y haria la fortuna de su hija.

En cuanto à sus celos, con respecto á Monvillars, se desvanecieron como el humo, y el mismo Riberpré se preguntaba como era que habia podido concebir semejantes ideas.

Por último, Camila se diò trazas para que el banquero arrodillado á sus pies le pidiera perdon de sus sospechas criminales.

Oh! mugeres! mugeres! siempre habeis de ser vosotras el mòvil de nuestra vida?

14.

Descubrimiento importante.

Han pasado dos dias enteros sin que Camila haya podido encontrar un momento favorable para ir á ver à su amante.

El banquero ha adjurado de sus celosas sospechas ; sin embargo , no sale ni abandona á Camila un momento. Los celos es como el rayo , que aunque no destruya á nadie, siempre deja la huella de su esterminio.

Por último , al dia tercero , Riberprè saliò à un asunto indispensable y Camila sin

perder un momento se encaminó á toda prisa á la casa de Monvillars que la aguardaba.

—Os hareis cargo de por qué no he venido hasta hoy: dijo Camila. Mr. Riberpré tiene celos de vos y sospecha...

—Lo conocí la otra noche en la figura y mueca que hizo al entrar.

—Me he apresurado à desvanecer sus recelos. ¿Sabeis como?

—Diciendo que yo estaba enamorado de vuestra hija?

—Justamente. Parece, amigo mio, que nos inspira un mismo génio.

—Era lo mas natural lo habrá creido por supuesto.

—Se lo ha figurado. Pero ay! amigo mio, es preciso tener mucho cuidado ; porque á la menor señal , la mas mìnima imprudencia que cometàmos , nos pierde terriblemente... y nos pierde para siempre... Ya lo veis , Mr. Riberpré no me abandona un momento... dos dias enteros no se ha separado de mi lado. Oh! y lo conozco. Conozco que aborrezco á ese hombre; que lo odio, porque me priva que os vea, que os diga que os amo y que os dé pruebas de ello... Ah! lo detesto , sus caricias no las puedo recibir sino con horror... y vos... vos que decis que me amais y no haceis nada por

cambiar mi posicion... nada por apresurar ese momento en que puédamos vernos y estrecharnos sin temores.

La soberbia Camila escitada por el amor y ódio que comprimiera su pecho, tenia las facciones animadas, el seno palpitante, la voz altiva y sus ojos despedian fuego. Las pasiones que la agitaban, la embellecian mas, asi como el furor de la tempestad dà al Océano un aspecto mas imponente.

Monvillars que està infinitamente mas calmado porque no está enamorado, lleva á sus lábios la mano temblorosa de su querida y le dice:

—Vàmos, vámos, calmaos, mala cabeza... Creeis que no desee yo tanto como vos ò mas, ese momento tan precioso?

—Y no habeis estado en Corbeil aun?

—No... porque todavia no tengo bien arreglada la marcha que debo seguir.

—Ah! si tardais mas tiempo, no se qué presentimiento me dice que una gran desgracia nos amenaza... Por què aguardar à que brame el huracan?.. Mr. Riberpré no es de esos hombres fáciles de engañar y ya que he podido hacerlo una vez, seria en vano que yo tentase la segunda... A la menor imprudencia, que es fácil cometerla cuando una a-

ma... perderé el fruto de diez y siete años de disimulo, fingimiento y falsos halagos... por que jamàs he amado à ese hombre, y hoy dia hasta lo maldigo, porque es un obstáculo para veros tanto como yo quisiera... para abrazaros mil veces al dia... y vos permaneceis insensible, frio è inerte. Ah!..

—Señora, dijo Monvillars mirando á Camila con imperio: yo no necesito de lecciones... se muy bien lo que debo hacer y no es menester que me traceis mi conducta.

Casi petrificada queda Camila del modo con que su amante acababa de hablarla y por espacio de buen tiempo no encontraba palabras para responderle. Pero cediendo à su amoroso impulso, se abandonò á èl y estrechàndolo contra su pecho, esclamó:

—Y bien, ya no me amais? Estais incòmodo conmigo? Ah! eso era lo que faltaba para acabar de desesperarme... Ah! perdonadme y abrazadme, ìdolo mio... Oh! malvado, no sufris la menor observacion siquiera.

Monvillars abrazó á la sumisa Camila y se restableció la paz.

—Que no falteis esta noche, amigo mio, hay gran concierto y vuestra falta pareceria singular.

—Iré.

—Y como que he dicho á Riberpré que galanteais à mi hija...

—Sè lo que debo hacer, señora.

—Sí, en efecto, yo debo confiar en vos ciegamente, amigo mio; pero el amor que me abrasa... los temores que me asedian... las precausiones que debo tomar... todo me alarma y confunde... Ah! tened piedad de mí, pero à Dios, à Dios, hemoso mio: debo estar en casa antes de que el mònstruo vuelva, y no debo perder un instante. Oh! que suplicio! pero à Dios, hasta la noche y miradme de cuando en cuando que encuentre yo mi paciencia en vuestras miradas.

—Yo tambien debo encontrar mi paciencia, que á fé que la voy perdiendo; esclamò Monvillars luego que Camila habia desaparecido. Nada hay mas odioso como son los juramentos y las caricias de una muger que uno no ama. Pero, amigo Monvillars, ánimo, no perdámos ese porvenir dorado que nos espera que mas tarde... se compondrà todo.

. . . . . .

Son muy cerca de las diez de la noche, cuando Monvillars penetra por los suntuosos salones del rico banquero. La reunion es mas numerosa que de costumbre, y es asi, porque à cada reunion que hay se aumentan nuevos pro-

sélitos para la tertúlia del opulento banquero.

Al entrar Monvillars, lanza una mirada en su rededor y sus ojos se fijan en una persona que no le es desconocida; pero que nunca ha visto en casa del banquero.

—Conoce usted, Mr. de Savignon, á aquel jóven que està sentado en aquel rincon? preguntò Monvillars al peripuesto parisiense.

—Cual! aquel que tiene el nudo de la corbata tan mal echado?

—No hablo de su corbata: hablo de su persona.

—Aquel es Mr. Isidoro Marcelay... un buen muchacho... En otro tiempo éramos amigos inseparables; pero el invierno pasado lo perdì de vista, no se donde diablos se metió... Ah! dan la señal para la polka: voy à bailarla, amiguito.

Y Julio de Savignon se alejò con rapidez.

—Isidoro Marcelay!! murmuró Monvillars evocando sus recuerdos.

Todavia no habia acabado de despertar su memoria, cuando el rendido amante de la pura Emelina, encantado de ver una persona conocida en una casa donde venia por la primera vez, corrió hácia ella con graciosa sonrisa.

—Quizá no os acordeis de mì, caballero, dijo Isidoro saludando á Monvillars. No os acor-

dais de haberme visto al principio del estío en casa de madama Mirobelly?.. En la partida de lansquenet?..

—Ah! sí, en efecto, caballero, me acuerdo de eso; contestó Monvillars tomando un aire cortés y amable; creo que os gané todo el dinero y...

—Justamente. Al dia siguiente nos vimos en el jardin de Palais-Royal; pero como desaparecisteis tan súbitamente por la llegada de aquel marido tan celoso que, segun refiriò allí un caballero, os perseguia, porque vos le habiais robado su muger... Pero perdonad, tal vez os incomode...

—Oh! que disparate... esas son ocurrencias que estan sucediendo todos los dias...

—Y como escapasteis con èl?

—Pardiez! nos desafiamos y yo tuve la fortuna de matarlo.

—Diablo! es enojoso por cierto, cuando las cosas llegan à ese estremo. Felizmente todos los maridos no son de ese cuño.

—Es verdad, los hay tambien sumamente *tolerables y disimulados*.

—Pero me parece que en esa época habiais cambiado de nombre... y os llamabais... Voto á brios! que no me acuerdo.

—Sí, habia tomado un nombre guerrero

para seguir mi amorosa intriga.

—Eso es lo mejor para desorientar á todo el mundo.

—Mas en el dia he abjurado de todas estas locuras y llevo mi verdadero nombre... Mr. de Santa-Lucia.

—En efecto, ese es el nombre que os dió un amigo vuestro en Palais-Royal.

—Seria Mr. Fortincourt.

—El mismo, un hombre-mònstruo.

—Lo acertasteis, Mr. Isidoro Marcelay.

—Sabeis mi nombre?

—Lo ignoraba, pero un amigo vuestro me lo ha dicho ahoro poco.

—Quien?

—Aquel que está bailando la polka en este momento.

—Ah! Julio de Savignon... sí es camarada mio... escelente muchacho; pero què no se puede hablar con él cinco minutos seguidos.

—Es la primera vez que venis aquì?

—Sì, es decir, es la primera vez que vengo à los conciertos; pero ya otras veces he visitado la casa.

—Ah! sois amigo particular?

—No, pero un tio mio sostiene un pleito con el señor banquero, y siendo yo, como un agente del tio, me veia obligado á visitar á Ri-

berpré... Mas me ha instado para que concurriera à sus reuniones y he aprovechado sus ofertas.

—Y habeis hecho bien. Los bailes, los conciertos, las reuniones, todo es aquí brillantìsimo... Y si no, á la vista està.

—En efecto, la afluencia es prodigiosa.

—Espero que nos encontrarémos amenudo.

—Concurris vos aquí mucho?..

—Yo? Hace dos meses, ó poco mas, que mi amigo Fortincourt me presentó... la reunion me ha parecido agradabilísima, y soy uno de los mas fervorosos concurrentes. Mr. Riberpré me recíbe con mucho agrado y luego su muger es amabilísima en estremo y sumamente hermosa. ¿No es verdad?

—Oh! en eso pensámos de diferente modo respondiò Isidoro sacudiendo la cabeza con desden. Y si á vos os parece tan amable y hermosa, es porque la mirais con otros ojos que yo.

Monvillars miró á Isidoro sorprendido y murmuró:

—Ah! teneis motivos para no amar à esa muger?

—Querido, Santa-Lucía, si á fondo conoceis el mundo, no debeis ignorar que hay mil cosas brillantes y seductoras que ocultan con

cuidado, faltas y crímenes imperdonables.

—Sì, sí, no hay duda; repuso Monvillars que adivinò habia hecho un descubrimiento importante al encontrar á Isidoro Marcelay. Pero vos comprendereis que me presentan en una casa donde me divierto y gozo en grande. Lo demàs me importa poco.

—Teneis razon; si fuera uno á penetrar en la vida privada de cada cual... no habria con quien tratarse entonces.

—Pero á lo menos convendreis en que la hija del banquero, la señorita Elvina, es deliciosa y seductora.

—Es guapa, sì... pero tiene cierto aire á su madre, que no me gusta tampoco.

—Parece, querido, que conoceis particularmente à madama Riberprè.

—Oh! sí, sé muchísimo de ella.

—Seria un indiscreto si os suplicara que me las participarais?

—Oh! siento mucho no poder complaceros; pero es un secreto reservado. Ademàs, llegará su dia en que todo el mundo lo sepa... y sea general la noticia.

—Diablo! pensò Monvillars: vea usted aquì un hombre que no tiene proyectos nada buenos contra Camila. Serà fortuna que me haga su amigo... con eso lo vijilarémos de cerca.

—Pues vea usted, continuò Monvillars contemplando á Isidoro, nadie diria eso, supuesto que Camila es una muger hermosa, y luego casada con un hombre tan riquísimo como Mr. Riberpré.

—Casada!... es verdad!

—Qué! acaso no lo es?

—No he dicho tanto; pero amigo Santa-Lucìa, ecsiste en la vida de esa muger un secreto terrible.

Acabada la polka, Julio Savignon vino hácia Isidoro y estrechando su mano, esclamò:

—Dichosos los ojos que te ven, chico.

—Gracias, querido. Como vas?

—Bien. Y tú?..

—Siempre lo mismo.

—Pero mira que tienes el nudo de la corbata muy mal echado.... parece una nuez.

—Ah! yo me avio y no me miro siquiera al espejo. Anda, bueno está de cualquier modo.

—Donde diablos has estado este verano pasado? No te he visto en ninguna parte.

—He estado viajando.

—Lo pensé. Has visitado la Suiza, la Italia?..

—No, mis peregrinaciones no han revasado de Corbeil.

—De Corbeil!... já! já! já! Un viaje de una

hora!.. Que ocurrencia, chico!

Al oir pronunciar el nombre de Corbeil, Monvillars sintiò un ligero estremecimiento, y nuevos sobresaltos, nuevas inquietudes sobrecojieron su ànimo. Era en Corbeil donde residia la lejìtima esposa è hija de Mr. Riberpré. Allì era donde èl tenia que ir à completar su mision, y de allí era de donde venia aquel hombre tan prevenido contra Camila. No ha necesitado mas que un instante para hacer estas reflecsiones, cuyo resultado ha sido aprocsimarse mas á Isidoro y decirle con aire indiferente.

—Sì, Corbeil es un pueblo muy de moda.

—Muy bonito campo tiene.

—Conoceis allí muchas personas?

—Allí tengo un primo propietario de una hermosa casa de recreo.

Isidoro no dijo mas; pero esto no bastaba á Monvillars que, queriendo asegurarse si sus presentimientos eran positivos, se decide á marchar derecho al objeto y replica:

—Una vez nada mas he estado yo en Corbeil; pero me acuerdo que ví una infinidad de damas á cual mas hermosas: sobre todo, dos de ellas... que me dijo un amigo: «Son madre é hija y parecen dos hermanas.» En efecto, eran divinas: la madra se llamaba, se-

gun dijo mi compañero, madama... madama...

—Madama Clermont, sin duda, esclamó Isidoro encantado de oir el elojio de Emelina y de su madre.

—Sí, justamente, madama Clermont... Las conoceis vos?

—Oh! las conozco muchísimo.

Estas palabras bastaron á Monvillars para asegurarse eran ciertas sus sospechas, y desde este momento conociò que aquel jòven le era indispensable para consumar su obra.

—Escelente pueblo! replicò Monvillars. Y además de esas dos damas, tambien las hay hermosìsimas en estremo.

—Poco á poco, amigo, eso es imposible... Madama Clermont y su hija son dos seres divinos y singulares. La madre es un modelo de virtud, de dignidad y de distincion. A su lado se esperimenta ese encanto que inspira la belleza y ese respeto que producen las miradas desprovista de todo coquetismo.

—Diablo! amigo Isidoro, esa es una pintura de Murillo.

—Pues y la hija!! como pintaros sus hermosas facciones?.. Como poder deciros que ella reune à la vez el candor y el talento, esa amabilidad lisonjera que nos encanta y esa dul-

ce sensibilidad que nos encadena?.. Si supierais cuantas virtudes encierra su corazon!.. Ella adora á su madre y no ha nacido mas que para inspirar el amor y comprenderlo... En fin, es un ángel... sí... y no hay nada sobre la tierra con que compararla.

Con el calor y entusiasmo con que Isidoro hiciera el retrato de Emelina, cualquiera, por torpe que fuese en materias de amor, comprendiera al momento el secreto de su pecho. Monvillars sonrióse y contestòlè:

—Mr. Marcelay, ya veo que sois entusiasta por esas damas... y sin duda las galantearéis.

—En efecto, caballero, soy entusíasta por ellas... pero si las conocierais como yo... si supierais su historia y sus desgracias, no os pasmaria el interès que por ellas me tomo, y estoy cierto que participariais de èl en sumo grado.

—Segun lo referis, no lo dudo que asi sucederia.

—Sì, amigo mio, creedlo, porque ¿puede el hombre de honor mirar á sangre fria el padecer de la inocencia?

—Voto al diablo! que estais romàntico en estremo, querido Marcelay!

—Pues no ecsajero nada; os repito, que si

penetrarais el secreto de su vida, veriais cuan sencilla es la pintura que os hago.

—Tan desgraciadas son esas damas?

—Sí, amigo mio... madama Clermont sobre todo, porque Emelina es dichosa con estar al lado de su madre... Retiradas en una aldea!.. Vivir olvidadas è incógnitas cuando...

«Cuando debian ocupar el lugar de Camila y Elvina... Penetro tu pensamiento, jòven incàuto: se dijo Monvillars volviendo la cabeza hácia otro lado.»

Isidoro, conociendo que se habia dejado arrastrar de sentimientos dominantes, pensó que habia hecho mal, y cojiendo con dulzura una mano de Monvillars, continuò con mas calma:

—Escuchadme, Mr. de Sata-Lucía, os hablo de cosas que nada os interesan y seguramente os incomódo.

—Que disparate! no lo creais así; yo tomo parte en todo lo que à vos os interesa y si conoceis que en alguna cosa puedo yo seros ùtil, ocupadme, que tendré en serviros infinito gusto.

—Mil gracias, querido; pero conoceis esta casa mejor que yo, y alguna vez quizá abuse de vuestra esquisita bondad.

—Siempre me tendreis á vuestras òrdenes;

y como quiera que este sitio no lo creo á propósito para confiarnos, permitidme que os entregue mi targeta.

—Favor que me honra mucho. Tomad la mia tambien, amigo mio.

Los dos jòvenes cambiaron sus targetas y despidiéndose Monvillars de Isidoro, se internó en los salones para buscar à Camila y decirle cuatro palabras solamente.

Hacia tiempo que la supuesta madama Riberprè ansiaba tambien por aprocsimarse á su amante y cambiar con él algunas frases.

Por último, el banquero sentóse en la mesa del juego, y aprovechando Camila la ocasion, corrió á otro salon á encontrarse con Monvillars que, sentado en un sillon, la aguardaba en un gabinete inmediato. Camila cerró la mampara del gabinete y echándose en los brazos de Monvillars, esclamò:

—Cuan dichosa soy! Al fin puedo veros y hablaros un momento.

—Aprovechémoslo, querida mia. Por lo pronto sabed que Mr. Duvalin, ese anciano que defendia á madama Clermont....

—Qué tiene?

—Que ha muerto.

—De veras?

—Como lo oís.

—Y por donde lo sabeis?

—Un abogado me lo ha asegurado hoy mismo.

—Ah! será pósible?

—Oh! está bien muerto: yo os aseguro que no nos incomodará mas.

—Pero...

—Ya tenémos un enemigo menos.

—Oh! que placer!

—Pero no os alegreis tan pronto, señora.

—Pues què hay?

—Que si ese enemigo ha muerto, he descubierto otro no menos peligroso tambien.

—Otro?

—Sì.

—Quien?

—Un jòven.

—Y donde está?

—Aquì.

—Aquì!!

—Si, es la primera vez que concurre á vuestros bailes.

—Y es muy jòven?

—Mas que yo.

—Quiero verlo.

—No habeis reparado un jóven alto, muy guapo...

—Como se llama?

—Isidoro Marcelay.

—Isidoro Marcelay!!

—El mismo.

—Sí, Mr. Riberpré me lo ha presentado esta noche. Parece muy cándido à primera vista.

—Pues es un enemigo terrible.

—Ah! un cierto presentimiento me lo revelò; porque en el saludo que me hizo, descubrì cierta cosa de desden y enfado.

—Pues lo habeis comprendìdo perfectamente.

—Sì, el corazon me lo reveló.

—Y no sabeis algo mas de ese jóven?

—Riberprè me ha dicho que es riquìsimo en estremo.

—Pues es que hay otra cosa.

—Cual es?

—Que es el amante de la señorita Emelina.

—De la hija lejìtima del banquero?

—De la misma.

—Gran Dios!

—Y que no es un amante asi como quiera; sino un amante apasionadìsimo y que la adora como à su ìdolo.

—Y como habeis podído saber eso?

—Oh! por él mismo.

—Por él mismo?

—Afortunadamente es confiado como un niño de doce años, y hablando del objeto de su amor, pierde el sentido y lo esparpaja todo... Entusiasta de madama Clermont la pone por las nubes... y comprende y sabe todas sus desgracias... y os odia terriblemente.

—Me odia?

—De muerte; y lo mas chistoso es, que mezcla à vuestra hija en la danza.

—Odia tambien à mi Elvina?

—Lo mismo que ha vos.

Camila horrorosamente pàlida, no pudo sino balbucir à media voz:

—Pero eso es atroz...

—Pues no aumento nada.

—Y yo que me figuraba el porvenir seguro... yo que confiaba que el asunto terminaria favorablemente.

—Y perdeis la esperanza?

—Y ese hombre sabe que yo no soy la muger lejìtima del banquero?

—Bàh! pues no lo ha de saber!.. lo sabe perfectamente todo, y en lo poco que me ha dicho, he conocido que à lo que viene es á entablar tambien su plan de ataque.

—El tambien?

—Creo que lo que trata es de desbancaros

y hacer que madama Clermont venga á ocupar el puesto que le pertenece de derecho.

—Es preciso perder á ese hombre... sí, es preciso matarlo... Batíos con él, amigo mio, y matadlo... Vos sois un valiente, Santa-Lucía, y ya os habeis batìdo por otra muger... Ah! batios tambien por mì.

—Eh! amiga mia, estais delirando?

—Sí, matadlo.

—No teneis sentido comun, señora.

—Es preciso que perezca.

—Aun cuando yo matàra à ese jóven ¿que adelantariamos? Nada. Otro se enamoraria de Emelina que es lindísima; segun dicen, y todos los dias estariamos matando á roso y velloso.

—Pues entonces que harémos?

—Dejadme, señora, à mí, y vereis como el mismo Isidoro nos ayuda en nuestros planes. Por ventura es demasiado confiado y me cree su amigo: él me comunicará todos sus planes y vereis como nos servìmos de ellos en utilidad nuestra. Sobre todo, señora, no cometais ninguna imprudencia. Sed política y atenta con èl y...

—Imposible.

—Es indispensable; de lo contrario no adelantarèmos nada.

—Lo quereis vos?

—No, la fatalidad.

—Pues bien, os obedecerè. Y vos?..

—Yo, mañana mismo parto para Corbeil.

—Al fin?.. Oh! amigo mio, sois mi ángel tutelar.

—Basta ya... pueden vernos casualmente y...

—Cuando estos momentos son tan felices para mi!

—Es indispensable. A Dios, gloria mia.

—A Dios, luz de mis ojos.

Y babiéndose besado mutuamente, Monvillars entra en el salon del juego y Camila en el del baile.

Fin del tomo cuarto.

LOS SIETE PECADOS CAPITALES,

POR EUGENIO SUE.

Todas las semanas se publica una entrega de ocho pliegos de buena impresion y traduccion esmerada, al infimo precio de ¡DOS REALES!!!

Se suscribe en Cádiz en la imprenta de Arjona, calle de la Torre n.° 58 y medio.—En S. Fernando: Don José Garcia.—En el Puerto de Sta. Maria: Don José Paredes.

Los siete pecados capitales.

Por Pedro Cea.

Todas las personas se publi-
can cuando se celebra una de
bodas, inserción y declaración es-
timada, al último precio de LOS
SIETE!!!

Se suscribe en Cádiz en la im-
prenta de Arjona, calle de la Pa-
ra n.º 20, y Medio.—En Sevilla, Es-
cuela libre de Gracia.—En el
Puerto de Sta. María: Don Jesús
Parada.